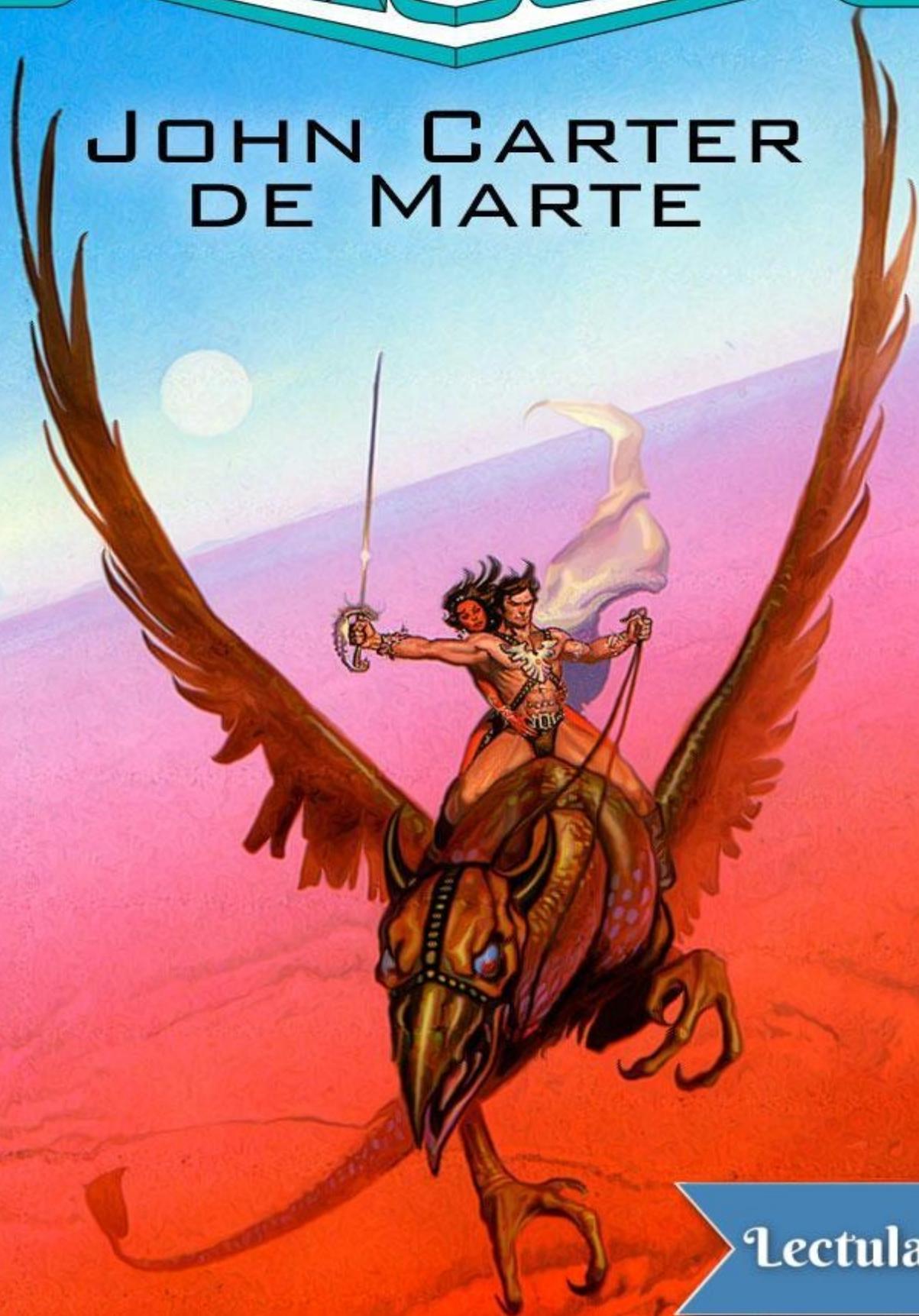


EDGAR RICE BURROUGHS

JOHN CARTER
DE MARTE



Lectulandia

Una triste despedida para una gran serie. JOHN CARTER DE MARTE es el décimo primer y último libro de la serie de Barsoom y está formado por dos novelas cortas:

+ "El Gigante de Marte" (1941)

«El Gigante de Marte» es una obra que ha provocado encendidos debates entre los aficionados a la obra de Burroughs, ya que durante largos años abundó la teoría de que esta obra no había sido escrita por el padre de la serie, sino por su hijo, John Coleman Burroughs.

+ "Los Hombres Esqueleto de Júpiter" (1943)

«Los Hombres Esqueleto de Júpiter» vuelve a destilar la esencia del space ópera más puro, y devuelve al Señor de la Guerra de Marte toda su antigua gloria. Esta obra debía suponer el arranque de una serie más larga y mucho más elaborada que la de Barsoom, pero Burroughs jamás llegó a finalizarla, dejando tras sí tan sólo esta novela corta y los borradores de las siguientes tres novelas.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

John Carter de Marte

Ciclo John Carter - 11

ePUB v1.1

ozn05.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *John Carter of Mars*
Edgar Rice Burroughs, enero de 1964.
Traducción: Román Goicoechea Luna
Ilustraciones: Michael Whelan
Diseño/retoque portada: LaNane

Editor original: ozn (v1.0 a v1.1)
Corrección de erratas: KILLROY
ePub base v2.0

PRÓLOGO DEL EDITOR A LA EDICIÓN ORIGINAL NORTEAMERICANA

La publicación de John Carter de Marte es un evento histórico por cierto número de razones. La primera y más evidente, por ser el libro más largamente esperado, el undécimo, de la serie marciana de E.R.B. Durante dieciséis años, desde la aparición de Llana de Gathol —el décimo libro de la serie y último trabajo de Burroughs impreso en vida del autor— había sido una constante aspiración de sus muchos seguidores ver las dos restantes aventuras barsoomianas aparecer en formato de libro. Por fin aparecen en este volumen para placer de los miles de aficionados y admiradores de Burroughs.

El segundo aspecto histórico de John Cárter de Marte es su auténtico nombre. Aunque John Carter... es un título natural para un libro de la serie Marciana, nunca fue utilizado por Burroughs. Éste fue aplicado a varias adaptaciones de las historias barsoomianas, incluyendo dos libros para niños y una revista de cómics, pero nunca se usó como título para un libro «real».

Respecto a las dos novelas cortas —o cuentos largos o novelettes, o novellas, el calificativo me parece irrelevante—, que constituyen John Carter de Marte, cada una de ellas contiene una fascinante historia por sí sola, aparte de su valor histórico. JOHN CARTER Y EL GIGANTE DE MARTE —o «Gigante» para acortar—, apareció por vez primera en *Amazing Stories*, en Enero de 1941, y provocó un inmediato furor. Docenas de lectores escribieron a la revista poniendo en duda la autenticidad de la historia, cosa que fue duramente defendida por Raymond A. Palmer, el editor. Las dudas se basaban principalmente en dos puntos:

Por una parte, muchos de los lectores, auténticos especialistas en la obra de Burroughs, se fundaban en que ciertos aspectos de «Gigante» chocaban con el mundo que Burroughs construyó para la serie. Específicamente por el uso de las ratas de tres patas, cuando Burroughs había descrito gráficamente a la rata marciana, o ulsio en «El Ajedrez Viviente de Marte» como “fieras repugnantes... de muchas patas y peludas».

De la misma manera, el imaginario geográfico de «Gigante» fue criticado por emplear ciudades en regiones donde en otras novelas sólo había desiertos o pantanos, e incluir, sin explicación alguna, criaturas imaginarias y artificios no presentes en otras historias barsoomianas.

Otra objeción a «Gigante» fue el hecho de narrarse en tercera persona, mientras que la Serie Marciana fue habitualmente contada en primera persona. Este cargo, sin embargo, falla en dos libros, el cuarto y quinto de la serie: «Thuvia, doncella de Marte» y “El Ajedrez Viviente de Marte». Ambas obras se inician con una

introducción en la que E.R.B. resume en primera persona las circunstancias en las que se halla John Carter y cómo se le narra la historia contada en el libro.

La historia de «El Ajedrez Viviente de Marte» se narra en tercera persona, pero este argumento esgrimido contra «Gigante» se ve mitigado por la introducción en primera persona. No ocurre así con «Thuvia», que acaba definitivamente con el caso «Tercera Persona vs. Gigante».

Al plantear la publicación de este libro, tenía la esperanza de verificar o refutar los cargos contra «Gigante» de una vez por todas. Para ello escribí directamente a Ray Palmer y le pregunté sin reservas sobre: (a) si la historia, fue escrita en verdad por E.R.B. y (b) si fue así, quién poseería el manuscrito original previo a su publicación; o (c) si no fue Burroughs, quién escribió la historia.

Simultáneamente, escribí a Hulbert Burroughs hijo del autor y le pregunté sobre los archivos y notas de su padre para determinar si era posible: (a) que su padre hubiera escrito «Gigante», y (b) si fue así, si existía una copia del manuscrito para compararlo con la versión de la revista.

La respuesta de Palmer fue la primera en llegar y en ella me respondió que (a) la historia fue escrita, sin lugar a dudas, por Burroughs y (b) que nadie había efectuado enmienda alguna en los originales previos a la publicación. Desafortunadamente, concedió Palmer, el manuscrito había sido guardado en los archivos de la Ziff-Davis Publishing Company, editores de *Amazing Stories*, y había resultado destruido algunos años atrás en una mudanza.

La primera respuesta que recibí de Hulbert Burroughs fue igualmente confusa; La búsqueda en los registros de la E.R.B. Inc. dio como resultado un registro para la venta de «Gigante» a la Ziff-Davis; pero un examen más detenido de los cuadernos de Burroughs, en los que el autor habitualmente tomaba apuntes para el comienzo, desarrollo y desenlace de sus historias, así como innumerables datos para revisar sus historias, no registraba anotación alguna acerca de «Gigante».

Más o menos convencido por el momento, pero aún confuso sobre la autoría de «Gigante», me sorprendió y alegró recibir una última carta de Hulbert Burroughs desentrañando el misterio: finalmente Hulbert se había hecho cargo de la investigación entre los registros personales de su padre y había comentado el asunto con otros miembros de la familia Burroughs. La historia que me contaron es ésta:

En 1940, la Whitman Publishing Company, que había publicado algunas adaptaciones para niños de algunas historias de Tarzán con gran éxito, preguntó a E.R.B. sobre la posibilidad de la publicación de un «Pequeño Gran Libro» presentando a John Carter. Los «Pequeños Grandes Libros» eran una serie de libros para niños que seguían un formato extremadamente rígido: historias de no más de 15.000 palabras de extensión y construidas de manera que pudieran ser publicadas intercalando el texto con dibujos que ilustraran la acción descrita.

A E.R.B. no le resultaba cómodo escribir siguiendo aquella fórmula tan rígida y llamó a su hijo John Coleman Burroughs, quien se convirtió en el ilustrador del libro, colaborando con él en la producción de la historia. El resultado fue un cuento similar a «John Carter y el Gigante de Marte» que apareció editado por Whitman con el mismo título del presente volumen: «John Carter de Marte».

Al mismo tiempo, Ray Palmer, de *Amazing Stories* quería una nueva historia barsoomiana de E.R.B. para presentar en la revista. Tomando la línea del anterior volumen, E.R.B. lo alargó 5.000 palabras más, y adaptó su obra para los lectores adultos, produciendo finalmente «John Carter y el Gigante de Marte».

La versión larga aparecida en *Amazing* y la corta en el libro de Whitman, son muy similares. Para esta edición hemos utilizado la versión de la revista.

«LOS HOMBRES ESQUELETO DE JÚPITER», la segunda historia de este libro, ofreció no menos problemas que la anterior. En contraste con «Gigante», «Hombres Esqueleto» recibió enormes alabanzas por parte de los lectores de *Amazing*, durante su aparición, en Febrero de 1943. Su nombre puede sonar extraño para una historia marciana, sobre todo cuando la acción de «Hombres Esqueleto» no transcurre en Marte, sino en Júpiter. Sin embargo, el héroe es John Carter y la historia básicamente es parte de la serie Marciana, como lo demuestra bien la historia contada en el presente libro.

«Los Hombres Esqueleto de Júpiter» fue un intento de Burroughs por abrir una nueva fase de un grupo interconectado de cuentos, probablemente en número de cuatro, como ya hizo anteriormente con John Carter en «Llana de Gathol» o el libro de Carson Napier «Huida de Venus». Esta forma de semiserialización era algo con lo que había experimentado Burroughs con éxito desde los años cuarenta.

Asimismo, durante la Segunda Guerra Mundial, estuvo al servicio de una corresponsalía periodística en el Pacífico, y redujo su producción de ficción casi a cero, y tras el conflicto, sus problemas de salud le impidieron retomar su anterior carrera literaria. Como resultado de esto, las continuaciones de las aventuras de John Carter jamás fueron escritas. De cualquier manera, «Los Hombres Esqueleto de Júpiter» es una historia completa y, además, excelente.

Escribir, o al menos soñar, esta secuela ha venido siendo el pasatiempo favorito de los seguidores de Burroughs durante años, y el lector queda invitado a unirse al juego.

El corto prefacio que Burroughs escribió para «Los Hombres Esqueleto de Júpiter» aparece por primera vez aquí. Cuando la versión de la revista apareció hace 21 años, el editor pensó que el prefacio sólo servía para que los lectores se lo saltaran, cuando una llamada de atención del tipo «La Historia continúa» habría supuesto un gran reclamo comercial.

Puede que aquello funcionara con los lectores de las revistas pulp de hace una

generación, pero asumiendo que los lectores de libros pueden ser más pacientes, y mejores conocedores de esta literatura, he dejado este prefacio, obtenido de una fotocopia del manuscrito original de E.R.B, proporcionado por Hulbert Burroughs.

Si a usted no le gustan los prefacios, como a los lectores de la revista en 1943, puede sumergirse directamente en la narración, saltándose las primeras 149 palabras de «Los Hombres Esqueleto de Júpiter». Personalmente, me gusta este agradable prelude y esta breve pero fascinante mirada a la personalidad de E.R.B., autor de ciencia ficción.

La serie marciana, de la que este libro es el volumen final, es vista por numerosos lectores como la más grande creación de Burroughs como escritor. Sus historias de Tarzán son famosas, debido en parte a la popularidad de sus adaptaciones al cine. Y existen momentos excelentes en las series de Venus y Pellucidar, así como en sus novelas de la Luna, «La Tierra olvidada por el tiempo» y “Soy un bárbaro».

Sin embargo, las once novelas de las aventuras del Capitán John Carter de Virginia sobre el planeta Barsoom y las hazañas de los otros héroes marcianos de Burroughs, representan una serie de historias sin parangón en los trabajos de este autor, y por ello inigualados en los anales de los escritos de ciencia ficción aventurera.

Los tres primeros volúmenes de la serie, originalmente aparecidos entre 1912 y 1914, constituyen actualmente una gran épica. En ellos, John Carter, un oficial confederado, se ve apartado del servicio al final de la Guerra Civil, y se ve trasladado al planeta Marte, donde conoce a los habitantes de Barsoom. Llega en medio de un desierto, desnudo y desarmado, totalmente ignorante de las costumbres locales y sus condiciones de vida, incapaz de entender el lenguaje de los nativos —de hecho, no sabe nada de los nativos, o ni tan siquiera si hay alguno—. Tras un corto encuentro con un grupo de nómadas bárbaros, John Carter es hecho prisionero y se enfrenta a una vida de degradante esclavitud que podría acabar en una temprana e ignominiosa muerte.

Más tarde, tras un despliegue de coraje y valentía, el Capitán Carter se gana su posición como guerrero de Marte, recorriendo de polo a polo el planeta rojo, retornando a la Tierra por un período de algunos años y regresando de nuevo a Barsoom, donde encuentra una gran variedad de extrañas razas de hombres y bestias, salvajes naciones y violentos pueblos.

Finalmente, gana el título de Príncipe de Helium (no el gas inerte, sino la principal ciudad-imperio de Barsoom) y consigue la mano de la incomparable Dejah Thoris, princesa de Helium. Los volúmenes de esta trilogía son «Una Princesa de Marte», «Dioses de Marte» y «El Señor de la Guerra de Marte». Su extrema calidad hizo posible su traducción a muchos idiomas incluido el esperanto. Después, este mismo libro fue incluido por la Oxford University Press en la serie «Historias

Contadas y Repetidas» como una novela básica para uso escolar. Otros autores de «Historias...» son Dickens, Doyle, Shakespeare, Stevenson, Defoe, Wells, Sabatini, Anthony Hope y Nordoff y Hall.

Una extraña mezcla de autores, aunque todos tienen un común denominador: la característica de una literatura de calidad, que perdurará a través del tiempo y hará que sus trabajos formen parte del cuerpo de la literatura de la lengua inglesa con una sólida oportunidad de pervivir en los siglos venideros. La presencia entre ellos de «Una Princesa de Marte» es quizás el primer signo importante de que este autor, cuyos trabajos han merecido la aclamación del público desde el principio, esté empezando a recibir la aceptación de los educadores y críticos para bien.

Habiendo dejado Carter en los tres últimos libros, de ser un desnudo y desarmado extranjero a Señor de la Guerra del planeta rojo, Burroughs se encaró con la cuestión: ¿Qué hacer ahora? La misma pregunta se le planteó con la serie de Tarzán., llevando al Hombre Mono a una tal sucesión de exóticos lugares, ciudades perdidas y olvidados imperios a través del horizonte africano que, de haber existido en realidad, habrían hundido el continente en el océano con su peso.

En la serie marciana, B.R.B. intentó otra aproximación, pensando algo más audaz y completamente acertado. Apartando su atención de John Carter y Dejah Thoris, Burroughs llamó a su cuarto libro «Thuvia, Doncella de Marte». La figura titular había sido presentada en «Dioses de Marte» como carácter ambiguo. La joven era un juguete en manos de un grupo de sacerdotes de una religión degenerada, casi una esclava.

Rescatada por John Carter de su infeliz vida, Thuvia, al final del libro, es apresada junto con Dejah Thoris y una tercera belleza marciana, la exuberante pero traidora Phaidor en una especie de siniestro tiovivo que constituye las cárceles marcianas. La entrada o salida de la celda queda bloqueada durante un año mientras la gigantesca rueda gira a través de una enorme roca ahuecada. Cuando la celda conteniendo a las tres mujeres desaparece de la vista, Phaidor ataca a Dejah Thoris con un afilado cuchillo. Thuvia se interpone entre las dos tratando de salvar a Dejah Thoris y... la línea de puntos no es «... continuará en la próxima emocionante entrega», sino «...continuará en el próximo emocionante libro: «El Señor de la Guerra de Marte».

Así, Dejah Thoris y Thuvia escapan, claro, y en la continuación, Thuvia retoma el papel no sólo de heroína principal, carácter de honor que comparte con Dejah Thoris —La Princesa de Princesas— sino la de nieta de John Carter y Dejah Thoris en «Llana de Gathol» —décimo volumen de la serie.

La acción de «Thuvia, Doncella de Marte» no es simplemente un retorno de las aventuras de John Carter, sino nuevos caminos a través del horizonte barsoomiano. La novela está llena de imaginación e intrigas, y su creación más brillante es,

probablemente, los Arqueros de Lothar, una fantasmal legión de arqueros creados por el poder mental de los lotharianos para detener la agresión de los warhoons, sus enemigos seculares. «Thuvia» fue publicada en 1916, y posteriormente Burroughs volvió su atención hacia otros asuntos, incluyendo algunos libros de Tarzán y la serie Pellucidar, así como algunos otros títulos aislados. En 1922 retomó de nuevo la serie marciana, produciendo «El Ajedrez Viviente de Marte».

De nuevo Burroughs cambia el enfoque, esta vez sobre Tara de Helium, la joven hermana de Carthoris. De nuevo no solo hay aventuras, sino que prodigiosas creaciones de su imaginación marcan el libro. Las mejores creaciones de «El Ajedrez Vivo de Marte» son los rykors y los kaldanes, habitantes de la ciudad de Bantoom. Extrañamente simbióticas, estas dos razas, los rykors semejantes a humanos descabezados, y los kaldanes, nada más que cabezas animadas, se acoplan entre sí, los rykors controlando los cuerpos. Un kaldane puede cambiar de cuerpo cada vez que quiera, siendo hombre un día y mujer al siguiente.

«El Cerebro Supremo de Marte», siguiente título de la serie, apareció en *Amazing Stories Annual* en 1927 y presenta un nuevo héroe en la persona del capitán del ejército norteamericano Ulysses S. Paxtón, aparentemente muerto en las trincheras de la Primera Guerra Mundial pero transportado milagrosamente en el acto a Marte. Vive su aventura junto con Ras Thavas, un brillante cirujano marciano que ha perfeccionado el trasplante quirúrgico de cerebro desde un humano a otro. Valla Dia, una adorable muchacha marciana, es asesinada por Ras Thavas quien fuerza un cambio de cuerpos con la odiosa Reina Xaxa. La acción que comienza así, acaba con el retomo de Valla Dia a su auténtico cuerpo y su matrimonio con Paxton —que recibe el nombre barsoomiano de Vad Varo.

El séptimo libro de la serie, «Un Guerrero de Marte», es enviado a la Tierra vía una suerte de emisión llamada la Onda Gridley. La narración es algo complicada: Una introducción de Burroughs explica que la historia registrada en el libro llegó a él (vía Onda Gridley) por Ulises S. Paxtón/ Vad Varo. Pero Paxton ha recibido la historia de su propio protagonista central, Tan Hadron de Hastor —una ciudad que disfruta de un cierto grado de autonomía, pero dentro del imperio Heliumita y sujeta a la autoridad de Helium—. «Un Guerrero de Marte», quizá aplique esa forma de ciencia ficción formalmente llamada «romance científico», una historia de gran acción y maravilla donde la ciencia es la base de la situación aunque juega un pequeño papel en el desarrollo de la historia. Tan Hadron viaja a través de dos maravillosas ciudades ocultas, se enfrenta a un loco monarca especializado en torturar bellas doncellas, es sentenciado a una forma de ejecución conocida solo como «La Muerte», atraviesa un bosque habitado por gigantescas arañas... y en general es un placer total para el lector.

En «Espadas de Marte», señalizada en la revista *Blue Book* entre 1934 y 1935,

Burroughs vuelve a hacer de John Carter su héroe. La novela presenta una sorprendente predicción del control automático de las naves espaciales experimentales por ordenador, incluyendo su tamaño, emplazamiento y funcionamiento, así como las características de programación del piloto automático, todavía no conseguido hoy para guiar a los cohetes que llevarán los primeros instrumentos y los primeros hombres a otros planetas. Qué sorpresa si uno de ellos llegara a Marte y encontrara allí Barsoom...

En «Espadas de Marte» la nave espacial es utilizada para llevar a Carter y a varios marcianos desde la ciudad de Zodanga, en Marte, hasta la luna Thuria (Phobos). Aquí Carter encuentra más extraños pueblos y bestias antes de volver a Barsoom.

«Los Hombres Sintéticos de Marte» (1939) es la novela final de la serie, y presenta a un nuevo héroe, Vor Daj, que pide a Ras Thavas que salga de su retiro para efectuar nuevos experimentos. El problema aparece cuando Ras Thavas, como un doctor Frankenstein, crea vida artificial. Tiene éxito, pero produce sólo monstruos que se rebelan y amenazan con tomar todo el planeta.

Sin ser la más imaginativa ni la mejor escrita de la serie marciana, «Los Hombres Sintéticos» es, no obstante, una historia lo suficientemente interesante y sobradamente cargada de conflictos y acción para hacer de su lectura un gran momento.

El décimo volumen «Llana de Gathol» no es una novela, sino una colección de cuatro novelettes interconectadas. Todas son excelentes aunque quizás la mejor sea la publicada originalmente como «La Ciudad de las Momias» y titulada en «Llana», «La Vieja Muerte». En ella, un grupo de antiguos marcianos son descubiertos preservados durante milenios en un trance como estatuas. Despertados, encuentran su mundo desaparecido, su ciudad muerta. Es una escena muy melancólica y marca el más alto punto en un libro excelente.

Finalmente, por supuesto, se encuentra el presente volumen «John Carter de Marte».

En la revista, hace décadas, aparecían una serie de notas a pie de páginas firmadas «Ed.». No sabemos aun hoy si este «Ed.» era Raymond A. Palmer, editor de *Amazing Stories*, o Edgar Rice Burroughs que a veces se describía a sí mismo como meramente el editor de John Carter y sus auténticas aventuras y no como su autor.

Estas notas vuelven a aparecer en la presente edición y el lector es libre para formarse su propia opinión sobre su autenticidad.

Para el lector que lee ciencia ficción como si degustara un caramelo, recién salido de su clase de física y química, así como al lector más serio, que lee extrapolaciones sociológicas, las novelas marcianas de Burroughs les resultarán muy insatisfactorias.

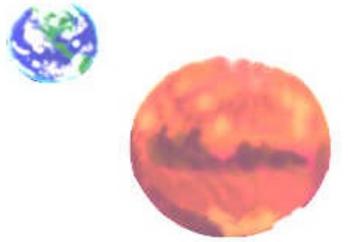
Pero para el lector que busca magníficas aventuras con la finalidad de dejar volar su imaginación por exóticos lugares, estos libros, sin duda, representan lo mejor en

este campo.

RICHARD A. LUPOFF New York City Jasoom Junio de 1964

LIBRO 1

JOHN CARTER Y EL GIGANTE DE MARTE



I



Las lunas de Marte iluminaban al gigantesco thout marciano mientras corría silenciosamente sobre la blanda tierra musgosa. Ocho poderosas patas llevaban a la criatura hacia adelante entre largas y ágiles zancadas.

El paso de la poderosa bestia era guiado telepáticamente por las dos personas que rebotaban sobre una enorme silla de montar enchichada sobre el extenso lomo del thout. Era costumbre de Dejah Thoris, Princesa de Helium, cabalgar semanalmente inspeccionando el vasto reino agrícola e industrial de su abuelo.

Su recorrido por las tierras rurales finalizaba en los solitarios bosques de Helium donde crecen los enormes árboles que proveen sobradamente de madera a las naciones civilizadas de Marte.

El amanecer rompía ya por el cielo oriental de Marte y la jungla estaba oscura y todavía húmeda por el rocío mañanero. La oscuridad del bosque hacía a Dejah Thoris agradecer la presencia de su compañero que cabalgaba en la silla ante ella. Sus manos reposaban sobre su espalda de hombros bronceados, mientras sus dedos percibían los relajados y flexibles músculos que le daban una viva sensación de confianza. Una de las manos de él reposaban en la enjoyada empuñadura de su larga espada, mientras cabalgaba sentado en su silla muy recto y arrogante, pues era el más poderoso guerrero de Marte.

John Carter volvió su mirada hacia la adorada cara de su princesa.

—¿Asustada. Dejah Thoris? —preguntó.

—Nunca mientras estés conmigo, mi capitán —le respondió sonriendo Dejah Thoris.

—¿Aun a pesar de esos monstruos del bosque, los arboks?

—Mi abuelo los expulsó. En la última batida, mi guardia mató al único reptil arbóreo que quedaba.

De pronto Dejah Thoris, gritó, sujetándose vanamente a John Carter, intentando recuperar el equilibrio. El poderoso thout cayó pesadamente sobre la tierra musgosa.

Los jinetes fueron catapultados sobre su cabeza. En un instante después los dos se pusieron en pie, pero el thout permaneció inmóvil.

Carter extrajo la larga espada de su funda y puso a Dejah Thoris a su espalda.

El silencio del bosque fue roto abruptamente por un gruñido misterioso que sonaba directamente sobre ellos.

—¡Un arbok! —gritó Dejah Thoris.

El reptil arbóreo se lanzó hacia los odiados humanos. Carter blandió su espada y se echó rápidamente a un lado, distrayendo la atención del monstruo mientras Dejah Thoris se echaba tras el caído thout.

La primera acometida del terrestre arañó inofensivamente la piel externa de la bestia. Una enorme garra le desequilibró y cayó sobre el musgo con los grandes colmillos amenazando su garganta.

—¡Dejah Thoris, coge la pistola atómica de la alforja del thout! — ordenó roncamente Carter a la joven. No hubo respuesta.

Haciendo uso de hasta el último gramo de su gran fuerza, Carter clavó la espada en el cuello del arbok. La criatura se estremeció y una cascada de sangre borboteó de la herida. El hombre salió arrastrándose bajo la forma muerta y se puso en pie.

—¡Dejah Thoris! ¡Dejah Thoris! —gritó salvajemente.

Carter busco tras los árboles que rodeaban al muerto thout y al arbok, No había rastro alguno de Dejah Thoris. Había desaparecido.

Un rayo de luz desde el sol naciente se filtró a través del follaje reflejándose sobre un objeto tirado a los pies del terrestre. Carter lo tomó; se trataba de un casquillo grande, un casquillo eyectado hacía poco de una silenciosa pistola atómica. Precipitándose hacia el cadáver del thout, examinó la silla y sus adornos. El arma de la que había hablado a Dejah Thoris seguía en su funda de cuero.

El terrestre se detuvo junto a la cabeza del thout. Había una pequeña y sangrante herida en el cráneo. El disparo y el arbok atacante eran parte de un plan bien concebido para raptar a Dejah Thoris y matarle a él.

Pero Dejah Thoris... ¿cómo había desaparecido tan rápidamente?

Lleno de ira, Carter dejó atrás los bosques con destino a Helium.

La medianoche halló al terrestre en audiencia privada en la cámara de Tardors Mors, Jcddak de Helium, abuelo de Dejah Thoris.

El viejo Jeddak estaba preocupado. Depositó una hoja de basto pergamino en las manos de John Carter. Unas palabras de letra desigual habían sido escritas sobre el pergamino. Cuando lo leyó, sus ojos ardieron con furia.

«Yo, Pew Mogel, el más poderoso caudillo de Marte, he decidido tomar todo el hierro de Helium. El hierro podrá proveerme de todas las naves que necesito para proteger Helium y las otras ciudades de Barsoom de la invasión. Si no habéis desplazado a todos vuestros trabajadores hacia las minas de hierro y las fábricas en tres días, me veré obligado a enviaros, primero, los dedos de la Princesa Real de Helium. Rápido, porque podría decidir enviaros su lengua, lo que quizás haga a modo de broma para John Carter. Recordad, obedeced a Pew Mogel, pues El es el más

poderoso».

Tardos Mors se hincó las uñas en la palma de la mano.

—¿Quién es el advenedizo que se llama a sí mismo el más poderoso caudillo de Marte? —Carter miró con dureza la nota.

—Debe de tener espías aquí —dijo—. Pew Mogel sabía que esta mañana Dejah Thoris y yo efectuaríamos nuestro viaje de inspección.

—Debe habérselo comunicado un espía—gruñó Tardos Mors—, pues encontré la nota prendida de las cortinas de mi cámara privada de audiencias. ¿Pero qué podemos hacer? Dejah Thoris es la única cosa que amo en esta vida —su voz se quebró\1.

—Todo Helium la ama, Tardos Mors, y preferirían morir antes que volver con las manos vacías.

Carter se situó frente a la pantalla del monitor y pulsó un botón.

—Convoquen a Kantos Kan y a Tars Tarkas —habló rápido, dando órdenes—. Deben presentarse aquí al instante.

Más tarde, el enorme guerrero verde y el delgado hombre rojo penetraban en la cámara de audiencias.

—Eres afortunado, John Carter, pues estoy en Helium en mi visita semanal desde las llanuras. —Tars Tarkas asió su enorme espada con sus poderosas cuatro manos. Su gigantesco cuerpo se alzaba majestuosamente sobre sus otros compañeros.

Kantos Kan posó su mano en el hombro de John Carter.

—Estaba en camino hacia mi palacio cuando recibí tu llamada. Al parecer, los rumores sobre el rapto de la princesa corren por todo Helium.

He venido inmediatamente —dijo el noble compañero— para ofrecerte mi espada y mi corazón.

—Nunca he oído hablar de este Pew Mogel —dijo Tars Tarkas—. ¿Es un hombre verde?

Tardos Mors gruñó, Probablemente sería algún pequeño renegado o un criminal con un exagerado egocentrismo.

Carter pasó la mirada sobre la nota de rescate.

—No, Tardos Mors, creo que es un enemigo más formidable de lo que imaginamos. También es muy inteligente. Debe tener una nave muy silenciosa para raptar a Dejah Thoris tan rápido o quizás alguna gran ave. Sólo un hombre poderoso puede preparar el rapto de la Princesa de Helium sin pensar en las consecuencias y esperar hacerse con todas las existencias de hierro.

«Probablemente tiene bajo su mando grandes recursos. Es dudoso que tenga intención de devolver a la princesa, y quizás piense incluir más detalles en otras notas de rescate. De pronto, los ojos del terrestre se estrecharon. Una sombra se había movido en la sala vecina.

Con un poderoso salto, Carter cruzó el arqueado umbral. Una figura furtiva corría

en la semioscuridad del pasillo con Carter tras sus talones. Sabiéndose sorprendido, el extraño se detuvo, se arrodilló y apuntó con una pistola de rayos a la cercana figura del terrestre. Carter vio el dedo cerrarse sobre el gatillo.

—¡Carter! —gritó Kantos Kan—. ¡Al suelo!

Con la rapidez de la luz, Carter se agachó. Una larga hoja silbó sobre su cabeza y se clavó en el corazón del extraño hasta la empuñadura.

—Uno de los espías de Pew Mogel —murmuró Carter poniéndose en pie—. Gracias, Kantos Kan.

Kan registró el cadáver, pero no encontró señales de la identidad del hombre. Vueltos a la cámara de audiencias los hombres se pusieron a trabajar con fiera resolución, alrededor de un enorme mapa de Barsoom mientras Carter hablaba.

—Hay miles de ciudades alrededor de Helium. Todas son ahora amigas. Podrán darnos noticias sobre este Pew Mogol, si es conocido. Es probable que se halle en una de las ciudades desiertas del lecho del mar, al este o al oeste de Helium, Eso significa cientos de kilómetros que inspeccionar, pero debemos peinar cada uno de ellos.

Carter se sentó a la mesa y explicó su plan:

—Tars Tarkas, al este. Contacta con los jefes de todas las tribus. Yo cubriré el oeste con exploradores aéreos. Kantos Kan permanecerá en Helium como contacto. Estad preparados día y noche con la flota aérea de Helium. Cualquiera que descubra a Dejah Thoris se lo notificará primero a Kantos Kan. Naturalmente, sólo podremos comunicar los unos con los otros a través de él. La onda de frecuencia será constante y secreta. 2000 kilociclos.

Tardos Mors se volvió hacia el terrestre.

—Cualquier recurso de mi reino está a tu servicio, John Carter.

—Marchamos inmediatamente, majestad, y si Dejah Thoris está viva en Barsoom, la encontraremos.

II



LA BÚSQUEDA

Durante tres horas John Carter permaneció sobre el tejado del aeródromo real dando las últimas instrucciones a la flota de 24 rápidas naves de exploración unipersonales.

—Cubrid todo el territorio de vuestros respectivos distritos. Si descubris algo, no intentéis ocuparos de ello por vosotros mismos, notificadlo a Kantos Kan inmediatamente.

Carter observó los ceñudos rostros frente a él y tuvo la certeza de que le obedecerían.

—¡Vamos! —ordenó Carter mientras señalaba con un pulgar sobre su hombro a las naves. Los hombres le siguieron y pronto todos volaban velozmente sobre Helium.

Carter permaneció sobre el techo durante un tiempo más para hacer algunas comprobaciones con Kantos Kan. Se ajustó los auriculares sobre la cabeza y a continuación los ajustó a 2000 kilociclos. La señal de Kantos Kan le respondió inmediatamente.

—Tu señal llega perfectamente. Tras Tarkas está saliendo ahora de la ciudad. La flota aérea está movilizada. Toda la fuerza aérea espera para ir en vuestra ayuda. Kantos Kan, corto.

La noche encontró a Carter volando a cinco mil kilómetros de Helium. Estaba muy cansado. La búsqueda en varias ciudades en ruinas y en los canales había sido infructuosa. El ronroneo de los auriculares le despejó.

—Kantos Kan informando. Tras Tarkas ha completado su búsqueda desde el este al sur; otros exploradores aéreos al oeste y sur informan negativamente. Volveré a contactar contigo si llega alguna noticia. Esperamos órdenes. Seguimos a la escucha. Corto.

—Ninguna orden. Ninguna noticia. Corto.

Cansado, dejó que la nave se moviera a la deriva. Tampoco podía ver hasta que las lunas salieran. El terrestre cayó en un sueño irregular.

Era medianoche cuando sonó el altavoz, sacando a Carter de sus pesadillas. La voz de Kantos Kan sonaba excitada:

—Tars Tarkas ha encontrado a Dejah Thoris. Se encuentra en una ciudad desierta

del fondo del Mar Muerto de Korvas. —Kantos Kan dio la exacta latitud y longitud del punto—. Tars Tarkas pide el mayor secreto sobre sus movimientos. Se encuentra en el puente principal de entrada a la ciudad. Kantos Kan, corto. Adelante, John Carter.

Éste cortó la comunicación con Kantos lán, urgiéndole a que estuviera preparado con la Flota Aérea de Helium. A continuación, ajustó la dirección de su girocompás, un aparato que podía llevarle automáticamente a su destino.

Varias horas después el terrestre volaba sobre una zona de bajas colinas y vio bajo él una antigua ciudad levantada en el lecho del Mar Muerto. La sobrevoló y descendió sobre el puente que Tars Tarkas había marcado para el encuentro. Largas y negras sombras cubrían el seco cauce bajo el puente.

Carter salió de su nave oculto por las sombras y caminó por entre las miñosas y altas ruinas de la ciudad. Se detuvo cuando un solitario murciélago surgió de una torre emitiendo chirridos, como una nave derribada.

¿Dónde estaba Tars Tarkas? El hombre verde no había aparecido sobre el puente. Al llegar a la entrada de la ciudad, Carter se detuvo bajo la sombra negra de un muro y esperó. Ningún sonido rompía el silencio de la tranquila noche. La ciudad era como una tumba. Deimos y Phobos, las dos veloces lunas de Marte, corrían a través del cielo.

Carter dejó de respirar para poder oír mejor. El terrestre se tensó, listo a saltar hacia su nave. En aquel momento, escuchó otros pasos a su alrededor, pasos cautelosos, acechantes que se aproximaban.

Luego un cuerpo grande y pesado cayó sobre Carter desde lo alto del muro.

Un aliento cálido y fétido quemó su cuello. Unos enormes y peludos brazos le rodearon en un feroz abrazo.

La cosa le arrojó sobre un montón de cascotes. Unas enormes manos le rodearon la garganta. Carter volvió la cabeza y vio sobre él el rostro de un gran mono blanco.

Tres compañeros de la criatura les habían rodeado e intentaron apresar los pies de Carter con un trozo de cuerda mientras que el otro lo inmovilizó con sus cuatro poderosas manos.

Carter dobló las piernas bajo el vientre del mono con el que luchaba. Un poderoso empujón envió a la criatura por el aire para caer gruñendo y desvalido sobre el musgo. Como un banth acorralado, Carter se puso en pie y pegó la espalda contra el muro, esperando el ataque del trío mientras desnudaba su espada.

Eran poderosas bestias de tres metros de alto con largas y blancas pelambres cubriendo sus cuerpos. Cada uno estaba equipado con cuatro musculosos brazos que terminaban en tremendas manos armadas con afiladas y enormes garras. Entrechocaban los colmillos y gruñían agresivamente mientras se acercaban al terrestre.

Carter esperó, y cuando las bestias se acercaron, sus poderosos músculos terrestres le alzaron por el aire sobre las cabezas de los monos. La pesada hoja del terrestre, impulsada por todo el poder de sus músculos, golpeó una de las cabezas bajo él, partiendo por la mitad el cráneo. Carter cayó sobre el musgo y volviéndose, se preparó para recibir a los dos monos restantes, que saltaron hacia él de nuevo. Se escuchó un aullido lleno de ira cuando la espada del terrestre se hundió en uno de los salvajes corazones.

Cuando el monstruo se derrumbó sobre el musgo el terrestre liberó su espada.

En aquel momento, la otra bestia se volvió y huyó aterrorizada, sus ojos brillaron en dirección a Carter en medio de la oscuridad mientras corría por un pasillo del edificio adyacente. El terrestre habría jurado que pudo oír que su propio nombre salía de la garganta del gran mono mezclado con un adusto gruñido mientras huía.

El terrestre acababa de levantar su espada cuando notó un ligero golpe de viento sobre su cabeza. Algo indefinido se movía hacia él.

De pronto se vio sujeto por la cintura y a continuación, algo lo alzó dos metros en el aire. Sin respiración, Carter observó la cosa que atenazaba su cuerpo. Era tan callosa como la piel de un arbok. Tenía largos cabellos como las raíces de un árbol y se retorcían sobre duras escamas.

III



JOOG, EL GIGANTE

John Carter se encontró frente a una monstruosa cara. Desde la coronilla de su peluda cabeza hasta el extremo de su espesa barba, la cabeza mediría tres metros completos. Una nueva monstruosidad se había instalado en Marte. Comparada con los edificios cercanos, la criatura podría medir unos diez metros de alto.

El gigante elevó a Carter sobre su cabeza y lo agitó; a continuación echó la cabeza hacia atrás y emitió una odiosa y hueca risa. Sus dientes aparecían entre los labios como pequeñas montañas. Iba vestido con una chocante túnica que caía en sueltos pliegues sobre sus caderas, pero que dejaba sus piernas y brazos libres. Con la otra mano se golpeaba el poderoso pecho.

—Yo, Joog, Yo, Joog —repetía continuamente entre risas mientras agitaba a su víctima—. ¡Yo puedo matar! ¡Yo puedo matar!

Joog el Gigante comenzó a caminar. Se abría camino cuidadosamente por entre las estrechas calles, rodeando algunas veces un edificio que era demasiado alto para pasar por encima.

Finalmente se detuvo ante un palacio parcialmente arruinado, al que las acometidas del tiempo sólo habían difuminado levemente su belleza. Enormes masas de moho y enredaderas cubrían la mampostería ocultando los cimientos. Con un rápido movimiento Joog el Gigante introdujo a John Carter a través de una alta ventana en la torre del palacio.

Cuando Carter notó que la presa del gigante había cesado, se relajó completamente. Golpeó el suelo de piedra con el cuerpo hecho un ovillo, protegiéndose la cabeza con los brazos. Mientras permanecía tendido en la profunda oscuridad del lugar donde había caído, el terrestre escuchó recuperando el aliento.

Durante un tiempo no escuchó sonido alguno; luego comenzó a oír el pesado resoplar de Joog tras las ventanas. Una vez más, los músculos de Carter reaccionaron ante la ligera gravedad de Marte y le enviaron hasta el alféizar de la ventana desnuda. Allí se colgó y vio de nuevo la enorme y odiosa cara del gigante.

—Yo, Joog. Yo, Joog —murmuraba—. ¡Puedo matar! ¡Puedo matar!

El aliento del gigante llegó hasta Carter como una llama de fundido azufre. No había escape alguno a través de aquella ventana. Saltó de nuevo al suelo. Esta vez

comenzó un lento recorrido circular por la habitación, pegándose a las pulidas paredes de ersita. El suelo de piedra estaba lleno de cascotes. Carter oyó el siniestro siseo de una araña marciana cuando rompió su tela.

Tras recorrer los muros durante lo que le parecieron largas horas, no halló nada. Entonces, de repente, el mortal silencio fue roto por el grito de una mujer que llegaba desde alguna parte del edificio.

John Carter notó cómo la piel se le enfriaba. Había reconocido la voz de Dejah Thoris.

De nuevo saltó hacia la débil luz que recortaba la ventana. Miró fuera con cautela. Joog estaba tumbado sobre su espalda entre los cascotes y respiraba como adormilado, mientras su enorme pecho se alzaba dos metros con cada inspiración.

En silencio inició su camino a través del reborde que comenzaba en la ventana y desaparecía entre las sombras de una vecina torre. ¡Si pudiera llegar hasta aquella sombra sin despertar a Joog!

Casi había conseguido llegar a su objetivo cuando Joog gruñó brutalmente.

Había abierto un gran ojo. Una vez más le agarró y, levantándolo por un pie, lo arrojó de nuevo a través de la ventana.

Débilmente, el terrestre resbaló por el muro de su oscura celda y se tumbó contra él. Aquel grito llenaba su mente. Estaba atormentado por la idea de que Dejah Thoris pudiera estar en peligro. ¿Y dónde estaba Tars Tarkas? Pew Mogol podía haberle capturado también. Carter se puso en pie.

Uno de los bloques de ersita tras él se había movido. Esperó. Nada sucedía. Cautelosamente, se aproximó a la roca y la golpeó con los pies. El bloque se movió suavemente hacia dentro. Carter empujó la piedra con todas sus fuerzas. Centímetro a centímetro la movió hasta dejar finalmente un hueco por el que hacer pasar su cuerpo.

Se halló en una completa oscuridad, pero sus dedos le revelaron que era un pasadizo entre dos muros. Quizás se tratara de un camino que le llevara fuera de su prisión.

Con gran cuidado devolvió la pesada piedra a su lugar, no dejando ninguna huella de su huida de la habitación. El pasillo en el que se encontró era muy bajo, por lo que se arrastró con manos y rodillas. El lugar era muy viejo y sucio, como si no hubiera sido habitado por larguísimo tiempo.

Gradualmente el túnel fue agrandándose y bajando. Muchos otros pequeños pasajes salían del principal. No había luz ni ruido, sólo un leve hedor pungente que empezaba a inundar el aire. Luego comenzó a iluminarse. El terrestre advirtió que estaba en las cavernas subterráneas del palacio.

La débil luz era causada por los globos de radio fosforescente que se utilizan en Marte para iluminar.

El terrestre descubrió muy pronto la fuente de la radiación. Un resplandor surgía a

través de una brecha en el muro frente a él. Empujando la pesada piedra, John Carter penetró en una habitación. Su respiración se detuvo.

Frente a él había un guerrero con la espada desnuda, a punto de atravesar el pecho del terrestre.

Carter saltó hacia atrás con la velocidad de un rayo, sacando su propia espada y golpeando en la otra arma. El brazo armado del hombre rojo se desprendió de su cuerpo y cayó al suelo, donde se hundió en el polvo. La vieja espada golpeó en las losas.

Carter pudo ver ahora que el guerrero estaba apoyado contra el muro, balanceándose precariamente allí a través de los años, su armado brazo extendido al frente tal y como lo dejó tiempo atrás la muerte. La pérdida del arma desequilibró el torso, que golpeó contra el suelo y se disolvió en un montón de escombros.

Carter observó que en una sala vecina había un grupo de hermosas mujeres, encadenadas juntas con cadenas que salían de unos aros alrededor de sus cuellos. Estaban sentadas a la mesa donde habían comido; la comida estaba aún frente a ellas. Eran las prisioneras, las esclavas de los caudillos de la vieja ciudad muerta. El aire seco e inamovible y alguna segregación gaseosa de los muros y calabozos habían preservado su belleza a través del tiempo.

El terrestre había recorrido cierto número de pasos a través del pasillo cuando oyó tras él una especie de arañazos. Girándose en medio del pasillo miró hacia atrás. Unos brillantes ojos le seguían, y continuaron tras él mientras volvía por el túnel.

De nuevo oyó los arañazos, esta vez frente a él en el túnel. Otros ojos brillaban, John Carter extendió frente a sí la punta de su espada y corrió. Los ojos se retiraron pero el de atrás se acercó más.

Estaba ciertamente muy oscuro pero muy a lo lejos el terrestre pudo ver un ligero brillo iluminando el túnel. Corrió hacia la luz. Luchar con aquellas cosas mientras podía verlas sería preferible a dejarse sorprender fácilmente en el oscuro pasillo.

Carter entró en la habitación y a la débil luz se encontró cara a cara con la criatura cuyos ojos había percibido frente a él, en el pasillo. Era un ejemplar de la enorme rata marciana de tres patas.

Sus garras amarillentas arañaban repugnantemente el suelo con un insoportable sonido. En aquel momento, penetró en la habitación la rata que lo había estado siguiendo, y ambas comenzaron a acercarse al terrestre.

—Ahora soy yo la proverbial rata acorralada —murmuró mientras lanzaba un golpe hacia la criatura más cercana.

Esta esquivó el tajo y saltó hacia él. Pero la espada del terrestre estaba preparada y la rata atacante se ensartó anera en la punta.

Este ataque hizo retroceder a Carter cinco pasos; pero aún retuvo su espada, cuya punta había penetrado hasta la espalda del animal atravesando su salvaje corazón.

Cuando logró dejar libre su espada y prepararse para enfrentar a su otro antagonista, una exclamación desmayada escapó de sus labios.

¡La habitación estaba llena de ratas! Las criaturas habían entrado a través de otra abertura y le habían formado un círculo a su alrededor, listas para atacar.

Durante una media hora Carter se batió furiosamente por su vida en el solitario calabozo bajo el palacio de la antigua ciudad de Korvas. Los cadáveres de las ratas muertas se apilaban a su alrededor y por un momento prevaleció sobre sus numerosos enemigos.

John Carter se derrumbó bajo un terrorífico golpe en su cabeza dado por un coletazo serpentino.

Estaba medio aturdido pero intentó mantener la espada preparada, mientras lo arrastraban por los brazos a través de la oscuridad de un túnel vecino.

IV



LA CIUDAD DE LAS RATAS

Carter se recobró completamente mientras caía en un charco de agua cenagosa. Escuchaba a las ratas beber codiciosamente mientras veía sus verdosos ojos brillar en la oscuridad. El fresco olor de la tierra mojada inundó su olfato y supo que estaba en una madriguera bajo las bodegas subterráneas del palacio.

Varias ratas se habían situado junto a él para agarrarlo por los brazos con sus garras delanteras y arrastrarlo. Era algo muy desagradable y esperó que no fuera por demasiado tiempo.

No tuvo que esperar mucho. La extraña compañía llegó finalmente a una caverna subterránea enorme. Las luces que se filtraban a través de varias aberturas en el abovedado techo se reflejaban en miles de brillantes estalactitas de piedra de arena roja. Enormes estalagmitas, grandes formaciones sedimentarias de grotesca forma, surgían del suelo de la caverna.

Entre estas formaciones del suelo había numerosas edificaciones en forma de cúpula hechas de barro. Mientras lo arrastraban, Carter vio cómo varias ratas construían uno de los edificios. La obra consistía en blancos bastoncillos de diferentes tamaños unidos con el barro que depositaba en sus orillas una corriente subterránea. Los blancos trozos eran de irregulares grosor y altura. Una de las ratas detuvo su trabajo para roer uno. Parecía un hueso.

Cuando observó más de cerca vio que era el hueso de un muslo humano. Los edificios estaban contruidos con huesos y cráneos, incluso algunos conservaban escalofriantes vestigios de pelo y carne. Carter notó que el hueso superior de todos los cráneos había sido retirado, cortado limpiamente.

El terrestre fue llevado hasta un claro en el centro de la caverna. Allí, entre una montaña de cráneos, se hallaba una rata más grande que las demás. Los tenebrosos ojos rosados de la criatura brillaron mientras empujaban a Carter hacia lo alto de la montaña.

Las bestias dejaron de empujar al terrestre y descendieron, dejando a Carter solo con la gran rata.

Los largos bigotes del monstruo se movían incesantemente cuando se acercó a oler al hombre, Había perdido una oreja en alguna antigua pelea y la otra estaba roída

por una cicatriz.

Sus pequeños ojos rosados vigilaban a Carter constantemente mientras se atusaba la calva cola con una garra.

Ésta era evidentemente La Reina de las Ratas. Señora de las Profundidades, pensó Carter reteniendo la respiración. El hedor de la caverna era nauseabundo.

Sin quitar sus ojos de Carter la rata se volvió y tomó una calavera que puso ante él. Repitió el gesto, colocando otra calavera junto a la primera, hasta que formó un pequeño anillo de cabezas frente al terrestre.

Después, muy juiciosamente, se colocó dentro del círculo de cráneos y agarrando uno lo envió hacia Carter. El terrestre lo tomó y lo devolvió a la reina.

Esto pareció disgustar a su real alteza. No hizo ningún esfuerzo para coger el cráneo y lo dejó caer botando sobre la pila.

De pronto, saltó y dejó el pequeño círculo de cráneos dando al mismo tiempo agudos gritos airados.

Esto era algo muy desconcertante para el terrestre. Mientras así sucedía, se vio rodeado de dos círculos de ratas que formaron en la base de la pila, cada círculo compuesto por cerca de mil animales. Estos comenzaron una extraña danza moviéndose alrededor del dosel de huesos. La cola de cada rata estaba aferrada por la boca de la siguiente bestia formando así una cadena infinita.

No cabía duda de que el terrestre se hallaba en el centro de un salvaje ritual.

Aunque ignoraba la naturaleza exacta de la ceremonia, no tenía la más mínima duda sobre su final, los roídos cráneos, las amarillentas pupilas de los ojos que le observaban en la caverna, le ofrecían una horrible evidencia de su destino final.

¿Dónde habrían encontrado las ratas los cuerpos a los que pertenecían aquellas calaveras y dónde estaban los cerebros desaparecidos? La ciudad de Korvas, cualquier escolar marciano lo sabía, estaba desierta desde hacía muchos años; muchos de aquellos cráneos y huesos eran recientes, pues aún conservaban algo de carne. Carter 110 había encontrado en la ciudad otra evidencia de vida que el gran mono blanco, el misterioso gigante y a las propias ratas.

Sin embargo también estaba la joven a la que había oído gritar anteriormente. Este pensamiento acentuó su siempre presente ansiedad por la salvación de Dejah Thoris y el hallazgo de su paradero.

La espera le suponía un tormento. Mientras el círculo de ratas se cerraba sobre él. Los ojos del terrestre buscaban alguna vía de salvación. El círculo de ratas se cerraba lentamente, esperando a su rey, que se acercaba con las patas golpeando ruidosamente el suelo, mientras alzaba la cola. La pila de huesos emitía un sonido hueco.

El rey danzaba cada vez más rápido y el círculo de ratas se acercaba cada vez con más rapidez al montón de huesos. Las ratas más cercanas lanzaban hambrientas

miradas al terrestre. Carter sonrió hoscamente y apretó su espada con más fuerza. Extraño sería si aquellos animales conseguían retenerlo allí.

Más de una de las bestias moriría antes de empezar su festín, y el rey podría ser la primera. No le cabía duda de que iba a ser sacrificado para proveer una orgía gastronómica. De pronto el rey detuvo sus salvajes giros directamente frente a Carter. Los danzantes se detuvieron instantáneamente, esperando, observando.

Un extraño y jadeante sonido comenzó a oírse en el trono del rey y aumentó de volumen hasta convertirse en un chillido agudo, El Rey de las Ratas se detuvo sobre el anillo de cráneos y avanzó lentamente hacia Carter.

De nuevo el terrestre miró a su alrededor en busca de alguna vía de escape. Esta vez la vio.

La bóveda estaba a poco menos de siete metros de altura. Ningún nacido en Marte podría considerar ese salto, pero John Carter había nacido en el planeta Tierra y había llevado a Marte todo el poder y la agilidad de un atleta de elite.

Así, combinando esta circunstancia con la ligera gravedad de Marte, el terrestre podría llevar a cabo su rápido plan al instante siguiente.

Tensamente esperó su oportunidad. La ceremonia estaba por concluir. El rey estaba acariciándose las fauces a menos de medio metro de la garganta de Carter. La mano del terrestre vibró sobre la empuñadura de su espada, luego la hoja salió de su funda. Se produjeron un movimiento y un golpe vertiginosos. La cabeza del rey voló a través del aire y rodó por el suelo rebotando entre la pila de cráneos.

Las otras bestias quedaron desconcertadas y en silencio momentáneamente. Luego, chillando salvajemente, treparon sobre el montón de huesos intentando partir al terrestre en pedazos. John Carter saltó y con un poderoso impulso de sus músculos terrestres se alzó siete metros en el aire.

Desesperadamente se agarró a una estalactita. Poco después se había deslizado entre los colgantes musgos por el vasto techo de la caverna. En una ocasión miró abajo para ver a las ratas gritando y removiéndose en total confusión. También observó algo más. Aparentemente sólo había una entrada o salida del calabazo que formaban la ciudad subterránea de las ratas: el mismo túnel a través del que había sido arrastrado.

Por tanto el terrestre debía de buscar alguna otra salida de la bóveda.

Por fin encontró un agujero abierto, y saltando entre una pesada cortina de musgo Carter entró en una cueva. Eran muchos las ramales de túnel que penetraban en la oscuridad, muchos de ellos cerrados por las telas de la araña marciana gigante. Eran, evidentemente, parte de una gran obra subterránea de túneles que había sido hecha años atrás por los antiguos que habitaron Korvas.

Carter tenía su espada lista para cualquier encuentro con hombres o bestias que pudiera encontrar en su camino. Empezó a recorrer el largo túnel.

Las perpetuas luces de radio que habían sido empotradas en los muros durante la construcción, daban suficiente luz para que el terrestre viera su camino con alguna claridad.

Carter se detuvo ante una maciza puerta al final del túnel. Estaba grabada con jeroglíficos desconocidos para el terrestre. El ruido distante de algo que sonaba como muchos motores llegaba a él desde el otro lado de la puerta.

La empujó, descubriendo que no estaba atrancada, y se detuvo justo, incrédulo ante el enorme laboratorio que allí había.

Grandes motores bombeaban oxígeno a través de largas pipetas en hileras de cristal, que se alineaban contra la pared y llenaban la aséptica habitación blanca desde un lado al otro. En el centro del laboratorio se desplegaban algunas mesas de cirugía, con grandes hileras de focos que las iluminaban desde arriba.

Pero el contenido de los cristales atrajo inmediatamente la atención del terrestre. Cada jaula contenía un gran mono blanco aprisionado y aparentemente sin vida.

Cada una de las peludas cabezas estaba vendada. ¿Si estas bestias estaban muertas porqué los tubos de oxígeno ronroneaban bombeando al interior de las jaulas?

Carter anduvo a través de la habitación examinando las jaulas de cerca. En medio de la sala, ante el largo muro, había una cúpula que tapaba un pozo abierto en el suelo.

El pozo estaba lleno de cadáveres de guerreros rojos con los cráneos abiertos limpiamente.



LA CÁMARA DE LOS HORRORES

En el fondo del pozo, Carter pudo ver formas vagas moviéndose entre los cadáveres de los hombres rojos. Eran ratas y cuando el terrestre observó atentamente pudo ver cómo arrastraban los cuerpos hacia los túneles vecinos. Estos túneles secundarios probablemente desembocaban en el principal, que llevaba a la ciudad subterránea de las ratas.

¿De aquí conseguían las ratas los cráneos y huesos con los que habían construido y mantenían sus viviendas subterráneas!

Los ojos de Carter inspeccionaron detenidamente el laboratorio. Observó las mesas de operaciones, los instrumentos, los anestésicos. Todo dispuesto para algún espantoso experimento ideado por algún científico demente.

En el interior de una estantería de cristal se alineaban varios libros. Un grueso ejemplar, escrito con letras doradas, se titulaba «Pew Mogel, su vida y sus excelentes trabajos».

El terrestre frunció el ceño. ¿Qué explicación había para todo aquello? ¿Por qué aquel bien equipado laboratorio oculto en una antigua ciudad aparentemente desierta, excepto por monos, ratas y un gigante?

¿Por qué las jaulas en el muro conteniendo los mudos e inmóviles cuerpos de los monos con las cabezas vendadas? ¿Y los hombres rojos del pozo... por qué sus cráneos trepanados, sus cerebros extraídos?

¿De dónde provenía el gigante, la monstruosa criatura que ni siquiera existía en el folclore barsoomiano?

Uno de los libros de la estantería llevaba el nombre de Pew Mogel. ¿Qué tenía que ver Pew Mogel con todo esto y dónde estaba aquel hombre? Pero lo más importante de todo aquello era, ¿dónde estaba Dejah Thoris, la princesa de Helium? John Carter cogió el libro de Pew Mogel. De pronto, la habitación se silenció. Los motores detuvieron su marcha y se pararon.

—No toques ese libro John Carter •—surgieron las palabras a través del laboratorio.

La mano de Carter empuñó la espada. Hubo una pausa; luego la escondida voz continuó.

—Entrégate, John Carter, o tu princesa morirá.

Las palabras venían aparentemente desde un escondido altavoz en algún lugar de la habitación.

—Cruza la puerta de tu derecha, terrestre. La puerta de tu derecha.

Carter presintió que aquello se trataba de una trampa, pero fue hacia la puerta. Cautamente la empujó con el pie.

Sobre un vistoso trono en el extremo más alejado de una enorme cámara con techo abovedado se sentaba un repulsivo y deforme sujeto. Una pequeña cabeza cónica se hundía entre unos enormes hombros.

Algo en la figura daba una sensación de distorsión. El torso estaba retorcido, los brazos no tenían la misma longitud; una pierna colgaba más larga que la otra.

La cara en la diminuta cabeza miraba de soslayo a John Carter. Una gruesa lengua surgía parcialmente entre unos amarillentos dientes.

El abultado cuerpo estaba revestido de magníficos correajes de platino y diamantes. Una mano como una garra, acariciaba la descubierta cabeza.

Desde la cabeza hasta los pies no se apreciaba un solo pelo en todo el cuerpo.

A los pies del hombre, echado en el suelo, se encontraba una bestia enorme de cuatro patas con sus pequeños ojos rojos fijos en el terrestre mientras permanecía quieta al fondo de la sala.

El hombre en el trono jugueteó ociosamente con el micrófono por el que había convocado a Carter en el laboratorio.

—Te atrapé al fin, John Carter. —Los chispeantes y astutos ojos brillaron llenos de odio—. Nunca podrás compararte con el gran cerebro de Pew Mogel. —Volvió la mirada hacia una pantalla de televisión llena de diales y luces de varios colores. Su cara se retorció en una sonrisa—. Honras a mi humilde ciudad John Carter. Si supieras con cuanto interés he estado observando tus progresos a través de mi palacio con mi máquina de televisión. —Pew Mogel acarició la máquina.

—Esta pequeña invención de mi maestro, Ras Thavas —continuó Pew Mogel— que tomé de prestado me ha sido de una incalculable ayuda para seguir tu búsqueda de mi indigna persona. Ha sido una lástima que levantaran sospechas las honrosas intenciones de mi agente esta tarde en la sala del Jeddak.

—Afortunadamente, sin embargo, ha desempeñado bien su misión; y a través de una conexión de este aparato enclavado tras el espejo de la sala del trono del Jeddak he podido presenciar todo lo sucedido.

Pew Mogel rió vagamente. Sus pequeños ojos entrecerrados observaban de reojo a Carter, que se movía inquieto al otro lado de la habitación.

El terrestre no podía ver nada en la habitación que supusiera una trampa. Los muros y el suelo estaban contruidos con sencillas losas de color gris. Carter se detuvo en un extremo lateral de la sala, enfrentándose al trono de Pew Mogel.

Se acercó despacio, la manos acariciando el pomo de su espada, los músculos de su brazo tensos como bandas de acero.

A medio camino del trono el terrestre se detuvo.

—¿Dónde está Dejah Thoris? —sus palabras cortaron el aire.

La microcefálica cabeza de Pew Mogel miró hacia un lado. Carter esperó a que hablara. A pesar de tener la figura de un hombre, Pew Mogel no parecía humano. Era algo indescriptible; sus labios, sus perforadas mejillas, los ojos casi cerrados. Carter percibió que era casi ciego. No tenía párpados. Los ojos de aquel hombre no se cerraban nunca.

Pew Mogel habló fríamente.

—Te estoy muy agradecido por la visita. He sido muy afortunado al poder entretener a tu princesa y a tu mejor amigo; por lo que espero que puedas hacerme el mismo honor.

La cara de Carter no mostró expresión alguna. Lentamente, repitió:

—¿Dónde está Dejah Thoris?

Pew Mogel le miró burlescamente. El terrestre avanzó hacia el trono. El mono blanco a los pies de Pew Mogel gruñó, los pelos de su cuello se erizaron, mientras Pew Mogel se echaba hacia atrás rápidamente.

De nuevo la grotesca sonrisa pasó por su cara mientras alzaba su mano hacia John Carter y balbucía:

—Ten paciencia John Carter y verás a tu princesa, pero primero quizás estés interesado en el hombre que, la noche pasada, te llamó para encontrarse contigo en el puente principal, fuera de la ciudad.

Pew Mogel enganchó un dedo en una protuberancia del dorado brazo de su trono y tiró de ella. Una columna pegada al muro de su izquierda comenzó a desplazarse lentamente.

Un gigantesco hombre verde apareció encadenado al pilar. Sus cuatro poderosos brazos estaban atrapados con grilletes y para mayor tranquilidad adicional de Pew Mogel algunas cadenas de grandes eslabones de acero encadenaban su cuerpo. Su cuello y tobillos también estaban inmovilizados con bandas de acero y candados.

—¡Tars Tarkas! —exclamó Carter.

—¡Kaor, John Carter! —Había una amarga sonrisa en la cara de Tars Tarkas cuando le saludó—. Observo que nuestro amigo nos ha atrapado a ambos de la misma forma; pero ha necesitado que su gigante lo intentara quince veces antes de atraparme en estas cadenas.

—¡El mensaje que mandaste la noche pasada! —En aquel momento Carter supo la verdad. Pew Mogel había falsificado el mensaje entre Kantos Kan y Tars Tarkas, atrapándolos a ambos en la ciudad, la noche anterior.

—Sí, os envié mensajes idénticos —le dijo Pew Mogel—, Cada mensaje provenía

aparentemente del otro. La frecuencia la conseguí al escucharos a través del micrófono que coloqué en la sala del trono del Jeddak. Listo, ¿eh?

El ojo izquierdo de Pew Mogel salió de pronto de su cuenca y desapareció en el interior del carrillo. No pareció notarlo y continuó hablando, mirando primero a Carter y luego a Tars Tarkas con el otro ojo.

—Ambos habéis conocido ya a Joog —siguió Pew Mogel—. Una altura de treinta metros, todo músculos, un producto de la ciencia... el resultado de mi gran cerebro. Con mis propias manos insuflé vida a la carne del mayor monstruo guerrero que Barsoom jamás tuvo. Modelé todos los órganos, tejidos y huesos de diez mil hombres rojos y monos blancos. — Pew Mogel comenzó a situar su ojo izquierdo en su lugar.

Tars Tarkas emitió con una de sus extrañas risas.

—Pew Mogel —le dijo—, te equivocas por completo. Si proclamas haber creado al Gigante, ¿quién te ha creado a ti? Perdona que moleste a nuestro huésped, John Carter—continuó Tars Tarkas—, pero este monstruo se llama a sí mismo rey, cuando él mismo ha salido de la piel de un banth.

La pálida tez de Pew Mogel se tornó más pálida cuando se puso en pie. Golpeó con violencia la cara de Tars Tarkas.

—¡Silencio hombre verde! —chilló.

Tars Tarkas solo sonrió ante el golpe, ignorando el dolor. La cara de John Carter era una máscara de hielo. Un golpe más a su indefenso amigo podría arrojarle sobre la garganta de Pew Mogel. Mejor era esperar y saber donde estaba escondida Dejah Thoris.

Pew Mogel regresó a su trono. El mono blanco se había alzado, pero volvió a tumbarse de nuevo a los pies de su amo. Pew Mogel sonrió de nuevo.

—Perdonadme, por mi pérdida de compostura. A veces olvido que mi actual apariencia puede revelar mi naturaleza y origen.

«Veréis, pronto habré experimentado con uno de mis monos en el intrincado procedimiento de transferir mi maravilloso cerebro en un cuerpo más adecuado; luego no hallaréis ninguna diferencia con otro hombre normal de Barsoom.

John Carter sonrió ceñudo a las palabras de Pew Mogel.

—¿Entonces tú eres uno de los hombres sintéticos de Ras Thavas?

VI



—Sí, soy un hombre sintético —contestó Pew Mogel lentamente. Mi cerebro es el más grande de todos los logros del Cerebro Supremo.

«Durante largos años fui un aplicado pupilo de Ras Thavas en sus laboratorios de Morbus. Aprendí todo lo que el Maestro pudo enseñarme de los secretos de la creación de tejidos vivos. Cuando supe todo lo que considere necesario para la consecución de mis planes, dejé Morbus. Con cien hombres sintéticos escapé hacia las Grandes Marcas Toonolianas a lomos de los malgors, los pájaros de transporte.

«Llevé conmigo todo el intrincado equipo que pude «tomar prestado» de los laboratorios. El resto lo hice aquí, en esta antigua ciudad desierta donde finalmente me detuve —John Carter comenzó a comprenderlo todo—. Dejé de ser un esclavo —continuó Pew Mogel—. Quería reinar y por Isus que reinaré y algún día cabalgaré por todo Barsoom, mi reino. — Los ojos de Pew Mogel brillaron.

«No pasó mucho tiempo hasta que hombres rojos llegaron a nuestra ciudad. Eran fugitivos y criminales exiliados. Como eran conocidos, si se arriesgaban a ir más lejos, corrían el riesgo de que los capturaran y ejecutaran en otras ciudades civilizadas de Barsoom. Finalmente, los persuadí para que me dejaran transferir sus cerebros a los cuerpos de los estúpidos monos blancos que habitaban la ciudad. Les prometí que más tarde restituiría sus cerebros a los cuerpos de otros hombres rojos, utilizándolos en mi conquista de Barsoom.

Carter recordó a los monos de vendadas cabezas en el vecino laboratorio y a los hombres rojos con los cráneos trepanados en el pozo de las ratas. Comenzaba a entender un poco, luego recordó a Joog.

—Pero, ¿y el Gigante? —preguntó John Carter—. ¿Cómo fue hecho?

Pew Mogel se mantuvo en silencio un rato; luego habló:

—Joog lo hice pieza a pieza a lo largo de los años, con los huesos, tejidos y órganos de mil hombres rojos y monos blancos que vinieron voluntariamente a mí o fueron capturados. También su cerebro es producto de los cerebros de diez mil hombres rojos y monos blancos. Dentro de Joog he bombeado el suero autoreparador de tejidos.

«El gigante es prácticamente indestructible. ¡Ni balas o disparos de cañón pueden

detenerle! —Pew Mogel sonrió y retorció su barbilla sin pelo.

«¡Pensad qué poder tendrán mis monos soldados! —exclamó soltando un chorro de babas—. Cada uno dotado con la fuerza de un mono. Con sus cuatro manos podrán usar más armas que un hombre ordinario y dentro de sus cráneos funcionarán los cerebros de seres humanos.

«Con Joog y mi ejército de monos blancos seré fuerte y dominaré todo Barsoom —hizo una pausa y luego añadió—: He de conseguir más hierro para armas más grandes.

Después Pew Mogel se alzó de su trono lleno de excitación.

—Preferiría conquistaros pacíficamente, adquiriendo el hierro de Helium como pago por la devolución de Dejah Thoris sana y salva. Pero el Jeddak y tú, John Carter, me forzáis a otras alternativas. Sin embargo, os daré otra oportunidad para hacerlo pacíficamente —dijo.

La mano de Pew Mogel se movió hacia el brazo derecho de su trono y pulsó otra protuberancia. Una bella mujer apareció a la vista. Era Dejah Thoris.

A la vista de la princesa encadenada a otro pilar, John Carter empalideció.

Saltó hacia adelante para liberarla.

Sus músculos terrestres le ayudaron a cubrir fácilmente la distancia en un salto; pero a medio camino de su salto, Dejah Thoris y Tars Tarkas vieron al terrestre detenerse en medio del aire como si hubiera chocado con toda su fuerza contra alguna barrera invisible. Medio desvanecido, cayó al suelo.

Dejah Thoris gritó. Tars Tarkas tiró de sus cadenas. Lentamente el terrestre se puso en pie, sacudiendo su cuerpo como algún majestuoso animal. Con la espada golpeó la barrera que había aparecido entre él y el trono.

Pew Mogel rió ásperamente.

—Estás atrapado, John Carter. El cristal invisible contra el que has chocado es otra invención del gran Ras Thavas que yo adquirí. Es indestructible.

—Desde ahí presenciarás la tortura de tu princesa a no ser que ella acceda a firmar una nota para su padre pidiéndole la rendición de Helium ante mí.

El terrestre miró a su princesa, a menos de cinco metros de él. Dejah Thoris levantó orgullosamente la cabeza y miró hacia otro lado en silenciosa respuesta a las demandas de Pew Mogel sobre la traición a su pueblo.

Pew Mogel la miró furioso y dio una orden a su mono. El blanco bruto se acercó lentamente hacia Dejah Thoris. Asiéndolo su cabello con una garra forzó su cabeza atrás hasta que pudo verle la cara. Sus brutales rasgos estaban a dos centímetros de ella.

—Pide la rendición de Helium —silabeó Pew Mogel—, y tendrás tu libertad.

—¡Nunca! —La palabra pareció golpearle. Pew Mogel dio otra orden al mono. La criatura plantó sus gruesos y colgantes labios sobre los de la princesa. Dejah

Thoris intentó separarse de su abrazo mientras Tars Tarkas tiraba frenéticamente de sus cadenas de acero. La joven se desmayó.

El terrestre golpeó de nuevo fútilmente la barrera invisible.

¡Loco! —rugió Pew Mogel—. Te he dado la oportunidad de recuperar a tu princesa si me dabas todo el hierro de Helium pero tú y el Jeddak habéis pretendido desafiarme y rescatar a Dejah Thoris sin pagarme el precio que os pedí para devolverla a salvo. Por tratar de engañarme, moriréis todos.

Pew Mogel se inclinó de nuevo sobre los instrumentos de su trono. Comenzó a girar algunos diales y Carter oyó un extraño y estruendoso zumbido que aumentaba rápidamente de intensidad.

De pronto, el terrestre se volvió y corrió hacia la puerta a través de la que había entrado.

Pero antes de que corriera quince pasos otra barrera se había cerrado. Escapar por allí era imposible.

Una ventana se abría sobre al muro a su derecha. Saltó hacia ella. Se golpeó contra otra barrera de cristal.

Había otra ventana al lado izquierdo de la habitación. Estaba cerca de ella cuando se encontró contra otra barrera invisible.

En un segundo comprendió su situación. Los muros se movían hacia él. Podía ver ahora que la barrera cristalina se movía desde unas hendiduras en el vecino muro.

Los dos lados de la barrera, sin embargo, se movían con rapidez impulsados por unos pistones horizontales a presión situados en la bóveda. Estos pistones se movían juntos, conduciendo los muros de cristal uno hacia el otro, con lo que finalmente aplastarían al terrestre entre ellos.

John Carter llevaba en uno de sus dedos un enjoyado anillo. Puesto en el centro del anillo había un grueso diamante.

¡El diamante corta el cristal! Era un nuevo tipo de cristal pero las oportunidades se centraban en si era o no más duro que el diamante del anillo de Carter.

El terrestre cerró su puño presionando el diamante contra la barrera frente a sí y rápidamente dibujó un gran círculo en la superficie del cristal.

Luego se lanzó con toda su fuerza contra la zona interior del dibujo.

La sección se rompió ante el golpe y el terrestre se encontró cara a cara con Pew Mogel.

Dejah Thoris había vuelto a la consciencia con una intensa expresión en su bello rostro.

Una ceñuda sonrisa se dibujó en los labios de Tars Tarkas cuando vio que su amigo no se había visto bloqueado durante mucho tiempo por la invisible barrera.

Pew Mogel se retiró tras su trono y gritó con voz ronca:

—¡Cógelo, Gore, cógelo! —Pequeñas gotas de sudor caían de su frente.

Gore, el mono blanco, apartó su atención de Dejah Thoris y se volvió hacia el terrestre cuando éste avanzaba hacia ellos. Gruñó violentamente, revelando sus poderosos colmillos. Saltó de forma que sus cuatro macizos puños impulsaron todo el peso de su cuerpo. Sus pequeños y sanguinarios ojos brillaban de odio, pues Gore odiaba a todos los hombres salvo a Pew Mogel.

VII



EL TERROR VOLADOR

Cuando Gore, el gran mono blanco, con cerebro humano saltó al encuentro de John Carter estaba totalmente convencido de poder matar a su enemigo humano. Sin embargo, para asegurarse completamente, Gore extrajo la gran espada que colgaba a su costado y atacó violentamente a su enemigo, lanzando furiosos tajos. La brutalidad del ataque hizo retroceder momentáneamente a Carter unos pocos pasos mientras esperaba el poderoso golpe.

Pero el terrestre vio su oportunidad. Rápidamente, con seguridad, su hoja golpeó. Ejecutó un sorprendente giro y la espada de Gore rebotó a través de la habitación.

Gore, sin embargo, reaccionó con ligereza. Con sus cuatro enormes manos cogió la desnuda hoja de la espada del terrestre.

Violentamente arrancó la espada de las manos de Carter y levantándola sobre su cabeza partió el duro acero en dos, como si hubiera partido una astilla de madera.

A continuación, con un sordo gruñido, Gore se acercó. Carter dio un salto.

Por sorpresa el hombre saltó sobre la cabeza del mono; pero de nuevo con increíble velocidad lanzó una peluda mano y agarró el tobillo del terrestre.

Gore atrapó a John Carter con sus cuatro manos, acercando al hombre a sus colmillos goteantes.

Pero con un tirón de sus poderosos músculos el terrestre liberó su brazo y golpeó fuertemente el rostro de Gore.

El mono retrocedió, soltando a John Carter, y se tambaleó hacia la enorme ventana en el muro derecho de Pew Mogel.

Allí la bestia se bamboleó y el terrestre, viendo su oportunidad de nuevo, saltó en el aire pero esta vez con los pies hacia el mono. En el momento del contacto con el pecho del mono, Carter extendió sus piernas violentamente y así, cuando sus pies dieron en Gore, la fuerza de la patada se sumó al tremendo impulso de su cuerpo.

Con un rugiente grito Gore destrozó la ventana y sus gritos sólo acabaron cuando golpeó con un siniestro crujido en el patio inferior.

Dejah Thoris y Tars Tarkas, encadenados al pilar, habían observado la corta lucha, fascinados por la rápida acción del terrestre. Al ver que Carter no había sucumbido instantáneamente al ataque de Gore, Pew Mogel se movió con fría tranquilidad.

Comenzó a girar diales y a pulsar interruptores y luego habló brevemente a través del pequeño micrófono.

Mientras el terrestre volvía a recuperar el equilibrio y avanzaba hacia Pew Mogel, no pudo ver la negra sombra que oscureció la ventana a sus espaldas.

Sólo cuando Dejah Thoris grito avisándolo, el terrestre se giró. Demasiado tarde. Una gigantesca mano se cerró en su cuerpo, lo levantó del suelo y lo sacó rápidamente a través de la ventana.

Hasta los oídos de Carter llegó el grito sin esperanza de su princesa mezclado con la cruel y hueca risa de Pew Mogel.

Carter no necesitó comprobar con sus propios ojos que el ser que había ayudado a Pew Mogel no era sino su gigante sintético. El fétido aliento de Joog quemó su cara para evidenciarlo.

Joog alzó a Carter varios metros hasta situarlo frente a su cara y contrajo su rostro en algo parecido a una sonrisa burlona, enseñando sus dos grandes filas de destrozados dientes largos como afiladas rocas.

Gorgojeantes sonidos emanaban de la garganta de Joog mientras acercaba al terrestre a su rostro.

•—Yo, Joog. Yo, Joog —consiguió articular el monstruo—. ¡Yo puedo matar! ¡Yo puedo matar! —A continuación aproximó a su víctima hacia sus deslucidos dientes.

De repente, el gigante se detuvo escuchando. Carter escuchó un murmullo de palabras que aparentemente brotaban de la oreja de Joog.

John Carter advirtió que la orden llegaba de Pew Mogel transmitida por onda corta para recibirla en un aparato instalado en las orejas de Joog.

«¡A la arena!», repetía la voz, “¡Arrójalo al pozo!».

El pozo... ¿qué nueva forma de endiablada tortura era esta vez? Carter trataba, inútilmente, de liberarse de la despiadada presión que le apretaba.

Pero sus brazos estaban sujetos a los costados por la garra del gigante. Toda su atención estaba centrada en tratar de respirar laboriosamente, esperando que el apretón del gigantesco Joog terminara pronto al llegar a su destino, fuera donde fuera.

Los tremendos pasos del gigante, cruzando sobre altos y antiguos edificios o a través de espaciosa plazas, en simples y poderosas zancadas, llegaron pronto al largo y elevado anfiteatro en las afueras de la ciudad. El anfiteatro estaba levantado aparentemente sobre un cráter natural. Hilera tras hilera de filas circulares habían sido excavadas en el interior del cráter formando una serie de elevaciones en las que se sentaban miles de monos blancos.

El centro de la arena era un pozo circular de unos doscientos metros de diámetro. Estaba lleno de agua hasta una altura de unos tres metros y medio.

Tres jaulas de hierro cerradas estaban suspendidas sobre el centro del pozo por tres pesadas cuerdas uno de cuyos extremos estaba atado a la parte superior de las

jaulas, corría a través de una polea en el armazón construido sobre ellas, y caía hasta el fondo del pozo donde estaba anclada\1.

Joog se inclinó sobre el borde del coliseo y depositó a Carter en el borde del pozo. Cinco grandes monos le sujetaron mientras otro mono cogía una de las jaulas para elevarla sobre el terreno. Luego la sujetó con un largo gancho y la acercó hasta el borde, abrió la puerta de la caja con una llave larga. El portador de la llave era un mono bajo y pesado con cuello de toro y ojos excesivamente crueles.

Este bruto se acercó a Carter y mientras cinco monos sujetaban al cautivo lo agarró violentamente por el pelo y lo arrojó a la jaula al mismo tiempo que le pellizcaba sádicamente.

La puerta de la jaula se cerró inmediatamente, y sus candados chasquearon al cerrarse. Así, la jaula de Carter fue empujada sobre el pozo y la cuerda anclada con un pedrusco al fondo. Poco después, Joog volvió con Dejah Thoris y Tars Tarkas. Habían soltado sus cadenas. Fueron introducidos en las dos jaulas restantes que colgaban ahora sobre el pozo próximas a la de John Carter.

—¡Oh, John Carter, mi señor! —gritó Dejah Thoris cuando le vio en la jaula cercana—. ¡Gracias a Issus porque estás vivo! •—La pequeña princesa lloraba suavemente.

John Carter se alargó a través de las barras y tomó la mano entre las suyas, Quería decirle palabras de aliento pero sabía, al igual que Tars Tarkas, que se sentaba ceñudo en la otra jaula cercana a ellos, que Pew Mogel había ordenado sus muertes. De qué manera morirían era algo incierto.

—John Carter—le dijo Tars Tarkas hablando despacio—. ¿Sabes por qué todos esos miles de monos permanecen ahí en la arena sin prestarnos atención aparentemente?

—Sí, creo que lo sé —replicó el terrestre—. Miran todos al cielo sobre la ciudad.

—Mira —murmuró Dejah Thoris—. Es la misma cosa sobre la que cabalgaba el mono cuando fui raptada en el bosque de Helium después de disparar sobre nuestro thoot.

Llegando desde la dirección de la ciudad había aparecido sobre el cielo un gran pájaro solitario sobre cuyas espaldas viajaba un solo hombre.

Los ojos del terrestre brillaron por un instante. El pájaro es un malagor, Pew Mogel lo cabalga.

El pájaro y su jinete planearon directamente sobre ellos.

—Abrir la puerta este —ordenó Pew Mogel, su voz sonando a través de un altavoz situado en algún lugar de la arena.

Las puertas se abrieron y aparecieron en la arena, ola tras ola de malagors exactos al pájaro que cabalgaba Pew Mogel.

Cuando los malagors salieron, una columna tras otra de monos fueron esperando

su turno para saltar sobre los lomos de los pájaros. Cuando cada pájaro recibía su pasajero, se elevaba en el aire por una orden telepática para unirse a la enorme formación que volaba formando un círculo sobre sus otras cabezas.

La operación duró cerca de dos horas, pues el número de monos y pájaros de Pew Mogel era enorme. Carter observó que los monos llevaban a la espalda rifles y cada pájaro cargaba con variado equipo militar, incluyendo municiones de reserva, pequeños cañones y un arma semiautomática por cada pelotón aéreo. Al fin todo estuvo listo y Pew Mogel descendió hacia las jaulas de los cautivos.

—¡Mirad ahora: la poderosa armada de Pew Mogel! —gritó—. Con ella conquistaré Helium y luego todo Barsoom. •—Estaba muy orgulloso, con su destrozado e infeliz cuerpo sentado muy erguido sobre su montura aérea.

—Antes de que el agua suba de nivel y acabéis devorados por los reptiles que hay en su interior, dispondréis de unos momentos para considerar el destino que aguarda a Helium en las próximas cuarenta y ocho horas. Preferiría haberos conquistado pacíficamente, pero interferisteis en mis planes. Por eso moriréis lenta y cruelmente.

Pew Mogel se volvió hacia el único mono que quedaba en la arena, el guardián de las llaves de las jaulas.

—¡Abre la compuerta! —fue su única orden antes de elevarse para dirigir a su tropa hacia el norte.

Acompañando a la salvaje tropa voladora, en una estructura transportada por cientos de malagors cabalgaba .Toog, el gigante sintético. Una risa hueca y diabólica retumbaba como un trueno desde la garganta del gigante mientras era elevado al cielo.

VIII



EL POZO DE LOS REPTILES

Cuando el último pájaro del fantástico ejercito de Pew Mogel voló perdiéndose de vista tras el borde del cráter, John Carter se volvió hacia Tars Tarkas, que colgaba en una jaula a su lado. Le habló calladamente para que Dejah Thoris no los pudiera oír:

—Estas criaturas son un poderoso enemigo para Helium —le dijo—. Sólo la poderosa flota de Kantos Kan podría enfrentarse, aunque con muchas dificultades, a esos miles de monos equipados con cerebros humanos y armamento moderno, montados sobre pájaros de presa.

—Kantos Kan y su flota aérea ya no están en Helium para proteger la ciudad —le informó Tais Tarkas ceñudo—. Escuché a Pew Mogel vanagloriarse de que había enviado un mensaje falso a Kantos Kan, haciéndole creer que eras tú, urgiéndole para que la flota de combate heliumita y todas las naves de búsqueda, fueran despachadas para ayudar a las Grandes Marcas Toonolianas.

—¡Las Marcas Toonolianas! —exclamó Carter—. ¡Están a miles de kilómetros de Helium, en dirección contraria!

Un ligero grito de Dejah Thoris llamó la atención de los hombres sobre su destino inmediato. El mono junto al pozo había empujado una larga palanca de metal. Se produjo un gorgoteo de burbujas, una explosión de aire, y el agua del pozo surgió ante los tres cautivos; y su nivel comenzó a elevarse lentamente.

El guardián soltó las cuerdas de las jaulas y las bajó hasta que su parte superior estuvo al ras del borde del pozo; luego volvió a atar las cuerdas y permaneció durante unos instantes en el borde, observando a sus cautivos.

—El agua sube lentamente —chilló—, creo que tengo para una pequeña siesta.

Era aterrador escuchar aquellos sonidos de la boca de la bestia. Articulaba con dificultad, pues aunque un cerebro humano dirigiera las palabras, los músculos de la laringe de la criatura no estaban hechos para emitir ningún lenguaje hablado. El guardián se retiró del borde y se tumbó sobre el suelo de ladrillo.

—Vuestros gritos de agonía me despertaran —murmuró placenteramente—, cuando el agua comience a cubrir vuestros pies y los reptiles claven sus garras en vuestra carne a través de los barrotes de las jaulas y comiencen a arrancar vuestra carne —tras decir esto, el mono se giró y comenzó a roncar.

Entonces los tres cautivos vieron los ojos diabólicos, las mandíbulas de dientes apretados, de una docena de odiosas caras de reptil que los observaban desde el agua que subía hacia ellos.

—Muy ingenioso —opinó Tars Tarkas sin experimentar en su rostro ni un ápice de miedo, al igual que el terrestre—. Cuando el agua nos sumerja parcialmente, los reptiles podrán entrar y hacernos trozos con sus garras... si aún estamos vivos, cuando el agua llegue al techo de nuestras jaulas nos ahogaremos.

—Qué horrible..., —musitó Dejah Thoris.

Los ojos de John Carter miraron rápidamente hacia el borde del pozo. Desde su jaula veía una de las piernas del guardián, pues el animal se había dormido al borde del pozo.

Ordenándoles a los otros que permanecieran en silencio, comenzó a oscilar su cuerpo adelante y atrás, empujando los barrotes de la jaula. ¡Si pudiera hacer que su jaula se moviera!

El agua seguía subiendo de nivel bajo sus jaulas. Pareció pasar una eternidad antes de que la pesada jaula se moviera lentamente. Un poco más y aquellos horribles ojos y terribles dientes...

La jaula comenzó a moverse lentamente siguiendo el ritmo del constante bamboleo del terrestre. Un metro y medio hasta el agua... Ahora había cerca de diez reptiles bajo los cautivos... diez pares de diabólicos ojos fijos en su presa. La jaula se movía ya con rapidez. Un metro. Tars Tarkas y Dejah Thoris casi podían sentir el aliento cálido de los reptiles.

Medio metro. Sólo medio metro para que la jaula de Carter tocara el agua y se detuviera de nuevo.

Pero la prisión de hierro, como un péndulo se acercaba cada vez más al borde a cada nueva oscilación; cuando la jaula tocara el borde donde dormía el guardián, John Carter sabía que tendría que actuar rápido.

Las barras de la jaula chocaron contra el cemento del pozo. Las manos de John Carter surgieron con la rapidez de una serpiente. Sus dedos se cerraron en una argolla de hierro en el tobillo del guardián.

Un agudo chillido cruzó la arena, que se repitió desmayadamente por todo el cráter cuando el mono salió violentamente de su sueño.

Tumbado sobre la jaula, Carter sujetó al mono también con su otra mano a través de los barrotes mientras le alzaba sobre el agua. Los reptiles se aproximaron cuando la jaula se movió cerca del agua.

—Buen trabajo, John Carter —le llegaron las tensas palabras de Tars Tarkas mientras se estiraba y sujetaba al mono con sus cuatro poderosas manos. Al mismo tiempo, el terrestre se detuvo. Su jaula había tocado la superficie del agua.

—Sujétalo, Tars Tarkas, mientras cojo las llaves de su apestoso cuello... aquí, ¡ya

las tengo!

El agua chapoteaba en el fondo de las jaulas. Uno de los reptiles había clavado una garra callosa en la jaula de Dejah Thoris y esperaba para alzar su cuerpo.

Tars Tarkas arrojó el cuerpo del mono con toda su fuerza contra el reptil de la jaula.

—Rápido, John Carter —gritó Dejah Thoris—. Sálvate mientras pelean por el cuerpo del mono.

—Sí —repitió Tars Tarkas—. Abre tu jaula y vete, pues ya es el momento.

Una sonrisa torcida brilló en la comisura de los labios de Carter mientras abría la puerta de su prisión y saltaba sobre la de Dejah Thoris.

—Prefiero permanecer aquí y morir con vosotros —dijo el terrestre—, a desertar ahora.

Carter abrió con rapidez la puerta de la jaula de la princesa, pero cuando trató de alzar a la joven, un reptil penetró velozmente al interior de la jaula.

En un segundo Carter estuvo dentro de la jaula, medio llena de agua ahora; y saltó a la espalda del reptil. Un poderoso brazo se enroscó en el cuello del reptil, y pudo apartar la cabeza a tiempo pues las pesadas mandíbulas se cerraron a solo centímetros del cuerpo de la joven.

—Salta, Dejah Thoris... al techo de la jaula —le ordenó Carter.

Cuando la princesa obedeció, empujó al reptil contra la puerta de la jaula, justo en el momento en que otros reptiles entraban. En un instante se desprendió de ellos y saltó al techo de la jaula con la joven.

Un momento después abrió la puerta de Tars Tarkas. Inmediatamente el hombre verde saltó tras ellos sin problemas. Los tres se izaron por la cuerda hasta el armazón superior, y juntos cayeron al suelo al lado del pozo.

—Gracias a Issus —jadeó la joven mientras se sentaba para recuperar el aliento. Apoyó su bella cabeza en el hombro de Carter, y éste le acarició suavemente su negra melena.

Poco después, el terrestre se levantó y cruzó la arena junto con Tars Tarkas.

—Hay algunos malagors todavía dentro —le informó Tars Tarkas desde la entrada de la caverna del cráter desde la que habían salido las monturas de Pew Mogel.

—¡Bien! —exclamó Carter—. Tenemos una oportunidad de escapar y ayudar a Helium.

Un momento después, se habían hecho con dos de las aves y se elevaban sobre la antigua ciudad de Korvas.

Localizaron sus aeronaves en las afueras de la ciudad, en el mismo lugar donde las dejaron la noche que cayeron en manos de Pew Mogel.

Para su desesperación, los controles habían sido destruidos irreparablemente, por

lo que se veían obligados a continuar su viaje en los lomos de los malagors.

Sin embargo, los malagors demostraron ser unas monturas muy veloces. Al anochecer del siguiente día, el trío había llegado a la ciudad de Thark, habitada por un centenar de miles de guerreros verdes a los que acaudillaba Tars Tarkas.

Una vez convocados sus guerreros en la plaza del mercado, Tars Tarkas y John Carter les explicaron el peligro que corría Helium y les preguntaron si se pondrían en marcha para ayudar a sus aliados.

Como un solo hombre los poderosos guerreros dieron su aprobación. Al día siguiente una larga caravana de thoats salía por las puertas de la ciudad hacia Helium.

Un mensajero fue enviado sobre un malagor hacia las Marcas Toonolianas para localizar a Kantos Kan y urgirle al regreso con su flota para ayudar a la defensa de Helium, Tars Tarkas había cedido su malagor al mensajero, en favor de un thokat sobre el que cabalgaba a la cabeza de sus guerreros. Directamente sobre él, montados en otro malagor, cabalgaban Dejah Thoris y John Carter.

IX



EL ATAQUE A HELIUM

John Carter y Dejah Thoris montados sobre su malagor hacían de exploradores para la columna principal de guerreros, pues querían ser los primeros en ver la sitiada ciudad de Helium.

Era una noche clara. La princesa dio un breve grito cuando vio el amplio valle frente a Helium. La ciudad de su abuelo estaba completamente rendida al sitio que le habían impuesto las tropas de Pew Mogel.

—¡Mi pobre ciudad! —La joven sollozó suavemente, pues a la luz lunar podía verse con claridad el terrible destrozo en las murallas y los innumerables edificios destruidos y derribados de la bella metrópolis. John Carter ordenó telepáticamente al malagor que descendiera sobre la cima de una de las montañas vecinas al Valle de Helium.

—Escucha—dijo John Carter. Los pequeños cañones y las armas portátiles de Pew Mogel habían comenzado a abrir fuego de nuevo—. Están preparándose para un ataque aéreo.

De repente, desde detrás de las colinas bajas que se extendían entre el valle y las montañas se elevó el ejército aéreo de Pew Mogel.

—Llegan por todos lados —dijo Dejah Thoris.

Las grandes criaturas aladas y sus temibles jinetes descendían sobre la ciudad. Sólo un grupo de naves de Helium les presentaba batalla.

•—Kantos Kan debe haberse llevado todo el grueso de la flota —comentó el terrestre—. Me sorprende que Helium haya resistido tanto el asalto.

—Deberías conocer ya a mi pueblo —le respondió la princesa—, La infantería y los antiaéreos atrincherados en la ciudad se defienden bien.

—Mira todas esas aves abatidas.

—Sin embargo, no resistirán mucho tiempo —dijo la joven—. Esos monos arrojan bombas en la ciudad, oleada tras oleada... oh, John Carter, ¿qué haremos?

La vieja sonrisa de luchador usualmente presente en tiempos de peligro personal, dio paso a una serena y grave expresión.

Veía la más antigua y poderosa ciudad de Marte conquistada por las fuerzas de Pew Mogel, Armado con los vastos recursos de Helium, el hombre sintético podría

conquistar todas las ciudades civilizadas del planeta.

Cincuenta mil años de cultura y tradición marciana rotas por un poderoso maníaco... el mismo producto de un hombre civilizado.

—¿Es que no hay nada que le detenga, John Carter? —volvió a repetir la joven.

—Apenas» mi princesa, me temo —replicó con amargura—. Todo lo que podemos hacer es situar a los guerreros de Tars Tarkas en posiciones ventajosas para un contraataque y esperar que el destino nos ayude y el mensajero pueda hallar a Kantos Kan a tiempo de volver y ayudarnos.

«Sin apoyo aéreo nuestros guerreros verdes, aunque son valientes, poco podrían hacer frente a la superior fuerza aérea de Pew Mogel.

Cuando John Carter y Dejah Thoris volvieron hacia donde estaba Tars Tarkas, informaron de lo que habían visto.

El gran Thark añadió que sus guerreros podían atacar, pero no en un ataque frontal contra la fuerza aérea de Pew Mogel. Decidieron que la mitad de las tropas se concentrara en un punto e intentaran entrar en la ciudad al amanecer.

El resto de los guerreros formarían pequeños pelotones y acosarían al enemigo en una guerra de guerrillas.

Todos esperaban que el destino de Helium se resolviera cuando Kantos Kan volviera con su flota de rápidas naves de combate.

—La flota de Helium, con sus rápidas naves hechas de metal será un gran enemigo para la brigada alada de Pew Mogel —señaló Tars Tarkas.

—Siempre y cuando —añadió Carter— la flota de Kantos Kan llegue antes de que Pew Mogel haya tomado la ciudad y vuelva sus propios cañones antiaéreos contra él.

Durante toda esa noche, desde las montañas cubiertas por la semioscuridad, John Carter y Tars Tarkas organizaron y dispusieron sus tropas. Al amanecer todo estaba listo.

Ambos capitanearían el avance de los hombres del Thark en un salvaje avance hacia las puertas de Helium. La otra mitad permanecería detrás, cubriendo a sus camaradas con sus largos riñes.

Contra al deseo del terrestre, Dejah Thoris insistió en que cabalgaría a su lado hasta el interior de la ciudad a lomos de su malagor. Estaba comenzando a clarear.

—Preparados para la carga —ordenó Carter.

Tars Tarkas pasó la voz a los comandantes de sus unidades.

—¡Preparados para la carga! ¡Preparados para la carga! —se corrió la voz a través de los impresionantes batallones de guerreros, a lomos de sus enormes thoats de ocho patas.

Los minutos pasaron mientras la tropa se alineaba. Las espadas de acero salieron de sus fundas. Mazos o pistolas cortas surgieron de las alforjas de las silla.

John Carter miró a la joven que se hallaba cerca de él.

—Eres muy valiente, mi princesa —dijo.

—Es fácil ser valiente cuando estoy cerca del Señor de la Guerra de Marte.

¡Carguen! —ordenó con un grito Carter.

Las salvajes hordas del Thark bajaron de la montaña y cruzaron el llano hacia Helium. A la cabeza cabalgaba Tars Tarkas con su espada en alto. Sobre él, en las rápidas alas del malagor, avanzaban John Carter y la princesa de Helium.

—¡Gracias a Issus, John Carter! —gritó Dejah Thoris mirando a un punto tras las lejanas montañas en el horizonte.

—¡La flota Heliumita regresa! —exclamó Carter—. Nuestro mensajero encontró a Kantos Kan a tiempo.

Con todos sus estandartes desplegados se acercaba la poderosa flota de Helium.

Hubo un momento de silencio entre los cañones del enemigo cuando vieron a los atacantes del Thark y a la flota simultáneamente.

Un gran grito de triunfo se elevó de entre las filas de los guerreros al hacerse visible la esperada flota aérea.

—¡Escucha! —gritó Dejah Thoris a Carter—. ¡Las campanas de Helium tocan nuestra canción de victoria!

A continuación, vieron cómo todos los cañones de Pew Mogel rompían fuego a la vez y desde un lugar cercano a las protectoras colinas se elevaban sus legiones voladoras de alados malagors. Sobre sus lomos cabalgaban los monos blancos con cerebros humanos.

Sobre los hombres del Thark llegaron oleadas de escuadrones aéreos. En una auténtica riada, los pájaros atacaron manteniéndose lejos de las espadas de los guerreros verdes. Cuando un ave se acercaba, el mono montado sobre sus lomos podía descargar su mortífero armamento atómico sobre la masa de guerreros.

La carnicería fue terrible. Sólo cuando Tars Tarkas y John Carter hubieron conducido a sus guerreros a las primeras líneas de trincheras de los monos, pudieron los guerreros verdes luchar con eficacia.

Así, los verdes soldados de cuatro brazos del Thark lucharon gloriosamente contra las horribles legiones de monos de Pew Mogel.

Pero jamás, durante un sólo segundo, la horrible escuadra aérea cesó en su ataque desde el aire. Como abejas enfurecidas, aquellas miles de aves mataban, remontaban el vuelo y volvían a caer, matando de nuevo. John Carter controló magistralmente a su aterrizado malagor mientras daba órdenes y dirigía el ataque desde un ventajoso punto sobre el centro de la batalla.

Entre tanto, con gran valor, la princesa de Helium protegía a su señor contra los innumerables enemigos que le acosaban por todos los lados. El cañón de su pistola de radium estaba al rojo vivo debido a su fuego continuado y fueron innumerables las

aves y jinetes que se precipitaron al suelo derribados por sus disparos.

De pronto un tremendo rugido se elevó de entre las legiones terrestres y aéreas de Pew Mogel.

—¿Qué sucede, mi señor? —preguntó la joven—. ¿Por qué el enemigo grita en triunfo?

John Carter miró a las naves que avanzaban sobre las montañas a sólo un kilómetro de distancia; de repente, su sangre se heló.

—¡El gigante... Joog el gigante!

La criatura había surgido de un refugio en la ladera de una colina baja cuando las naves se aproximaban. El gigante arrancó un grueso árbol con sus enormes manos.

John Carter pudo distinguir entre la confusión la cabeza de un hombre, sentado en el interior de una estructura de acero sujeta por bandas de acero al casco de Joog.

Desde los labios del gigante surgió un grito que retumbó como un trueno a través de las montañas y el valle.

A continuación trepó hasta lo alto de una pequeña colina. Antes de que los atónitos Heliumitas pudieran desviar su nave, el gigante lo destruyó de un violento golpe con el gran tronco.

Los grandes músculos sintéticos del gigante de Pew Mogol agitaron la enorme arma contra las naves que se aproximaban.

La vanguardia, compuesta por veinte naves, el orgullo de la flota, recibió el violento impacto, y chocando unas contra otras, fueron a estrellarse contra el costado de la montaña, arrastrando a su tripulación hacia una espantosa muerte.

X



DOS MIL PARACAÍDAS

La nave insignia de Kantos Kan escapó de la aniquilación del primer golpe del gigante. La maza de la criatura falló en su golpe contra la nave por pocos metros.

Desde su posición sobre el malagor, John Carter y Dejah Thoris podían ver cómo muchas naves giraban hacia las montañas. Otras, sin embargo, no fueron tan afortunadas.

Atrapadas por el vendaval levantado por la gigantesca maza del gigante en su salvaje acometida, las naves quedaron fuera de control, girando y bamboleándose locamente.

Una y otra vez el tremendo árbol cortó el aire mientras el gigante lo hacía girar golpe tras golpe, destruyendo las indefensas naves.

—Kantos Kan reordena la flota —gritó John Carter sobre el fragor de la batalla, mientras los combatientes reanudaban en el suelo la batalla con inusitada violencia.

—¡Las naves regresan! —gritó la princesa—. ¡Se dirigen hacia esa espantosa criatura!

—Están abriendo su formación —replicó Carter—. Kantos Kan intenta rodear al gigante.

—¿Pero por qué?

—Observa. Le está dando a Pew Mogel de su propia medicina.

La vasta flota de naves de Helium disparaba desde todos los lados. Otras picaban desde arriba, y cuando se aproximaban a su enorme blanco los tiradores dejaban caer un verdadero diluvio de balas y rayos en el cuerpo del gigante.

Dejah Thoris suspiró con alivio.

—No podrá aguantar durante mucho tiempo.

Sin embargo, John Carter meneó la cabeza con tristeza mientras el gigante atacaba a las naves con renovada furia.

—Creo que no es así. Ni siquiera los rayos sirven contra esa criatura. Su cuerpo fue imbuido del suero que Ras Thavas descubrió. Corre a través de sus tejidos y los reconstruye inmediatamente con increíble poder y velocidad, reemplazando todo lo que queda destruido o quemado.

—¿Quieres decir que ese grotesco monstruo jamás podrá ser destruido? —le

preguntó Dejah Thoris aterrorizada.

—Es probable que viva y crezca para siempre —replicó el terrestre—. Sólo algo drástico podría acabar con él...

Un repentino fuego de determinación brillo en los ojos grises como el acero del terrestre.

—Hay un medio para detenerle, mi princesa, y salvar a tu pueblo...

Un arriesgado plan se había formado en la mente de Carter. Acostumbrado a actuar rápidamente en impulsos repentinos. Ordenó a su malagor bajar cerca de la cabeza de Tars Tarkas.

Al saber que la batalla no tenía esperanza, el guerrero verde combatía furiosamente desde su gran thout.

—Ordena a tus hombres que regresen a las montañas —gritó Carter a su viejo amigo—. Esconderos y reorganizaros y esperad mi regreso.

La siguiente media hora encontró a John Carter y a la joven en el buque insignia de Kantos Kan. La gran flota heliumita se había retirado a las montañas para reagruparse y volver al ataque. Todos los capitanes eran conscientes de la futilidad de la batalla contra el indomable gigante. Aun así, todos estaban dispuestos a luchar hasta el fin por su nación y por su princesa, recientemente rescatada. Después de abordar la nave liberaron al gran malagor que les había servido tan fielmente. Kantos Kan se arrodilló enfervorecido ante la princesa y le dio la bienvenida a su viejo amigo.

—Saber que estáis salvos de nuevo es un placer que contrarresta el gran dolor de ver nuestra ciudad de Helium caída en manos del enemigo —afirmó Kantos Kan.

—No hemos terminado, Kantos Kan —le dijo el terrestre—. Tengo un plan que quizá funcione. Vamos... necesito diez de tus naves grandes tripuladas por el equipo mínimo.

—Daré órdenes de romper formación y haremos una asamblea en el buque insignia inmediatamente —le respondió Kantos Kan alejándose para dar las órdenes.

—Un momento —le detuvo Carter—. Que cada nave sea equipada con doscientos paracaídas.

—¿Doscientos paracaídas? —le preguntó— ¡Si, señor!

Casi inmediatamente aquellos que comandaban las diez grandes naves llenas de tropas, partieron en solitaria formación hacia la nave de Kantos Kan. Cada uno con una dotación mínima de diez hombres y doscientos paracaídas; dos mil en total. Mientras abordaban la nave insignia, John Carter habló con Kantos Kan.

—Mantón tu flota intacta hasta que regrese. Protege la ciudad manteniéndote cerca de ella como mejor puedas. Volveré al amanecer.

—Pero al monstruo... —gruñó Kantos Kan— Míralo... necesitaremos hacer algo para salvar a Helium.

La enorme criatura, erguida en toda su gigantesca altura, y vestida con su roída túnica, arrojaba piedras y bombas sobre Helium, cada una de sus acciones dictada por la onda corta de Pew Mogel, que se agazapaba en el refugio levantado sobre la cabeza del gigante.

John Carter posó su mano sobre un hombro de Kantos Kan.

—No malgastes naves y hombres vanamente en luchar contra esa criatura —le advirtió—; y créeme amigo mío, sé lo que digo... volveré en la madrugada.

John Carter tomó la mano de Dejah Thoris y la besó:

—Adiós, mi señor —murmuró ella, con lágrimas en los ojos.

—Estarás a salvo aquí, con Kantos Kan, Dejah Thoris —le dijo el terrestre—. Adiós mi princesa.

Saltó ágilmente sobre la borda de la nave de transporte de tropas. Sufría al dejar a Dejah Thoris, pero sabía que estaba a salvo.

Diez minutos después, Dejah Thoris y Kantos Kan contemplaban cómo las diez rápidas naves desaparecían en el distante horizonte.

Cuando John Carter desapareció, Kantos Kan izó las enseñas personales de Dejah Thoris en su mástil junto a su estandarte, de manera que todo Helium supiera que su princesa estaba a salvo y cerca de ellos.

Durante la ausencia del terrestre, Kantos Kan y Dejah Thoris siguieron sus instrucciones, refrenando a sus fuerzas en una batalla desesperada. Como resultado, los guerreros de Pew Mogel se encontraban cada vez más cerca de Helium, mientras que el deforme sujeto preparaba a Joog para el asalto final a la ciudad fortaleza.

Exactamente veinticuatro horas después, las naves de John Carter regresaron.

Al aproximarse a Helium, el terrestre estudió atentamente la situación. Había temido que fuera demasiado tarde, pues su misión secreta le había robado un tiempo precioso, más del que había calculado.

Pero ya había llegado. Era el momento exacto de poner en marcha un plan que suponía la única esperanza de la nación de Helium.

XI



UN PLAN AUDAZ

Temeroso de que Pew Mogel interfiriera en sus ondas de radio con Kantos Kan, John Carter hizo que su nave se situara junto a la de su amigo.

El grupo de naves, que le había acompañado en la misión se agrupaban tras su líder.

Sus capitanes esperaban nuevas órdenes de este extraordinario hombre de otro mundo. En las últimas veinticuatro horas habían visto a John Carter cumplir una tarea que ningún marciano habría soñado con hacer.

Las próximas cuatro horas podrían determinar el éxito o fracaso de un plan tan fantástico que el terrestre mismo aun sonreía al pensar en él.

Sólo su viejo amigo Kantos Kan sacudió su cabeza cuando John Carter explicó sus intenciones pocos minutos después, en la cabina de la nave insignia.

—Temo que no funcione —dijo—. Tu plan es muy ingenioso, pero no creo que tenga efecto contra esa horrible monstruosidad.

—Helium está sentenciada y, aunque lucháramos hasta el fin para salvarla, no podremos hacer nada.

Mientras hablaba, Kantos Kan miraba abajo, hacia Helium. Podían ver a Joog el gigante en la llanura, arrojando grandes rocas contra la ciudad.

El porqué Pew Mogel no había ordenado al gigante entrar en la ciudad hasta el momento, Carter no lo entendía. Parecía ser que Pew Mogel disfrutaba al ver los destructivos efectos de las rocas cuando se estrellaban contra los edificios de Helium.

El espantoso Joog parecía servir con placer a los propósitos de su amo, pues estaba haciendo mucho más daño de aquella manera del que posiblemente haría dentro de la ciudad.

Pero sólo era cuestión de tiempo que Pew Mogel ordenara el asalto final sobre la ciudad.

Entonces, sus atrincheradas fuerzas se arrojarían sobre los muros de Helium, escalando los muros y rompiendo las puertas. Sobre sus cabezas volaban los monos en sus rápidas monturas, repartiendo muerte y destrucción desde el aire.

finalmente llegaría Joog, sumándose con un golpe final a la victoria da Pew Mogel.

La horrible carnicería que caería posteriormente sobre su pueblo hizo que Kantos Kan se estremeciera.

—No hay tiempo que perder, Kantos Kan —le dijo el terrestre—. Debo asegurarme de que seguirás mis órdenes al pie de la letra.

Kantos Kan miró al terrestre fijamente antes de hablar.

—Tienes mi palabra, John Carter, aunque sepa que la consecución de tu plan supondrá tu muerte o la de cualquier otro hombre, no dejaré de cumplirlo.

—Bien —le dijo el terrestre—. Saldré inmediatamente. Cuando veas al gigante elevar sus manos tres veces será la señal para llevar a cabo mis órdenes.

Justo antes de alejarse con su nave, John Carter llamó a la puerta de la cabina de Dejah Thoris.

—Adelante —oyó que respondía desde dentro.

Cuando abrió la puerta vio a Dejah Thoris sentada a una mesa. Estaba frente a una pantalla visora a través de la que se había comunicado con Kantos Kan. La joven se levantó con lágrimas brillando en sus ojos.

—No te vayas de nuevo, John Carter —rogó—. Kantos Kan me ha hablado de tu plan... 110 creo que sea posible su éxito, y sólo conseguirás sacrificarte inútilmente. Quédate conmigo, mi señor, y muramos juntos.

John Carter cruzó la habitación y tomó a la princesa en sus brazos... quizás por última vez. Ella recostó su cabeza en su amplio pecho y sollozó suavemente. El la acarició suavemente durante un momento antes de hablar.

—En Marte —dijo—, encontré un pueblo orgulloso y libre, cuya civilización he aprendido a admirar. Su princesa es la mujer que yo amo. Ella y su gente están ahora en grave peligro. Mientras me quede una sola oportunidad de salvarla a ella y a Helium de la terrible catástrofe que se abate sobre todo Marte, me aferraré a ella.

Dejah Thoris sonrió levemente frente a sus palabras, y lo miró intensamente.

—Perdóname, mi señor —murmuró—. Durante un minuto mi amor hacia ti me ha hecho olvidar que también me debo a mi pueblo. Si hay alguna esperanza de salvarlos, mi egoísmo sería imperdonable por retenerte a mi lado; ve, pero recuerda que si tú mueres el corazón de Dejah Thoris morirá contigo.

Momentos después, John Carter se sentaba a los controles de una veloz nave monoplaza de la Flota Heliumita.

Dijo adiós a las dos solitarias figuras que permanecían en el puente de la nave insignia y puso en marcha los motores de radium. Sintió cómo la pequeña nave se estremecía bajo el impulso de los reactores y se lanzó a gran velocidad y a gran altura sobre el campo de batalla.

A continuación efectuó un picado. El viento silbaba sobre las alas de la nave, mientras aumentaba su velocidad, descendiendo como un meteorito, siempre hacia abajo... hacia el gigante.

XII



EL DESTINO DE UNA NACIÓN

Ni Pew Mogel ni Joog el gigante, habían advertido a la solitaria nave que caía sobre ellos.

Pew Mogel sentado en su refugio sujeto al yelmo de Joog, estaba dando las órdenes de ataque a sus tropas por onda corta.

Una cúpula de cristal de tres metros, completamente circular, rodeaba el refugio, ofreciendo a Pew Mogel una visión completa de las fuerzas que combatían a sus pies.

Quizás si Pew Mogel hubiera mirado hacia arriba a través del cristal circular de su acerado refugio, habría alcanzado a ver a la veloz nave del terrestre precipitándose contra él.

John Carter estaba arriesgando su vida, la de su mujer y la de los supervivientes de Helium, en la esperanza de que Pew Mogel no le viera.

Condujo su pequeña nave con la velocidad de una bala hacia la cúspide de la cúpula que cubría el santuario de Pew Mogel.

Joog estaba ahora parado, con los hombros inclinados hacia delante. Pew Mogel le había ordenado que se detuviera para completar sus últimas órdenes a las tropas.

El gigante estaba en pie entre las montañas y la ciudad, en medio de la llanura. No se dio cuenta de que a menos de cien metros sobre la pequeña cúpula Carter se preparaba para atacar. Había ganado más altura para evitar ser descubierto por Pew Mogel. Su enorme velocidad también tenía el mismo propósito.

Ahora, si quería salir vivo de allí, debía dejar caer su aparato velozmente. El impacto debía producirse a la velocidad exacta.

Si el impacto se producía a demasiada velocidad, sólo conseguiría matarse a sí mismo, sin la seguridad de que Pew Mogel muriera con él.

Por otro lado si su velocidad era excesivamente lenta, nunca podría chocar contra el duro cristal que cubría el refugio. En ese caso, su destrozado aparato podría golpear en la estructura acerada y conducir a Carter a la muerte sobre el campo de batalla, mucho más abajo, cincuenta metros sobre la cúpula. Paró los motores, una rápida mirada al marcador de velocidad... ¡Demasiado rápido para el impacto!

Sus manos volaron sobre el panel de instrumentos. Tiró de tres palancas. Tres pequeños paracaídas ralentizaron parcialmente la velocidad de la nave, provocando

que ésta descendiera con mayor lentitud.

Pocos instantes después, la proa de la nave golpeó contra la pequeña cúpula.

Se escuchó un crujir de acero y madera cuando la proa chocó, atravesando la ventana y deteniéndose parcialmente sobre el suelo del compartimento de Pew Mogel.

La popa de la nave sobresalía fuera del armazón, pero la compuerta había quedado dentro del compartimento.

John Carter saltó de su interior con la espada brillando en la mano.

Pew Mogel aún estaba mirando con gesto enloquecido a su alrededor, asustado por el tremendo impacto. Su micrófono y sus auriculares, con los que dirigía las acciones de Joog y de las tropas en combate, habían salido despedidos de su cabeza y rodaban por el suelo. Cuando dejó de mirar a su alrededor con el semblante enloquecido; Pew Mogel se quedó sentado, mirando con incredulidad al terrestre.

Sus pequeños y desmayados ojos refulgieron. Abrió varias veces la boca para hablar, y finalmente movió las manos espasmódicamente.

—Desenfunda tu espada, Pew Mogell —le dijo el terrestre en voz tan baja que apenas pudo oírlo Pew Mogel.

El hombre sintético no hizo intención alguna de obedecer.

—¡Estás muerto! —croó finalmente.

Era como si quisiera convencerse de que lo que veía frente a él con la espada desenvainada era solo una alucinación. De hecho, miraba a Carter con tanta intensidad que su ojo izquierdo volvió a desaparecer tras su mejilla, tal y como el terrestre recordaba haber visto antes en Korvas cuando la criatura se excitaba.

Lo volvió a encajar y lo colocó sobre su mejilla.

—Rápido, Pew Mogel saca tu arma... no tengo más tiempo que perder.

Carter pudo echar una ojeada al gigante que continuaba parado bajo sus pies. Aparentemente, no se había percatado del cambio de amo que se había producido sobre su cabeza, aunque había dado un leve respingo cuando la nave chocó contra el refugio de su amo.

Carter se agachó y cogió el micrófono del suelo.

—Levanta un brazo —dijo. Se produjo una pausa y luego el gigante elevó su brazo derecho sobre la cabeza.

—Baja el brazo —le ordenó de nuevo. El gigante obedeció.

Carter le dio la misma orden un par de veces más, y el gigante obedeció mansamente. El terrestre sonrió levemente. Sabía que Kantos Kan había visto la señal y seguiría las órdenes que le había dado anteriormente. La mano de Pew Mogel se movió de repente a su costado y surgió armada con una pistola de rayos.

Se produjo un resplandor cegador cuando apretó el gatillo; pero de inmediato la pistola voló de su mano. Carter había saltado a un lado mientras su espada golpeaba

el arma sacándola de las garras de Pew Mogel.

Ahora se vería forzado a sacar la espada.

Así, en lo alto de la cabeza del gigante, luchando furiosamente contra aquel hombre sintético de Marte, John Carter se encontró en el más increíble trance de su venturosa vida.

Pew Mogel no era un buen espadachín. De hecho estaba furioso de que su primer ataque, que hizo retroceder al terrestre a través de la habitación empujado por la rápida sucesión de golpes que buscaban indiscriminadamente alcanzar cualquier punto de su cuerpo para herirle, no surtiera efecto.

Era una sensación extraña, aquello de luchar contra un hombre cuyo ojo se desprendía al interior de su cara. Pew Mogel se había olvidado de la desaparición de su ojo, pero tanto daba; aquel hombre sintético podía ver igualmente bien con su otro ojo.

Pew Mogel había conseguido empujar al terrestre hacia el borde de la cúpula. Por un instante se quedó mirando fuera.

Una exclamación de sorpresa escapó de sus labios.

XIII



La mirada de John Carter siguió a la de Pew Mogel. Lo que vio le hizo sonreír y renovó sus esperanzas.

—¡Mira, Pew Mogel! —gritó—. Tu ejército aéreo está en desbandada.

Los miles de malagors que habían cubierto el cielo llevando a sus peludos jinetes croaban frenéticamente mientras huían en todas direcciones. Los monos que aún permanecían sobre sus lomos eran incapaces de controlar a las salvajes bestias. Los pájaros perdían a sus jinetes cuando sus grandes alas se agitaban furiosamente para escapar de lo que los había asustado apareciendo en el cielo en medio de ellos. La causa de su salvaje huida se hizo visible inmediatamente.

El aire estaba lleno de paracaídas, y colgando de cada uno de ellos había una rata marciana de tres patas... el enemigo hereditario de todas las aves marcianas.

Con el rápido vistazo que dio Carter pudo ver a las criaturas cayendo de las naves de transporte en las que habían sido transportadas durante su ausencia en las últimas veinticuatro horas.

Sus órdenes habían sido seguidas con exactitud.

Las ratas seguían cayendo entre las filas de la tropa de Pew Mogel, sin embargo, la atención de Carter regresó hacia su peligro inmediato.

Pew Mogel atacó violentamente al terrestre. Su espada lo hirió en un hombro y la sangre cayó sobre sus bronceados brazos.

Carter echó otro vistazo. Aquellas ratas necesitarían un apoyo cuando cayeran en las trincheras.

¡Bien! Tars Tarkas y sus guerreros verdes cargaban de nuevo desde las colinas sin apenas resistencia, haciendo fuego sobre el enemigo. Ciertamente, las ratas atacarían a cualquiera cuando llegaran al suelo, pero los verdes tharks, montados en sus thoats, estaban más seguros que los monos. Ningún malagor querría acercarse a su más odiado enemigo.

Pew Mogel volvió a acercarse a la cúpula. Por el rabillo del ojo Carter vio la señal de Kantos Kan y cómo su flota aérea se lanzaba contra las legiones de monos.

De repente Pew Mogel se agachó y alargó su brazo libre.

Sus dedos se cerraron sobre el micrófono que Carter había abandonado cuando

Pew Mogel le atacó por primera vez.

La criatura llevo éste a sus labios y antes de que el terrestre pudiera evitarlo gritó a través de él:

—¡Joog, mata! ¡Mata! ¡Mata!

Al segundo siguiente, la hoja de John Carter había separado la cabeza de los hombros de Pew Mogel.

El terrestre saltó sobre el micrófono y lo arrancó de las manos de la criatura; pero se encontró con que el cuerpo sin cabeza de Pew Mogel le atacaba ciegamente a través de la sala blandiendo su afilada arma.

La cabeza de Pew Mogel rodaba por el suelo gritando salvajemente, mientras Joog cargaba para obedecer la última orden de muerte de su amo.

La cabeza de Joog se agitaba arriba y abajo con cada enorme paso. John Carter se vio arrojado a uno y otro lado con cada enorme pisada.

El cuerpo descabezado de Pew Mogel saltaba a través del piso descontroladamente con la espada en la mano.

—¡No puedes matarme! ¡No puedes matarme! —gritaba la cabeza mientras rebotaba—. ¡Yo soy el hombre sintético de Ras Tabas! ¡Yo jamás moriré! ¡Nunca moriré!

La escotilla del compartimento se abrió de golpe cuando un malagor chocó contra su pestillo. El cuerpo de Pew Mogel caminó dando tumbos a través de la abertura y cayó al vacío.

La cabeza de Pew Mogel hablaba y chillaba desquiciadamente; por lo que Carter se las apañó para agarrarla de una oreja y arrojarla fuera.

Oyó a la cosa chillar durante todo el descenso hasta que chocó en el suelo; allí sus gritos cesaron por completo.

Joog era el único que luchaba furiosamente con el arma que anteriormente había utilizado contra la flota.

—¡Yo mato! ¡Yo mato! —repetía mientras destrozaba los aeroplanos con la enorme maza a medida que estos picaban sobre las trincheras.

A pesar de que el refugio se sacudía violentamente, Carter consiguió acercarse a la cúpula. Pudo ver a las ratas aterrizando por centenares, atacando salvajemente a los monos en sus trincheras.

los verdes guerreros de Tars Tarkas también estaban allí, luchando valientemente junto a su gran líder de cuatro brazos.

Pero la poderosa maza de Joog hacía el daño de cien guerreros juntos cuando golpeaba contra los combatientes. Joog debía ser parado inmediatamente.

John Carter tomó el micrófono. Se le escurrió de entre los dedos. Se arrojó al suelo y volvió a recuperarlo.

—¡Joog, alto! ¡Alto! —gritó al micrófono.

La gran criatura detuvo su masacre, jadeando y resoplando. Se detuvo sin ver cómo la violenta batalla continuaba entre sus pies.

Los monos estaban en desbandada. Rompían filas y corrían hacia las montañas perseguidos por las ratas y los guerreros verdes de Tars Tarkas.

John Carter pudo ver la nave insignia de Kantos Kan aproximándose a la cabeza de Joog.

Temiendo que Joog pudiera golpear irritado a la nave con su precioso cargamento, el terrestre le hizo señales de que permanecieran alejados.

Luego ordenó de nuevo a través del micrófono:

—¡Joog, siéntate! ¡Siéntate!

Como un animal de presa, Joog se sentó en el suelo sobre los cadáveres de los enemigos que había matado.

John Carter saltó fuera del compartimento a la hierba. Aún tenía en la mano el micrófono que sintonizaba con los receptores de los oídos de Joog.

—¡Joog! —gritó de nuevo— ¡Ve a Korvas! ¡Ve a Korvas!

El monstruo miró al terrestre, a menos de treinta metros de su cara, y gruñó.

XIV



EL FINAL DE LA AVENTURA

El terrestre repitió de nuevo la orden a Joog el gigante. Esta vez el gruñido se congeló en sus labios, y desde el pecho del bruto surgió un sonido parecido a un sollozo cuando se puso en pie de nuevo.

Volviéndose lentamente, Joog comenzó a caminar por la llanura hacia Korvas.

No habían pasado ni diez minutos cuando los soldados heliumitas salieron de su ciudad y rodearon al terrestre y a su princesa, mientras John Carter, abrazando a Dejah Thoris, veía desaparecer en la distancia la cabeza de Joog.

—¿Por qué le has dejado ir, John Carter? —le preguntó Tars Tarkas mientras limpiaba la hoja de su espada en la piel de su sudoroso thoat.

—Sí, ¿por qué? —repitió Kantos Kan—. Ya lo tenías en tu poder.

John Carter se volvió y observó el campo de batalla.

—Toda la muerte y la destrucción que habéis visto aquí hoy no se debe a Joog, sino a Pew Mogel —les respondió Carter. Joog es indefenso ahora que su diabólico amo ha muerto. ¿Por qué añadir su muerte a las de los otros, aun cuando hubiéramos podido matarle, cosa que yo dudo?

Kantos Kan observó cómo las ratas desaparecerían en las lejanas montañas en persecución de los grandes y pesados monos.

—Escúchame John Carter —dijo finalmente con una misteriosa expresión en su cara—. ¿Cómo te las arreglaste para meter a todas esas ratas en las naves de transporte y luego soltarlas en paracaídas?

Carter sonrió.

—Fue muy sencillo —dijo—. Había observado en Korvas, cuando estaba prisionero en su ciudad subterránea, que sólo había una forma de entrar a la caverna donde vivían las ratas... un único túnel que continuaba durante alguna distancia hasta que se abría en varios otros, también había unas hendiduras en la bóveda; pero estaban fuera del alcance. Llevé a mis hombres dentro de los túneles y provocamos un enorme fuego con musgo seco. La corriente de aire llevó el humo hasta la caverna. El lugar se llenó tanto de humo que las ratas buscaron un lugar donde poder respirar, pero no podían porque su única vía de escape era el túnel. Luego simplemente conduje a las que salían medio ahogadas hasta las naves de transporte.

—¿Pero, y los paracaídas? —exclamó Kantos Kan—. ¿Cómo pudiste ponerles eso en las espaldas y evitar que os arrancaran los brazos si ya estarían conscientes?

—Las ratas no recobraron la consciencia hasta el último minuto —le explicó el terrestre—. Llenamos las bodegas de los transportes con más humo para mantener a las ratas inconscientes todo el camino hasta Helium. Tuve mucho tiempo para atar los paracaídas a sus espaldas. Las ratas volvieron en sí después de que mis hombres las empujaran fuera de las naves. Cuando llegaron al suelo estaban medio locas y destrozaban todo lo que se les ponía delante. Lo demás ya lo presenciasteis.

John Carter hizo una señal en dirección a las criaturas que desaparecían en las montañas.

—En cuanto a los malagors —concluyó— son pájaros, y los pájaros de Marte no soportan ni a las serpientes ni a las ratas. Sabía que los malagors preferirían otros lugares en los que vivir y alejarse de sus enemigos naturales cuando los vieron moverse a su alrededor por el aire.

Dejah Thoris miró a su señor y sonrió.

—¿Ha existido algún hombre así antes? —preguntó—. ¿Son todos los terrestres como tú?

Esa noche todo Helium celebró la victoria. Las calles de la ciudad se llenaron de gente sonriente. Los poderosos guerreros verdes de Thark se mezclaban hermanados con los guerreros de Helium. En el palacio real se celebraba una gran fiesta en honor de John Carter y sus servicios a Helium.

El viejo Tardos Mors estaba tan emocionado con el acontecimiento del milagroso rescate de su ciudad de las manos de su enemigo y el regreso a salvo de su nieta que fue incapaz de pronunciar una palabra durante algún tiempo, hasta que se acercó a la mesa de la cena para agradecer al terrestre la continuidad de su reino. Sus palabras fueron tan intensas y tan sinceras que el terrestre se sintió conmovido.

Más tarde, durante la noche, John Carter y Dejah Thoris se quedaron solos en una terraza sobre los jardines reales.

Las lunas de Marte se movían majestuosamente a través del cielo dibujando sombras en las distantes montañas que formaban fantásticas figuras sobre la llanura y el bosque. Luego, lentamente, las sombras de las dos personas en el balcón real se fundieron lentamente en una.

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA EDICIÓN ORIGINAL DE LOS HOMBRES ESQUELETO DE JÚPITER

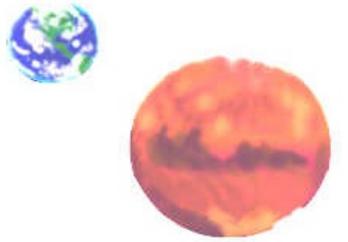
Personalmente, desapruero los prefacios; raramente los leo, y no creo haber escrito nunca una historia en la que abrume a mis largamente sufridos lectores con uno de ellos. Ocasionalmente, he tenido que incluir algunas notas y acotaciones en algunos clásicos inmortales, dos ejemplos de literatura «inútil» que deploro especialmente cuando se trata de los escritos de otros. Sin embargo, esto es algo que se emplea hasta la extenuación—estas inútiles notas y acotaciones—y que, junto con el uso de los adjetivos, aligeran la lectura de la obra del autor y permiten entender lo que sus palabras cuentan. En realidad, esto no es más que una pequeña excusa para los prefacios, y si esta fuera mi historia no pondría ninguno. Pero ésta no es mi historia; es la historia de John Cáster. Yo no soy más que su mero amanuense.

¡En Guardia! John Carter empuña su espada.

Edgar Rice Burroughs.

LIBRO 2

LOS HOMBRES ESQUELETO DE JÚPITER



I



No soy científico. Soy un luchador. Mi más querida amia es la espada, y durante mi larga vida no he visto razón para alterar mis teorías cuando he debido aplicarlas en los muchos problemas a los que he hecho frente. Esto no es así con los científicos. Ellos abandonan continuamente una teoría por otra. La ley de gravitación es quizás la única teoría que ha permanecido durante mi vida... y si la Tierra de repente comenzara a rotar diecisiete veces más rápido que ahora, la ley de la gravedad fallaría y nos lanzaría hacia el espacio.

Teorías vienen y teorías van... teorías científicas. Recuerdo una teoría en la que el Tiempo y el Espacio se movían constantemente en una línea recta. Había otra teoría que afirmaba que ni el Tiempo ni el Espacio existen... todo está en nuestras mentes. Más tarde, nació otra teoría que sostenía que el Tiempo y el Espacio se curvaban sobre ellos mismos. Mañana, algún científico os podrá enseñar resmas y resmas de papel y miles de metros cuadrados de pizarra cubiertos con fórmulas, signos, símbolos y diagramas para probar que el Tiempo y el Espacio se curvan hacia afuera alejándose entre ellos. Luego su teórico universo se desmoronará sobre nuestros oídos, y podremos prepararnos para volver de nuevo sobre las teorías desechadas anteriores. Como muchos luchadores me inclino por ser crédulo en lo que concierne a materias fuera de mi profesión; o al menos fuera de lo que uso cotidianamente. Creo en lo que hacen los científicos. Años atrás, creí con Flammarión que Marte era habitable y que estaba habitado; más tarde, nuevas y reputadas escuelas de científicos me convencieron de lo contrario. Sin perder la esperanza, me vi forzado a creer en todo aquello cuando llegué a Marte y me quedé allí a vivir. Todavía se insiste en si Marte es habitable o inhabitable, pero yo vivo aquí.

Hechos y teorías pueden ser opuestos. Incuestionablemente, los científicos parecen estar en lo cierto. De forma igualmente incontrovertible, yo puedo demostrar mi verdad.

En la aventura que voy a narrar, hecho y teoría cruzan de nuevo sus espadas. Odio hacerle esto a mis sufridos amigos científicos; pero si ellos pudieran consultarme antes de dogmatizar postulando teorías que no hallan aclamación popular, se salvarían de muchas situaciones embarazosas.

Dejah Thoris, mi incomparable princesa, y yo estábamos sentados sobre un banco ricamente tallado en uno de los jardines de nuestro palacio en Pequeño Helium cuando un oficial con los correaes de Tardos Mors, Jeddak de Helium, se aproximó y saludó.

—¡De Tardos Mors para John Carter, kaor! —dijo—. El Jeddak requiere tu inmediata presencia en la Sala de Jeddaks del Palacio Imperial de Gran Helium.

—Al instante —le respondí.

—¿Puedo llevarte, mi señor? —me preguntó—% He venido en una nave de dos plazas.

—Gracias. Me reuniré contigo en el hangar dentro de un momento.

Saludó y nos dejó.

—¿Quién es? —preguntó Dejah Thoris™. No recuerdo haberle visto nunca antes.

—Probablemente se trate de uno de los nuevos oficiales de Zor, que Tardos Mors ha destinado a la Guardia del Jeddak. Es un gesto de asegurarle a Zor que tiene la mayor confianza en la lealtad de esa ciudad y un medio de curar viejas heridas.

Zor, que se hallaba a cerca de seiscientos kilómetros al sureste de Helium, era una de las más recientes conquistas de Helium y nos había provocado una gran cantidad de problemas en el pasado a causa de los traicioneros actos instigados por una rama de la familia real guiada por Multis Par, un príncipe. Alrededor de cinco años antes de que ocurrieran los hechos que estoy narrando, este Multis Par había desaparecido; y desde entonces Zor no había causado mayores problemas. Nadie sabía dónde se hallaba este hombre, y se suponía que había elegido realizar el último y definitivo viaje sobre el río Iss hasta el Perdido Mar de Korus, en el Valle del Dor, o había sido capturado y muerto por miembros de alguna horda de salvajes hombres verdes. Nadie apareció para explicarlo... ni él tampoco regresó a Zor, donde era odiado por su arrogancia y crueldad.

—Espero que mi reverendo abuelo no te retenga por mucho tiempo —me dijo Dejah Thoris—. Tendremos algunos huéspedes para cenar esta noche y no desearía que llegaras tarde.

—¿Algunos? —le dije—. ¿Cuántos? ¿Doscientos o trescientos?

—Eres imposible —rió ella—. Sólo algunos.

—Mil, si ese es tu deseo, querida —le aseguré mientras la besaba—. ¡Y ahora, adiós! Espero estar de vuelta dentro de una hora.

Mientras subía la rampa hacia el hangar en el techo del palacio tuve, por alguna inexplicable razón, una sensación de inminente peligro; pero lo atribuí al hecho de que mi tete-a-tete con mi princesa había sido tan repentinamente interrumpido.

El liviano aire del moribundo Marte hacía que la transición entre el día y la noche sucediera demasiado rápidamente para un terrestre. El anochecer es de corta duración debido a la insignificante refracción de los rayos solares. Cuando dejé a Dejah Thoris,

el Sol, aún bajo, todavía iluminaba; el jardín estaba en penumbras, pero había luz diurna. Cuando me aproximaba al inicio de la rampa que daba a la parte del techo del palacio que ocupaban los hangares privados en los que se alojaban nuestras naves personales, la escasa luz del ocaso apenas iluminaba mi paso. Pronto sería de noche. Me extrañé de que la guardia del hangar no hubiera encendido las luces.

En el mismo instante que noté que algo iba mal, un grupo de hombres me rodeó y me redujo antes de poder desenvainar y defenderme. Una voz me advirtió que me mantuviera en silencio. Era la voz del hombre que me había conducido a esa trampa. Cuando los otros hablaron fue en un idioma que nunca había oído antes. Hablaron de forma sombría y hueca... sin expresión, sepulcral. Me habían puesto de cara contra el pavimento y me sujetaron los brazos tras la espalda. Luego me alzaron brutalmente sobre los pies. Entonces, por primera vez, obtuve una visión clara de mis captores. Se me heló la sangre. No podía dar crédito a mis propios ojos. Esas cosas no eran hombres. ¡Eran esqueletos humanos! Negros ojos sin párpados me miraban desde espantosos cráneos. Huesudos y esqueléticos dedos arañaban mis brazos. Me parecía poder ver cada hueso de sus cuerpos. ¡Y esas cosas estaban vivas! Se movían. Hablaban. Me arrastraban hacia una extraña nave que nunca antes había visto. Estaba entre las sombras del hangar... estilizada, larga y siniestra. Parecía un enorme proyectil, con la popa redondeada y la proa afilada.

En una primera breve ojeada, vi que a lo largo de su línea media había un largo alerón longitudinal —yo juzgué que era eso— que recorría todo el largo de la nave, un ascensor de extraño diseño y un timón que sobresalía de las toscas juntas. No vi propulsores, pero es que apenas tuve ocasión de inspeccionar más detenidamente la nave, pues fui rápidamente empujado a través de una escotilla abierta en un costado. El interior estaba completamente a oscuras. No vi otra luz que el débil brillo del mortecino día, visible a través de las alargadas y desnudas portillas de los costados de la nave.

El hombre que me había traicionado me siguió al interior de la nave con mis captores. Cerraron la puerta y la aseguraron con rapidez; luego, la nave se elevó silenciosamente en la noche. No se veía ninguna luz; sin embargo, estaba seguro de que uno de nuestros patrulleros nos vería; si no era así, mi gente hallaría una pista sobre mi desaparición y antes del alba miles de naves de la armada Heliumita rastrearían la superficie de Barsoom y el espacio en mi busca, sin dejar que una nave de este tamaño encontrara forma de eludirlas.

Una vez sobre la ciudad, cuyas luces podía distinguir, se alejaron de la nave a una tremenda velocidad y en completo silencio. Nada sobre Barsoom esperaba poder alcanzarlo. Se movía con gran velocidad. Las luces de la cabina fueron encendidas. Estaba desarmado, por lo que me liberaron las manos. Miré con repulsión, casi con horror, a los veinte o treinta seres que me habían apresado.

Observé ahora que no eran esqueletos, aunque una inspección más detenida hacía que se asemejaran a los huesos desnudos de un cadáver. Una piel como pergamino se pegaba a la estructura ósea de la calavera. Sus cuerpos parecían carecer de cartílago alguno o grasa. Lo que yo había tomado por cuencas desnudas eran unos hundidos ojos de un intenso color marrón sin nada de blanco. La piel de sus caras parecía pergamino y cubría el hueso hasta las encías, mientras que los dientes quedaban expuestos en ambas mandíbulas como si fueran precisamente los de una calavera desnuda. La nariz no era sino un agujero hendido en medio de la cara. No tenían orejas... sólo los orificios de los oídos, ni tampoco cabello alguno en las partes visibles de sus cuerpos ni en sus cabezas. Aquellas cosas eran más repulsivas que los kaldanes de Bantoom, aquellas horribles arañas humanas en cuyas garras cayó Tara de Helium durante su aventura que la condujo al país del Ajedrez Viviente de Marte; ellos al menos poseían unos cuerpos soportables, cosa que no se podía decir de estos seres.

Los cuerpos de mis raptores armonizaban perfectamente con sus cabezas... una piel como pergamino cubría los huesos de sus miembros, tan fina que resultaba difícil convencerse de que no era auténtico hueso lo que se veía. Y así de fina era esta piel que cubría sus esqueletos, que cada costilla y cada vértebra sobresalían en un desagradable relieve. Cuando se situaban directamente frente a una luz, podían verse sus órganos internos.

No vestían otra cosa que un diminuto taparrabos. Sus correaes eran muy parecidos a los que utilizaban los barsoomianos, cosa nada fuera de lo común, ya que todos están diseñados para el mismo propósito... llevar colgadas una espada, una daga y una bolsa.

Asqueado ante la visión, me volví para mirar hacia la superficie bañada por la luz lunar de mi adorado Marte. ¿Pero qué sucedía? Muy cerca de babor podía verse claramente Cluros, la luna más lejana. Pude distinguir su superficie cuando pasamos junto ella. ¡Veintinueve mil kilómetros en un momento, en algo más de un minuto! Era increíble.

El hombre rojo que había planeado mi captura llegó y se sentó cerca de mí. Su atractivo rostro mostraba tristeza.

—Lo siento, John Carter —me dijo—. Quizá, si me lo permites, podré explicarte el porqué de lo que he hecho. No espero tu perdón.

—¿Dónde me lleva esta nave? —le interrogué.

—Hacia Sasoom —me respondió.

¡Sasoom! ¡Ese era el nombre barsoomiano para Júpiter, a quinientos trece mil millones de kilómetros del palacio donde me esperaba Dejah Thoris!

II



U Dan



Durante un tiempo permanecí en silencio, mirando hacia el vacío negro como la tinta del espacio, una oscuridad estigia contra la cual estrellas y planetas brillaban intensamente, firmes y sin centelleos. Desde babor, lejos, los cielos me miraban con ojos cegadores; millones de blancos, cálidos y penetrantes ojos. Muchas preguntas cruzaban mi mente. ¿Había sido especialmente señalado para aquel rapto? Si así fuese, ¿porqué? ¿Cómo había entrado en Helium esta enorme nave y había conseguido posarse sobre mi pista de aterrizaje en plena luz del día? ¿Quién era este hombre de rostro melancólico que me había conducido a una trampa? Jamás, hasta que había aparecido en mi jardín, le había visto. Fue él quien rompió el silencio. Pareció que me había leído el pensamiento.

—Estás confuso por encontrarte aquí, John Carter —me dijo—. Si puedes soportar mi compañía, te lo contaré todo. En primer lugar me presentaré. Soy U Dan, un padwar de la guardia de Zu Tith, el Jed de Zor, muerto en combate cuando Helium derribó su reinado tiránico y se anexionó la ciudad.

«Mis simpatías siempre estuvieron del lado de Helium, y vi un largo y feliz futuro para mi amada ciudad al entrar a formar parte del gran Imperio Heliumita. Luché contra Helium porque era el deber de mi espada defender al Jed al que me debía—n monstruo de tiranía y crueldad, pero cuando la guerra terminó juré de corazón la alianza con Tardors Mors, Jeddak de Helium.

«Permanecí en el palacio del Jed, casi en intimidad con los miembros de la familia real. Conocí a todos muy bien, especialmente a Multis Par, el príncipe que, si todo seguía su curso natural, debería suceder al trono. Era muy parecido a su padre Zu Tith... arrogante, cruel, tirano por naturaleza. Tras la caída de Zor, buscó fomentar la discordia e incitó al pueblo a la revuelta. Cuando fracasó, desapareció. Eso fue hace cinco años.

«Otro miembro de la familia real a la que conocí muy bien era tan diferente a Zu Tith y Multis Par como el día a la noche. Su nombre era Vaja. Era la prima de Multis Par. Yo la amaba y ella me amaba a mí. Estábamos a punto de casarnos cuando, dos años después de la desaparición de Multis Par, Vaja desapareció misteriosamente”.

No entendía por qué me contaba todo esto. No estaba interesado en sus asuntos

amorosos, No tenía el menor interés en ellos. Y aún estaba menos interesado, si eso era posible, por Multis Par, pero le escuché.

—La busqué —continuó—. El gobernador de Zor puso todos sus recursos a mi disposición, pero todo fue inútil. Luego, una noche, Multis Par entró en mis aposentos en un momento en que me encontraba solo. No perdió el tiempo; fue directamente al grano. «Supongo», me dijo, «que estarás preocupado por lo que le ocurra a Vaja». Supe en aquel momento que él había sido el inductor de su rapto y temí lo peor, pues conocía el tipo de hombre que era. Desenfundé mi espada. «¿Dónde está?», le interrogué, «Dímelo, si estimas en algo tu vida». Se limitó a reírse. «No seas loco», dijo, «Si me matas, nunca la verás de nuevo... jamás sabrás dónde está. Trabaja conmigo y te la devolveré. Pero has de trabajar rápido, pues comienzo a sentirme muy encariñado con ella. Es extraño», añadió pensativo, “que haya podido vivir en el mismo palacio con ella y haber estado tan ciego ante sus muchos encantos, tanto mentales como físicos... especialmente los físicos».

««¿Dónde está ella?», le pregunté de nuevo, «Si la has tocado bestia...». «No uses esos apelativos, U Dan», me dijo. «Si me molestas demasiado, la guardaré para mí y buscaré los servicios de algún otro que me ayude con el plan que he venido a explicarte. Creo que eres un ser sensible y útil para mí... pero eres demasiado sensible... los juegos del amor embotan los procesos mentales de uno. Estoy empezando a pensar que te dejaré fuera de mi caso». Dejó escapar una risotada obscena. «Pero no te preocupes», continuó, «Ella está a salvo... lejos. Cuánto tiempo estará a salvo, depende solamente de ti». «¿Dónde está ella?» le pregunté una vez más. «Donde nunca la encontrarás sin mi ayuda», me respondió. «Si está en algún lugar de Barsoom, la encontraré», le dije. «No está en Barsoom, sino en Sasoom». «Mientes», Multis Par”, le dije. Él se encogió de hombros con indiferencia. “Quizá la creas a ella», me dijo mientras me alargaba una carta. Era de Vaja. Recuerdo el mensaje palabra por palabra.

Por increíble que parezca, estoy prisionera en Sasoom, Multis Par ha prometido traerle a mí si tu llevas a cabo lo que él califica de un pequeño favor. No sé qué es lo que espera de ti; pero hazlo si te es posible, si no, déjalo. Estoy a salvo de momento y no me han causado daño alguno.

««¿Qué es lo que quieres de mí?», le pregunté. No creo recordar sus exactas palabras; pero, en resumen, esto es lo que me dijo: La desaparición de Multis Par de Zar fue provocada por los hombres de Sasoom, Llevaban un tiempo visitando este planeta, reconociéndolo, acariciando la idea de conquistar Barsoom.

«Le pregunté la razón y me explicó que se debía sencillamente a que eran una raza guerrera. Sólo tenían en mente la guerra, como si durante largas eras sólo el espíritu guerrero les hubiera impulsado a sobrevivir. Habían doblegado a todos los otros pueblos de Sasoom y buscaban un nuevo mundo por conquistar.

«Le habían capturado para aprender lo que pudieran del armamento y efectivos militares de las diferentes naciones barsoomianas, y decidieron que como Helium era la más poderosa, podría ser allí donde descendieran. Con Helium a su disposición, el resto de Barsoom sería, pensaban, más fácil de conquistar».

—¿Y dónde entro yo en ese esquema? —le pregunté.

—Ya llego a eso —me dijo U Dan—. Los morgors son una gente muy eficiente. No dejan al azar ningún detalle que pueda afectar al éxito o fracaso de una campaña. Poseen excelentes mapas de Barsoom y gran cantidad de datos relativos a la flota y armamento de las principales naciones. Han revisado exhaustivamente ya todos esos datos y esperan obtener toda la información sobre las técnicas guerreras de los heliumitas. Esperan obtenerla de ti. La sacarán de ti.

Sonreí.

—No tienen ni el honor ni la lealtad de los heliumitas en muy alto concepto.

Una triste sonrisa cruzó sus labios.

—Sé lo que quieres decir —observó—Yo tomaría el mismo camino, sólo que ellos capturaron a Vaja y su vida fue el precio de mi aquiescencia. Sólo la salvaría si accedía a actuar como reclamo para ayudarles en tu captura. Los morgors son dados, tanto de manera individual como en masa, a aplicar la psicología al arte de la guerra.

—¿Esas cosas son los morgors? —le pregunté, señalando en dirección de las repulsivas criaturas. U Dan asintió—. No me alegro de la situación en la que has sido colocado, pero los morgors no tienen nada con lo que doblégame.

—Espera —me dijo U Dan.

—¿A qué te refieres? —le interrogué.

—Espera... encontrarán la forma. Tienen amigos. Nadie podría haberme convencido antes de que Multis Par llegara a mí con su proposición a ser tentado a traicionarte, a ti, al hombre que, de todos los hombres decentes que podría admirar, más admiro, John Carter. Quizá esté equivocado, pero cuando supe que Vaja podía estar siendo torturada y mutilada después de que Multis Par hubiera conseguido de ella lo que quería, o que ellos no la quisieran matar sino que la guardan para futuras torturas, me rendí... y acepté. No espero que me perdones, pero espero que me entiendas.

—Te entiendo —le dije—. Quizá bajo esas circunstancias yo habría hecho lo mismo.

Podía ver cuán terriblemente le torturaba su conciencia a aquel hombre. Vi que era esencialmente un hombre de honor. Podía perdonarlo por lo que había hecho en favor de una inocente criatura que le amaba, pero no podía esperar de mí que traicionara a mi país, a mi propio mundo, por salvar a una mujer que no había visto jamás. En este aspecto estaban equivocados. Aunque, sinceramente, no sabía qué haría al enfrentarme con la decisión final.

—Al menos —le dije—si yo me viera en tu situación, aparentaría que me pliego ante sus deseos mientras intentaba socavar su trabajo.

—Eso es lo que yo pensaba —me dijo—. Ese es el último recurso que me queda para no perder mi propio respeto. Quizá, antes de que sea tarde, seré capaz de salvaros a Vaja y a ti.

—Quizá podamos trabajar juntos para cumplir ese fin y la salvación de Helium —le dije—, aunque no estoy seriamente preocupado por Helium. Creo que la ciudad sabrá ocuparse de sí misma.

Él sacudió la cabeza.

—Una parte de lo que Multis Par me ha contado es verdad. Ellos pueden llegar por millones a bordo de estas naves invisibles a Barsoom. Quizá dos millones sean capaces de invadir Helium y tomar sus dos principales ciudades antes de que un solo habitante note que un enemigo amenaza su seguridad. Llegarán portando armas de las que los barsoomianos jamás oyeron y contra las que nunca antes combatieron.

—¡Naves invisibles! —exclamé—. ¡Pero yo vi ésta cuando fui capturado!

—Sí—me dijo—. No era invisible entonces, pero si cuando se movió a plena luz entre tus naves patrulleras y aterrizó en una de las más importantes plazas de todo el Bajo Helium. No era invisible cuando la viste pues habían retirado su escudo de invisibilidad, o mejor dicho, los morgors lo habían quitado para poder encontrarla ellos mismos, pues es invisible tanto para nosotros como para ellos.

—¿Conoces como funciona esa invisibilidad? —le pregunté.

—Multis Par me lo explicó —me reveló U Dan—. Déjame ver... yo no tengo mucho de científico, pero creo recordarlo más o menos correctamente. Parece ser que en alguna de las playas de sus océanos de Sasoom hay una arena magnética y submicroscópica compuesta de cristales prismáticos. Cuando los morgors desean invisibilidad para su nave, magnetizan el casco, y posteriormente, rellenan miles de diminutos agujeros practicados en el fuselaje con estas partículas. Cuando el casco es desmagnetizado estas pequeñas partículas, ligeras como el aire, caen o son barridas por el aire, e instantáneamente la nave es visible de nuevo.

En este momento, un morgor se aproximó e interrumpió nuestra conversación. Sus maneras eran arrogantes y rudas. No pude entender sus palabras cuando habló en su propia lengua con el tono hueco de catacumba que ya había oído anteriormente. U Dan le respondió en el mismo lenguaje pero en un tono de voz menos lúgubre; luego se volvió a mí.

—Tu educación va a dar comienzo inmediatamente —me dijo sonriendo de medio lado—. ¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Durante el viaje aprenderás la lengua de los morgors —me explicó.

—¿Cuán largo es el viaje? Hacen falta como mínimo tres meses de intenso estudio sólo para hacerte entender en un idioma desconocido.

—El viaje durará solo dieciocho días, aunque nos desviaremos algunos miles de kilómetros para evitar un campo de asteroides que se encuentra en nuestra ruta.

—¿Y esperan que aprenda su idioma en dieciocho días? —le pregunté, incrédulo.

—No solamente lo esperan, sino que lo harán —me respondió U Dan.

III



LOS MORGORS DE SASOOM...

Mi educación comenzó. Era inconcebiblemente brutal pero muy efectiva. Un instructor trabajó conmigo sin pausa, concediéndome tiempo libre sólo para comer o dormir. U Dan asistía como intérprete, lo que nos resultó enormemente útil. El hecho es que aprendí rápido ya que tengo una gran facilidad para aprender nuevos idiomas. Alguna vez, casi vencido por el sueño, daba mis respuestas lenta y erróneamente, pues mi cerebro se negaba a reaccionar con presteza. Una vez, el morgor que me enseñaba me abofeteó la cara. No me habría expuesto por algo así conscientemente, pues ansiaba aprender su idioma, una necesidad vital si esperaba poder comunicarme con ellos y desbaratar su fantástico plan de conquista. Pero no pude con aquello. Le propiné a aquel ser un golpe que lo envió directamente a través de la cabina, aunque casi me rompí la mano contra su huesuda mandíbula.

No debí hacerlo. Se quedó donde había caído. Varios de sus compañeros vinieron a por mí con las espadas desenvainadas. La situación tenía mal aspecto, pues yo estaba desarmado. A U Dan lo empujaron a un lado. Afortunadamente para mí, el oficial al mando de la nave había sido atraído por el jaleo y apareció en la escena a tiempo para detener a sus hombres y exigió una explicación sobre lo que estaba sucediendo.

Yo ya había aprendido las suficientes palabras de su lenguaje como para entenderles y hacerme entender de alguna manera. Le dije a aquel individuo que aunque me estaban privando del sueño y a penas me alimentaban, no me había quejado hasta el momento, pero que no había nadie que me golpeará sin sufrir las consecuencias.

—¡Y no hay criatura inferior que golpee a un morgor sin sufrir las consecuencias!
—me replicó.

—¿Qué harás entonces? —le pregunté.

—No haré nácia, Mis órdenes especifican que te lleve vivo a Eurobus, Cuando haya cumplido mis órdenes informando de tu conducta, lo dejaré todo a! criterio del Bandolian para que te castigue.

Luego se retiró, pero me dieron de comer y pude dormir; ningún morgor me golpeó durante el resto del viaje.

Cuando estaba comiendo, pregunté a U Dan qué era Eurobus.

—Es su nombre para el planeta Sasoom —me respondió.

—¿Y que es un Sandolian?

—Bueno, supongo que puede compararse a un Jeddak de Barsoom. Lo he deducido de las numerosas referencias que he obtenido de ellos. De algún modo parece un objeto de temor, si no de veneración.

Tras un largo sueño, me sentí más descansado. Todo estaba más claro en mi mente, antes embotada por el cansancio. Más tarde el comandante vino a examinarme personalmente. Estoy seguro de que lo hizo con el único propósito de hallar una falta en mí y así, quizá, castigarme. Fue extremadamente fatuo y arrogante. Me hizo las preguntas en un tono sarcástico, pero finalmente, desengañado, me dejó. No volvieron a instruirme.

—Lo has hecho muy bien —me dijo U Dan—Has aprendido en muy poco tiempo su idioma lo suficientemente bien como para que les satisfaga.

Esto sucedió el décimo quinto día. Durante los tres últimos días me dejaron solo. Viajar a través del espacio era tremendamente monótono. Había echado escasas miradas a través de las portillas. Esto se debía, principalmente, a que todo mi tiempo estaba dedicado a la instrucción; pero ahora, con nada que hacer, podía mirar. Una impresionante escena se desarrollaba ante mis ojos. El magnífico Júpiter se mostraba ante mí en toda su majestuosa inmensidad. Cinco de sus satélites eran claramente visibles en el cielo. Incluso podía ver el más pequeño, con solo cuarenta y cinco kilómetros de diámetro. Durante los siguientes dos días, vi o al menos pensé que vi, las restantes cinco lunas. Y Júpiter creció y fue imponiendo su enorme volumen. Nos aproximábamos a él a la muy considerable velocidad de treinta y cinco kilómetros por segundo, pero el planeta estaba aún a algo más de tres millones de kilómetros de distancia.

Aburrido por la monotonía de las lecciones de idioma, mi mente se veía atrapada por la curiosidad. ¿Cómo podría existir vida en un planeta donde, según una escuela de científicos afirmaba, había una temperatura media en su superficie de 260 grados bajo cero, y donde otra escuela estaba absolutamente segura de que la superficie del planeta aún estaba compuesta por roca fundida y haría tanto calor que los gases, convertidos en vapor candente y elevados hasta una atmósfera apenas consistente se precipitarían hacia el suelo en forma de incesante lluvia?

¿Cómo podía haber vida humana en una atmósfera hecha de amoníaco y metano ?

¿Y cuál sería el efecto de la enorme fuerza gravitacional del planeta?

¿Podrían mis piernas resistir mi peso? Si caía, ¿podría levantarme de nuevo? Otra pregunta, relativa a la fuerza motriz que nos había impulsado a través del espacio a una velocidad terrorífica durante diecisiete días, me rondaba incesantemente por la cabeza. Le pregunté a U Dan si sabía algo al respecto.

—Utilizan el octavo rayo barsoomiano, que nosotros conocemos como el rayo de propulsión, en combinación con la fuerza concentrada gravitacional de todos los cuerpos celestes dentro de cuyo radio de atracción la nave pasa, además de una concentración del Rayo L (rayos cósmicos) que son recogidos desde el espacio y descargados a altas velocidades en los tubos de propulsión de la popa de la nave.

El octavo rayo barsoomiano ayuda a dar a la nave su impulso inicial y a abandonar el planeta, y a frenarla cuando se aproxima el momento de su aterrizaje sobre otro. Las fuerzas gravitacionales son utilizadas tanto para acelerar como para guiar la nave. El secreto de su éxito con este tipo de navegación interplanetaria se basa en los ingeniosos métodos que tienen para concentrar estas enormes fuerzas y encauzar su tremenda energía.

—Gracias U Dan —le dije—, creo que me he hecho una idea general.

Todo esto dejaría sorprendidos a algunos de mis amigos científicos de la Tierra.

Mi anterior referencia a los científicos me hizo pensar en la vasta acumulación de teorías que vería derrumbarse cuando aterrizáramos en Júpiter en las próximas veinticuatro horas. Ciertamente, debe estar habitada por una raza muy similar a la nuestra. Esta gente poseía pulmones, corazón, riñones, hígado y otros órganos internos similares a los nuestros. Supe esto pues cada vez que uno de los morgors se situaba frente a mí y ante una fuente de luz brillante podía entrever su interior, tan fina y transparente era la piel que cubría su estructura interna. Una vez más, los científicos se equivocaban. Lo siento por ellos. Han estado equivocados tantas veces, y han debido rectificar en tantas ocasiones... Por ejemplo, hubo científicos que hicieron saltar en pedazos el sistema Ptolomeico del Universo, y otros que, que tras el descubrimiento por parte de Galileo de cuatro de las lunas de Júpiter en 1610, sostuvieron que aquel pretendido descubrimiento era absurdo; su descalificación se basaba en que, al haber siete orificios en la cabeza, dos oídos, dos ojos, dos ventanas de la nariz, y una boca, no debía haber en el cielo más de siete planetas.

Habiendo desechado tan absurda pretensión de manera tan científica, provocaron que Galileo fuera a parar a la cárcel.

Cuando estábamos a una distancia de setecientos mil kilómetros de Júpiter, la nave comenzó a frenar lentamente con vistas al aterrizaje; y unas tres o cuatro horas más tarde, penetramos en la gruesa nube que envolvía al planeta. Avanzábamos muy lentamente, a no más de novecientos kilómetros por hora.

Estaba ansioso por ver la superficie de Júpiter y extremadamente impaciente a causa de la lentitud de la nave para atravesar su envoltura, en la que no veíamos nada.

Al fin rompimos a través de las nubes, y... ¡qué espectáculo se mostró ante mis asombrados ojos!

Un enorme mundo se desplegaba bajo nuestros pies iluminado por una misteriosa luz roja que parecía emanar de la capa interior de la envoltura nubosa, enviando su

brillo sobre montañas, colinas, lomas, llanuras y océanos. Al principio no pude distinguir detalle alguno a causa de aquella extraña iluminación; pero una vez que mis ojos se acostumbraron y estudiaron el magnífico panorama que se mostraba abajo, pude ver que en la distancia se alzaba un enorme volcán, desde cuyo interior se alzaban gigantescas llamas hasta una altura de centenares de metros. Como supe más tarde, el cráter de este gigante tiene ciento cincuenta kilómetros de diámetro y a lo largo del ecuador del planeta se extiende una cadena de estas gargantuescas antorchas de cuarenta y cinco mil kilómetros de largo, mientras que otros están repartidos al azar por toda la superficie del planeta dando tanto luz como calor a un mundo que sin ellos sería oscuro y frío.

Cuando estábamos descendiendo vi aparecer las ciudades, todas situadas a una distancia respetable de estos cráteres. En el aire vi varias naves semejantes a la que me arrancó de la superficie de Marte. Algunas eran más pequeñas que la nuestra, mientras que otras eran más grandes. Dos pequeñas naves se aproximaron, y frenamos hasta casi detenernos. Se trataba evidentemente de patrulleros. Desde algunas portillas, las armas nos encañonaban. Una de ellas se aproximó más, mientras que la otra se quedaba a una distancia de seguridad. Nuestro comandante elevó una cúpula sobre la superficie externa de la nave, justo sobre la sala de control y sacó la cabeza. Una escotilla en el costado del patrullero se abrió, y apareció un oficial. Los dos intercambiaron unas pocas palabras, y a continuación el comandante del patrullero saludó y cerró la escotilla por la que había aparecido. Teníamos permiso para continuar. Todo esto había tenido lugar a una altura de mil quinientos metros.

En aquel momento procedimos a descender en espiral, lentamente, hacia una gran ciudad. Más tarde, supe que aquella metrópoli cubría un área de cerca de seiscientos kilómetros cuadrados. Estaba enteramente amurallada y las murallas y edificios eran de un color marrón oscuro, así como el pavimento de las avenidas. Era una ciudad escalofriante, lúgubre, enteramente levantada con roca volcánica. No pude ver ninguna señal de vegetación dentro de sus límites... ni un trozo de césped, ni un arbusto, ni un árbol; ningún color que cambiara la monotonía del sombrío marrón.

La ciudad era perfectamente rectangular; su eje más largo medía unos treinta y siete kilómetros, mientras que el más corto medía veinticuatro. Las avenidas estaban perfectamente trazadas y eran equidistantes unas de otras, cortando la ciudad en innumerables e idénticos bloques cuadrados. Todos los edificios eran perfectamente rectangulares, pero ninguno tenía el mismo tamaño o anchura... el único punto de ruptura en la monotonía depresiva de la tenebrosa ciudad. Bueno, no era lo único: había espacios abiertos donde no se levantaban edificios, quizá fueran plazas o zonas para desfilas. Pero cambié de opinión al aproximarnos más a la ciudad, pues todo estaba pavimentado de la misma roca marrón oscura. La ciudad era igual de depresiva, en apariencia, que Salt Lake City vista desde el aire en un día oscuro de

Febrero. El único relieve sobre esta opresiva sensación de tenebrosidad era la cercana luz que prevalecía en la escena, la refracción de las llamas de los grandes volcanes sobre la superficie de la envoltura nubosa; esto y el desenfrenado crecimiento de una feraz vegetación tropical más allá de los muros de la ciudad... una fantástica e impresionante vegetación de fantásticos e impresionantes colores.

Acompañados por los dos patrulleros, descendimos suavemente sobre un gran espacio abierto cercano a la ciudad, y fuimos a detenernos cerca de un grupo de hangares en los que había muchas naves similares a la nuestra.

Fuimos inmediatamente rodeados por un destacamento de guerreros y, para mi sorpresa, vi a un cierto número de humanos parecidos a mí mismo en apariencia, excepto que su piel era púrpura. Estaban desarmados y desnudos, excepto por unos taparrabos, y no llevaban correajes como los que usaban los morgors. Tan pronto como desembarcamos, esta gente arrastró la nave al interior del hangar. Eran esclavos.

No hubo intercambio de saludos entre los morgors recién llegados y los que esperaban a la nave. Los dos oficiales se saludaron e intercambiaron unas pocas formalidades; el comandante de nuestra nave dio su nombre, que era Haglion, el nombre de su nave, e informó que regresábamos de Marte... él lo llamó Garobus. A continuación, ordenó a diez de sus hombres que le acompañaran para vigilarnos a U Dan y a mí. Estos nos rodearon y empezamos a caminar a través del campo de aterrizaje tras Haglion.

Nos condujo a lo largo de una amplia avenida llena de peatones y tráfico. En las aceras sólo se veían morgors. El pueblo púrpura caminaba por una especie de arroyos. Muchos morgors iban montados sobre enormes y repulsivas criaturas con un incontable número de patas. Me recordaban enormes ciempiés, ya que sus cuerpos se articulaban de forma similar; cada juntura tenía cerca de treinta centímetros de largo. Sus cabezas eran pisciformes y extremadamente feas. Sus mandíbulas estaban equipadas con muchos dientes serrados y largos. Como casi todos los animales de Júpiter, lo supe después, estos eran ungulados, con cascos evidentemente preparados para las enormes zonas de lava ardiente que cubrían la superficie del planeta, así como para los trozos de roca volcánica que cubrían el suelo.

Estas criaturas eran de un gran tamaño, y podían sentarse sobre sus lomos entre diez y doce morgors. Había otras bestias de carga por las calles. Poseían formas extrañas y grotescas, pero no te aburriré describiéndolas aquí.

Sobre este panorama se movía el tráfico aéreo, formado por pequeñas naves que volaban en todas direcciones. Así, las avenidas daban cabida a una multitud de gente extraña, que raramente hablaba y nunca, por lo que pude ver, reían. Por lo que se podía apreciar, parecían estar en tristes sepulturas donde anclaban sus huesos en una vida absurda, en una ciudad de muertos, un cementerio.

U Dan y yo caminábamos por el arroyo, y los guardias sobre la acera muy cerca de nosotros. No poseíamos la categoría suficiente para caminar por donde ellos caminaban. Haglion nos guiaba hacia una gran plaza rodeada de edificios de considerable tamaño pero carentes de toda belleza. Algunos poseían torres... unas pequeñas, otras muy altas, pero todas feas. Parecían haber sido hechas para sobrevivir al paso de las eras. Nos condujeron a uno de los edificios, ante el que hacía guardia un solo centinela. Haglion habló con él y éste lo condujo al interior del edificio. Después entramos todos. Dio nuestros nombres y una descripción de cada uno de nosotros, que fue anotada cuidadosamente en un libro. A Haglion le dieron un justificante por nuestra entrega y se marchó junto con nuestra primera escolta.

Nuestro nuevo custodio dio instrucciones a varios guerreros que había en la sala, y estos nos llevaron a empujones a U Dan y a mí hacia abajo a través de una escalera hasta un oscuro sótano donde nos introdujeron en una tenebrosa celda. Uno de nuestros escoltas cerró la puerta y se marcharon.

IV



...Y LOS SAVATORS

Aunque siempre había sentido curiosidad por Júpiter, jamás me atreví a intentar viajar hasta él, pues conocía las teorías de los científicos terrestres sobre las inhóspitas condiciones atmosféricas que asolan este gran planeta. Sin embargo estaba aquí, y las condiciones no eran precisamente como las descritas por los científicos. Incuestionablemente, la masa de Júpiter es muy superior a las de la Tierra o Marte, aunque la gravedad es más ligera que la de la Tierra, igual que la que había experimentado sobre Marte. Esto se debe, comprendí, a la rápida rotación del planeta. La fuerza centrífuga, que tendería a expulsarme al espacio, se veía compensada por la fuerza de gravitación. Nunca antes me sentí tan ligero sobre mis pies. Estaba intrigado por la altura y la distancia a las que podría saltar.

La celda en la que me encontraba, aunque larga, no propiciaba un campo adecuado a este tipo de experimentos. Era una habitación larga de oscura lava rocosa. Unas pocas luces blancas dispuestas en receptáculos colocados en la bóveda la iluminaban. Desde el centro de una de las paredes un pequeño chorro de agua formaba un arroyuelo que iba a perderse en un pequeño agujero abierto en el muro del fondo de la celda. Un poco de musgo alfombraba el suelo. Éste era todo el mobiliario de la celda.

—Los morgors son unos anfitriones muy detallistas —le comenté a U Dan. Nos han dado agua para beber y bañarnos, poseemos un retrete, nos han facilitado un lugar donde sentarnos o permanecer de pie. Nuestra celda está iluminada y está reciamente construida. Estamos seguros contra los ataques de nuestros enemigos. Sin embargo por lo que a mí concierne, los morgors son...

—¡Shhhhh! —me previno U Dan—. No estamos solos.

Señaló hacia el rincón más alejado de la celda. Miré y por primera vez percibí lo que parecía ser la figura de un hombre sentado sobre el musgo.

Al mismo tiempo, la figura se levantó y se acercó a nosotros. Era, o parecía ser, un hombre\1.

—No necesitáis temerme —nos dijo—. Decid lo que os plazca de los morgors. No podéis concebir términos más insultantes o más violentos de los que yo he usado para referirme a ellos.

Excepto por su piel azul no pude apreciar diferencias considerables entre él y nosotros. Su cuerpo, desnudo, era lampiño excepto por su espesa melena, cejas y pestañas. Hablaba el mismo idioma que los Morgors. U Dan y yo habíamos usado el lenguaje común de Barsoom. Me sorprendió que este hombre hubiera podido entendernos. U Dan y yo nos mantuvimos en silencio durante un instante.

—¿Acaso —nos preguntó nuestro compañero de celda— no entendéis el idioma de Eurobus... eh?

—Lo hablamos —le dije—, pero estamos sorprendidos de que tú entiendas nuestro idioma.

El sujeto se rió.

—Y no lo entiendo —me dijo—. Lo que sucede es que mencionasteis a los morgors, así que supe que hablabais de ellos; y luego, cuando tu compañero me descubrió y te avisó para que callaras, pensé que estabas diciendo algo no muy educado sobre nuestros captores. Decidme... ¿quiénes sois? No sois morgors, ni parecéis savators.

—Somos de Barsoom —le dije.

—Los morgors le llaman Garobus —le explicó U Dan.

—He oído hablar de ello —nos dijo el savator—. Es un mundo que está más allá de las nubes. Los morgors van a invadirlo. Supongo que os habrán capturado para obtener información del planeta o para reteneros como rehenes.

—Para ambos propósitos, imagino —le dijo U Dan—. ¿Por qué estás preso?

—Accidentalmente salté sobre un morgor cuando atravesaba una avenida en un cruce. Choque con él y le dejé inconsciente. Por eso puedo ser destrozado en los ejercicios de graduación de las próximas clases.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—La educación de los jóvenes morgors se basa casi enteramente en la teoría y la práctica de la guerra. Como es algo espectacular e inflama la sangre de los jóvenes estudiantes, el día de su graduación llevan a cabo sangrientos combates. Aquellos de la graduación que sobreviven son elevados a la casta guerrera... la más alta casta entre los morgors. El arte, la literatura y la ciencia, a no ser que sirvan a los fines de la guerra, son absolutamente ignorados. Han podido vivir en Eurobus sólo gracias a los esfuerzos de los savators, aunque, infortunadamente, a costa de nuestra preparación y entrenamiento militar. Éramos un pueblo amante de la paz, nos armábamos sólo para la defensa —sonrió y se encogió de hombros—. Pero la guerra no se gana con métodos defensivos.

—Dinos algo más sobre los ejercicios de graduación —le pidió U Dan—. La idea es intrigante. ¿Contra quiénes pelean los graduados?

—Criminales convictos y esclavos —le respondió el savator—. Sobre todo hombres de mi raza, aunque de vez en cuando también lo hacen contra morgors

sentenciados a muerte. Se supone que es la forma más vergonzosa de morir que un morgor puede sufrir, luchando hombro con hombro con los miembros de las castas más bajas contra los de su propio linaje.

—¡Miembros de las castas más bajas! —exclamé—. ¿Cómo es que os consideran así los morgors?

—Justo un escalón por encima de las bestias de carga, pero conscientes de nuestros actos, ya que se supone que diferenciamos entre lo bueno y lo malo... lo malo sería cualquier acto o expresión facial críticamente adverso hacia todo lo morgoriano o que puede volverse un acto o un gesto subversivo.

—Y suponiendo que sobrevivas a la prueba de la graduación —le pregunté—. ¿Serías puesto en libertad?

—En teoría sí. Pero no en la práctica.

—¿Quieres decir que sacrifican su honor por su propio beneficio? — le preguntó U Dan.

El savator rió.

—Carecen por completo de honor —nos dijo—, aún no he conocido a nadie que haya sido liberado tras haber sobrevivido al combate; al menos por lo que sé, no hay ningún liberado. Verás, los miembros de las clases superiores luchan por parejas contra un solo enemigo.

Esto me dio una pobre impresión del carácter de los morgors, cosa que ya había sospechado por mis propias observaciones. No es habitual que un pueblo guerrero se exceda en galanterías y sentido del honor, pero cuando esas características quedan sometidas a la brutalidad, los instintos humanos se atrofian y desaparecen.

Estuvimos en silencio durante algún tiempo, hasta que fue roto por el savator.

“No sé vuestros nombres —nos dijo—. El mío es Zan Dar.

Cuando le decíamos los nuestros, un destacamento de morgors entró en nuestra celda y nos ordenaron a U Dan y a mí que les acompañáramos.

—¡Adiós! —dijo Zan Dar—. Probablemente no nos volvamos a encontrar jamás.

—¡Cállate, cosa! —le advirtió uno de los guerreros.

Zan Dar me guiñó un ojo y se rió. El morgor estaba furioso.

—¡Silencio, criatura! —gruñó.

Pensé que iba a caer con su espada sobre Zan Dar, pero el que estaba a cargo del destacamento le ordenó salir de la celda. El incidente fue otro detalle de la arrogancia egomaniaca de los morgors.

Sin embargo sirvió para que cristalizara mi admiración por aquel savator que por primera vez había hablado con nosotros.

U Dan y yo fuimos guiados a través de la plaza hasta un gran edificio, cuya entrada estaba fuertemente custodiada. La visión de aquellos guerreros de repulsivos y estremecedores cuerpos como esqueletos y cabezas como cráneos desnudos, junto

con la oscura y cavernosa entrada del edificio, sugería una terrible fantasía; la entrada al infierno guardada por la muerte. No era agradable pensarlo.

Permanecimos allí por algún tiempo, durante el cual algunos guerreros discutían como podrían discutir gatos callejeros.

—Son como los savators y, sin embargo, no se parecen —dijo uno.

—De todas formas son repugnantes —dijo otro.

—Uno es más oscuro que el otro.

Ahora, por primera vez, pude distinguir el auténtico color de los morgors. En lugar de ser de color marfil, vi que eran de un color rosado o rojo claro. Miré a U Dan. Él mostraba un intenso rojo oscuro. Una mirada a mis manos y brazos me confirmó que mi color era rojo oscuro, pero no tan intenso como el de U Dan. Al principio me sentí sorprendido, luego noté que la refracción de los resplandores rojos de los volcanes desde la superficie interior de la envoltura nubosa volvía nuestra piel de un rojo oscuro y hacía a los amarillentos pergaminos de piel de los Morgors aparecer rosa. Cuando miré alrededor noté que lo mismo sucedía con cualquier otra cosa. Recordé aquella canción popular que oí tiempo atrás en una de mis visitas a la Tierra. Creo que decía:

Miro al mundo a través de cristales color rosa, y todo es rosa ahora.

Bueno, no todo era rosa para mí precisamente, a pesar de que estaba en un mundo rosa.

Se presentó un oficial en la entrada y ordenó a su escolta llevarnos dentro. El interior del edificio era tan desagradable como el exterior, aunque, según supe después, se trataba del palacio principal del caudillo de los morgors; un edificio carente de toda ornamentación. Ninguna obra de arte alejaba la austeridad de los pasillos de oscura lava y las vacías habitaciones rectangulares. Ningún arco sostenía los afilados bordes de las entradas; ni una sola alfombra cubría el suelo marrón. Los deslucidos muros estaban helados. Nunca había estado en un ambiente tan depresivo. Incluso los sencillos pozos de las desiertas ciudades de Barsoom poseen elementos interesantes: bóvedas, arcos, envejecidas forjas de hierro viejo, que atestiguan el temperamento artístico de sus diseñadores. Los morgors, al igual que la muerte, carecían de arte.

Nos condujeron a través de una gran sala en la que varios morgors estaban reunidos alrededor de una mesa en la que otra criatura estaba sentada. Todos los morgors me parecían iguales, pues aparentemente carecían de características especiales en sus rostros y cuerpos, pero pude reconocer a Haglion entre todos los que estaban de pie ante el escritorio. Era Haglion quien había comandado la nave que me había traído desde Marte.

U Dan y yo fuimos detenidos a cierta distancia del grupo y pudimos ver a otros dos marcianos rojos entrar en la sala; un hombre y una joven. La joven era realmente

hermosa.

—¡Vaja! —exclamó U Dan. No necesité esta evidencia para saber quién era.

También estaba seguro de que el hombre era Multis Par, Príncipe de Zar. Aparecía nervioso y alicaído, aunque la arrogancia natural de aquel hombre estaba estampada sobre su figura.

A la exclamación de U Dan uno de los guardianes siseó:

—¡Silencio cosa!

La mirada de Vaja se tornó incrédula cuando reconoció a mi compañero y dio un impulsivo paso hacia él, pero un guerrero alargó su brazo y la retuvo. La débil sombra de una maliciosa sonrisa afloró a los finos labios de Multis Par.

El hombre sentado al escritorio dio una orden, y nos obligaron a formar una línea frente a él. No se diferenciaba en apariencia de los otros morgors ni llevaba ornamentos. Sus correaes y armas eran sencillas pero útiles. Estaban marcadas con un jeroglífico que difería de las otras marcas en los correaes de los otros morgors, y cada una de las marcas de los otros diferían entre sí. No supe qué significaban pero luego supe que cada jeroglífico indicaba el nombre, rango y título del que lo llevaba. El jeroglífico de este sujeto era el de Bandolian, Emperador de los Morgors.

Frente al Bandolian, sobre el escritorio, había un gran mapa que reconocí al instante como de Barsoom. Era evidente que el Bandolian y sus estado mayor habían estado estudiándolo. Cuando U Dan y yo nos detuvimos frente al escritorio con Vaja y Multis Par, el caudillo miró fijamente al Príncipe de Zor.

—¿Quién es aquél —preguntó— al que llaman Señor de la Guerra de Barsoom?

Multis Par me señaló y el Bandolian volvió sus fríos ojos hacia mí. Fue como si la Muerte me mirase y me marcara como de su propiedad.

—Tengo entendido que tu nombre es John Carter —me dijo.

Yo asentí con la cabeza.

—Aunque eres de una casta inferior, espero que estés imbuido de algún tipo de inteligencia. Es a esta inteligencia a la que le daré mis órdenes. Pretendo invadir y conquistar Barsoom (él lo llamó Garobus) y te ordeno que cooperes por completo en ayudarme a mí y a mi estado mayor con toda la información militar que poseas relativa a las principales fuerzas de Garobus, especialmente de aquellas que pertenecen a ese lugar conocido como Imperio de Helium. A cambio, te dejaré con vida.

Le miré por un momento, y luego me reí en su cara. La débil ilusión de un rubor pasó por su cara.

—¡Te atreves a reírte de mí! —gritó.

—Esa es mi respuesta a tu oferta —le dije.

Bandolian estaba furioso.

—¡Lleváoslo y destruidlo! —ordenó.

—¡Espera, Gran Bandolian! —intervino Multis Par—. Sus conocimientos son indispensables para ti y tengo un plan del que podrías sacar gran provecho.

—¿De qué se trata? —le preguntó el Bandolian.

—Tiene una compañera a la que adora. Retenía y él pagará cualquier precio por recuperarla sin que sufra daño alguno.

—No el precio que el morgor pide —le dije a Multis Par—, y si la raptan y la traen aquí, te garantizo tu muerte.

—Es suficiente —nos interrumpió el Bandolian—. Lleváoslos fuera de aquí.

—¿Podemos destruir al llamado John Carter? —le preguntó el oficial que mandaba el destacamento que nos habían traído hasta la sala de audiencias.

—Por ahora no —le respondió el Bandolian.

—Ha golpeado a un morgor —le dijo Haglion—. Era un oficial.

—También morirá por eso —replicó el caudillo.

—Eso supondría dos muertes... —le dije.

—¡Afuera con ellos! —gritó el Bandolian.

Cuando nos sacaban, Vaja y U Dan se miraron intensamente.

V



PODRÍA SER UN TRAIADOR

Zan Dar, el savator se sorprendió al vernos regresar a la celda de la que habíamos salido hacía tan poco tiempo.

—No esperaba volver a veros de nuevo —nos dijo—¿Qué ha sucedido?

Le expliqué brevemente lo que había ocurrido durante la audiencia, añadiendo:

—Me han devuelto a la celda a la espera de mi muerte.

—¿Y tú, U Dan?—le preguntó.

—Ignoro qué harán conmigo —le respondió U Dan—. El Bandolian no me prestó la más mínima atención.

—Tendrá algún motivo, puedes estar seguro. Es probable que piense romper tu voluntad dejándote ver a la joven que amas, en la creencia que eso influirá en John Carter para que acceda a sus demandas. John Carter vive sólo porque el Bandolian espera vencer su resistencia más adelante.

El tiempo pasaba lentamente en aquella celda bajo la ciudad morgor. No había forma de medir su paso. Además, tanto nos habría dado que hubiéramos estado en la superficie, ya que no hay noches en Júpiter. Es siempre de día. El Sol, a setecientos veinticuatro millones de kilómetros de distancia, derrama muy poca luz sobre el planeta, aun cuando está expuesto por completo a la luz de la estrella que constituye el centro de nuestro sistema solar; sin embargo, esta escasa luz se ve oscurecida por la densa capa de nubes que envuelve este remoto mundo. Incluso este pequeño filtro se ve neutralizado por las gigantescas antorchas volcánicas que cubren la totalidad del planeta con luz diurna. Aunque Júpiter rota sobre su eje en menos de diez horas, su superficie está iluminada por toda la eternidad.

U Dan y yo aprendimos muchas cosas relativas al planeta gracias a Zan Dar. Nos habló de las vastas áreas marinas que están en constante agitación como resultado de la continua traslación de las cuatro grandes lunas que rodean a Júpiter a cuarenta horas, ochenta y cinco horas, ciento setenta y dos horas, y cuatrocientas horas respectivamente mientras el planeta efectúa una rotación completa en nueve horas y cincuenta y cinco minutos. Nos contó sobre vastos continentes y enormes islas, y pudimos imaginárnoslas perfectamente, ya que un cálculo aproximado nos daba un área de veintitrés mil millones de kilómetros cuadrados para el planeta.

Como el eje de Júpiter es casi perpendicular al plano de su movimiento, poseyendo sólo una inclinación de unos tres grados, no debe poseer una gran variedad de estaciones, de manera que sobre su enorme superficie existe un clima, humedad y calor uniformes, iluminada y calentada perpetuamente por los innumerables volcanes que la cubren. Y aquí estaba yo, un aventurero que había explorado dos mundos, encerrado en un calabozo subterráneo bajo el más magnífico y misterioso planeta de nuestro sistema solar. Era para volverse loco...

Zan Dar nos habló del continente en el que estábamos. Era el más grande y constituía el hogar ancestral de los morgors. Desde él partían para conquistar el resto de su mundo. Los países conquistados, gobernados por lo que podía definirse como un Gobernador Militar Morgor, pagaban tributo en mercancías manufacturadas, comida y esclavos. Quedaban pequeñas zonas, consideradas de poco valor por los morgors, que todavía eran libres y disfrutaban de su propio gobierno. Una de estas áreas, nos dijo Zan Dar, era una remota isla llamada Zanor.

—Es una tierra de tremendas montañas y espesos bosques con árboles de gran altura y tamaño —nos contó—. Gracias a nuestras montañas y nuestros bosques es una tierra fácil de defender contra una flota enemiga.

Cuando nos dijo la altura de algunos de los elevados picos de Zanor, nos resultó difícil creerle: a una altura de treinta kilómetros sobre el nivel del mar se alzaba la majestuosa reina de las montañas de Zanor.

—Los morgors han enviado muchas expediciones contra nosotros —prosiguió Zan Dar—. Han puesto el pie en algún valle pequeño, y allí, rodeados de montañas que son como el hogar para nosotros y desconocidas para ellos, quedan a nuestra merced. Los hacemos prisioneros literalmente uno a uno, hasta que su número queda tan reducido que deben retirarse. También matan a muchos de los nuestros, y hacen prisioneros. Yo fui capturado en una de sus incursiones. Si tuvieran una gran cantidad de naves y hombres podrían conquistarnos; pero nuestra tierra no merece para ellos ese gran esfuerzo, y creo que prefieren mantenernos en esa situación y utilizarnos para las prácticas en guerrillas de sus alumnos.

No sé cuánto tiempo llevábamos confinados cuando Multis Par apareció en la celda con un oficial y un pelotón de soldados. Se presentó para exhortarme a que cooperara con el Bandolian.

—La invasión y conquista de Barsoom es inevitable —me dijo—. Si ayudas al Bandolian, podrás mitigar el horror de una larga guerra para los habitantes de Barsoom. Así servirás mejor a nuestro mundo, que manteniéndote en esa estúpida e irrazonable postura.

—Pierdes tu tiempo —le dije.

—¡Pero nuestras propias vidas dependen de ti! —me gritó— Tu y U Dan, Vaja y yo. ¡Todos moriremos si te niegas! La paciencia del Bandolian casi se ha agotado.

Miré pensativo a U Dan.

—No podríamos morir por una causa mejor —intervino U Dan para mi sorpresa—. Yo moriría como penitencia por el trance en el que he puesto a John Carter.

—¡Sois dos locos! —exclamó Multis Par enfurecido.

—Al menos no seremos traidores —le recordé.

—Morirás, John Carter —gruñó—. Pero antes de morir verás a tu compañera en las garras del Bandolian. Han ido a buscarla. Bien, si cambiáis de idea, enviadme vuestro mensaje a través de los que os traen vuestra comida.

Salté hacia adelante y lo golpeé. Lo habría matado si los morgors 110 hubieran entrado rápidamente en la celda.

Así que habían enviado a buscar a Dejah Thoris... y yo estaba indefenso. La encontrarían. Sabía como la harían venir... asegurándole que sólo con su cooperación podría evitar mi muerte inmediata. Me pregunté si vencerían. ¿Podría yo, en última instancia, sacrificar la vida de mi amada princesa o la libertad de mi país de adopción? Francamente, 110 lo sabía; pero tenía el ejemplo de U Dan para guiarme. Él había sacrificado su patriotismo por el amor. ¿Qué haría yo?

El tiempo pasó en la oscura celda, donde 110 existía la noción del tiempo. Preparamos innumerables planes de huida, todos fútiles. Improvisamos juegos que mitigaron la monotonía de nuestra solitaria existencia. Sin embargo, U Dan y yo aprendíamos más cosas del gran planeta gracias a Zan Dar, y él conocía gracias a nosotros lo que había más allá de la eterna envoltura nubosa que ocultaba a los habitantes de Júpiter del Sol, los otros planetas, las estrellas, y sus propias lunas. Todo lo que Zan Dar sabía hasta el momento era lo que había podido escuchar aquí y allá de los morgors cuando hablaban de sus viajes interplanetarios. Los conocimientos de astronomía de los morgors sólo eran ligeramente inferiores a su interés por la materia, prácticamente nulo. Los morgors sólo tenían un interés en la vida: la guerra, la conquista y la matanza¹.

Al fin algo rompió la monotonía mortal de nuestras vidas: un nuevo prisionero fue introducido en nuestra celda. ¡Y era un morgor! La situación se tornó embarazosa. Si la situación hubiera sido a la inversa, y allí hubiera habido tres morgors y un terrestre, no cabía duda del tratamiento que hubiera recibido el último. Habría sido ignorado, maltratado y humillado. El morgor se esperaba este tratamiento. Se alejó hacia un rincón de la celda y esperó lo que tenía motivos para esperar.

U Dan, Zan Dar y yo discutimos la situación en susurros. Fue un momento terrible para el morgor. Los tres decidimos tratar a la criatura simplemente como a un compañero prisionero hasta que su propia conducta nos guiara. Zan Dar fue el primero en romper el hielo. De forma amistosa le preguntó qué mala fortuna le había puesto en esa situación.

—Maté a uno que tenía gran influencia en el palacio del Bandolian —replicó, y

mientras hablaba se acercó a nosotros—. Por ello, moriré en los ejercicios de graduación de la próxima clase. Sin duda alguna, moriremos todos juntos —añadió con una risa hueca—. A no ser que escapemos.

—Entonces moriremos —dijo Zan Dar.

—Quizá —replicó el morgor.

—Nadie escapa de las prisiones morgor —dijo Zan Dar.

Yo me sentía interesado en una palabra: «quizá». Me pareció dicha con intención, así que tomé la determinación de hacer hablar a aquel esqueleto animado. No perdía nada y podía conducirnos a algo bueno. Le dije mi nombre y el de mis compañeros, luego le pregunté el suyo.

—Vorion —me respondió—. Pero no necesito que tú te presentes, John Carter. Nos hemos visto antes. ¿No me reconoces? —admití que no. Vorion rió—. Yo te abofeteé la cara y tú me golpeaste y me lanzaste a través de la nave. Fue un buen golpe. Durante un tiempo creyeron que había muerto\1.

—Oh, eres uno de mis instructores. Creo que te gustará saber que puedo morir a causa de aquel golpe.

—Quizá no —me dijo Vorion.

De nuevo aquel «quizá». ¿En qué estaría pensando?

Para nuestra sorpresa, Vorion demostró no ser un mal compañero. Sentía un gran rencor hacia el Bandolian y los poderes que le habían condenado a su encarcelamiento y muerte. Aprendí de él que la aparente veneración y lealtad que mostraba el pueblo por el Bandolian era un asunto de disciplina. En el fondo de su corazón, Vorion tenía a aquel ser por un monstruo de crueldad y tiranía.

—El miedo y las generaciones de condicionamiento son las que sostienen nuestra lealtad —dijo.

Después de permanecer con nosotros durante un tiempo, me dijo:

—Los tres os habéis portado correctamente conmigo. Podíais haber hecho mi vida aquí dentro una existencia miserable; y no podría recriminaros nada si lo hubierais hecho, pues debéis de odiarnos a los morgors.

—Estamos en el mismo barco —le dije—. No ganaríamos liada luchando entre nosotros. Si trabajamos juntos quizá... —utilicé su propio «quizá», Vorion asintió.

—Ya había pensado que podríamos trabajar juntos —me dijo.

—¿Con qué fin? —le pregunté.

—Escapar.

—¿Es posible?

—Quizá.

U Dan y Zan Dar estaban escuchando. Vorion se volvió hacia el último.

—Si somos capaces de escapar—le dijo—, vosotros tres tendréis un país a donde ir con la seguridad de encontrar asilo, mientras que yo sólo puedo esperar la muerte

sobre el suelo de cualquier país de Eurobus. Si podéis prometerme la salvación en vuestro país... —se detuvo, evidentemente esperando la reacción de Zan Dar.

—Puedo prometerte sólo lo mejor de mí hacia ti —le dijo Zan Dar—. Confío en que si me das los medios de liberarme y volver a Zantor, se te permitirá vivir.

Nuestros planes fueron interrumpidos por la llegada de un pelotón de guerreros. El oficial al mando me llamó y me ordenó salir de la celda. Si me veía apartado de mis compañeros vería todos mis sueños de huida disolverse ante mis ojos.

Me llevaron desde el edificio y a través de la plaza hasta el palacio del Bandolian, y tras una espera me encontré de nuevo en la Sala de Audiencias. Tras su escritorio, los inexpresivos ojos del tirano me miraron fijamente desde la siniestra calavera.

—Te daré una última oportunidad —me dijo el Bandolian. Volviéndose a uno de sus oficiales le ordenó—: Traedme al otro.

Se produjo una larga espera y luego una puerta a mi derecha se abrió y una guardia trajo al «otro». ¡Era Dejah Thoris! ¡Mi incomparable Dejah Thoris!

Qué delicada criatura era mientras cruzaba la sala rodeada de odiosos morgors. Qué dignidad majestuosa, qué distinción en su porte y su semblante. ¡Que alguien como ella tuviera que ser sacrificada por salvar un mundo! Se detuvo a dos pasos de mí me regaló con una breve sonrisa y murmuró:

—¡Valor! Sé porqué estoy aquí. No te rindas. Antes muerte que deshonor.

—¿Qué dice la hembra? —preguntó el Bandolian.

Pensé rápido. Sabía que tenía una buena oportunidad, pues no había uno solo de ellos que hablara el lenguaje de Barsoom. En su estúpida arrogancia no se dignaron jamás aprender, por lo que yo le respondí con el tono de obediencia debida:

—Ruega conmigo para salvarse —le dije.

Miré a Dejah Thoris, sonriente. Evidentemente le habían enseñado el lenguaje de los morgors durante el largo viaje desde Marte.

—Y habrás de hacerle caso —me dijo el Bandolian—. De otra manera, será entregada a Multis Par y luego sufrirá la tortura y la mutilación largamente antes de que muera.

Me aterrorizó pensar en el posible destino de mi princesa y en ese momento volví a sentir que mi voluntad flaqueaba.

—¿Si coopero, podrá ella volver a Helium? —le pregunté.

—Ambos podréis... una vez que conquistemos Garobus —me aseguró el Bandolian.

—¡No! ¡No! —susurró Dejah Thoris—. ¡Prefiero morir que volver a Helium con un traidor! No, John Carter, jamás harás eso para salvar mi vida.

—¡Pero piensa en la tortura, en la mutilación! Puedo ser un traidor mil veces por salvarte, y te prometo no odiarte si te apartas de mí; prefiero no volver jamás a Barsoom.

—¡Nunca seré mutilada ni torturada! —me dijo—Tengo entre mis correaes una afilada daga.

Lo entendí y me sentí aliviado.

—Muy bien —le dije—. Si morimos por Barsoom seremos iguales a los muchos guerreros valientes del pasado; pero aún no estamos muertos. Recuerda esto, mi princesa: no uses esa daga hasta que no tengas la absoluta seguridad de la muerte como única salida.

—Mientras tú vivas, guardaré la esperanza de vivir —me dijo.

—Vamos, vamos —me dijo el Bandolian—. Hemos presenciado durante demasiado tiempo vuestros tontos balbuceos. ¿Aceptas mi propuesta?

—La consideraré —le respondí—. Pero necesito intercambiar unas cuantas palabras más con mi compañera.

—Que sean breves —me concedió el morgor.

Me volví hacia Dejah Thoris.

—¿Dónde estás encerrada?

—En el último piso de una torre de este edificio, en la esquina más cercana al gran volcán. Hay otra barsoomiana conmigo. Una joven llamada Vaja.

El Bandolian se impacientaba. Se agitaba tras su escritorio golpeándolo con los nudillos y haciendo castañear las mandíbulas.

—¡Basta de hablar! —gruñó—. ¿Cuál es tu decisión?

—El asunto es de gran importancia para mí —le respondí—. No puedo decidir en este momento. Devuélveme a mi celda, así podré meditar y discutirlo con U Dan, que también posee gran cantidad de datos.

—¡Devolvedlo a su celda! —ordenó el Bandolian, y luego agregó dirigiéndose a mí—: Tienes tiempo, pero no mucho. Mi paciencia se agota exhausta.

VI



HUIDA

No tenía ningún plan. Estaba prácticamente sin esperanza, pero había ganado, al menos, un poco de tiempo para Dejah Thoris. Quizá surgiera por sí mismo una medio de huida. En esta insustancial idea basé todas mis esperanzas.

Mis compañeros de celda se sorprendieron y tranquilizaron cuando volví con ellos. Les conté brevemente lo ocurrido en la Sala de Audiencias del Bandolian. U Dan exteriorizó toda su ira cuando le conté que Dejah Thoris había caído en las garras de los morgors, y se maldijo por la parte que había tomado en ponernos a ella y a mí a esta situación, donde solo teníamos dos alternativas: la muerte o el deshonor.

—Los arrepentimientos jamás han conducido a parte alguna —le dije—. No nos valen de nada para salir de esta celda, ni van a ayudar a Dejah Thoris y a Vaja para escapar de la torres del Bandolian. Olvídalos. Hay otras cosas de las que preocuparnos ahora —me volví hacia Vorion—. Nos has hablado de una posibilidad de huida. Explícate.

No estaba acostumbrado a que alguien de una casta inferior le hablara así, pero se rió, tomándolo con buen humor. Los morgors no pueden sonreír. Desde que nacen hasta que mueren llevan en su rostro el inmutable gesto de un cráneo desnudo.

—No es más que una posibilidad —nos dijo—. Una muy pequeña posibilidad. Escasa sería un término más adecuado; aun así, si fracasamos, no estaremos peor que ahora.

—Cuéntanos —le dije.

—Puedo abrir la cerradura de nuestra puerta —nos explicó—. Si hay suerte, podremos escapar de este edificio. Conozco un camino muy poco frecuentado, pues fui durante algún tiempo guardián de esta prisión.

—¿Qué oportunidad tendremos después, cuando nos encontremos las calles de la ciudad? —le preguntó U Dan—. Nosotros tres seremos identificados enseguida.

—No necesariamente —le dijo Vorion—. Hay muchos esclavos en las avenidas que parecen exactamente Zan Dar. Claro, el color de la piel de los hombres de Garobus puede atraer la atención, pero es algo que no nos debe detener\1.

—¿Y después de las calles? —preguntó Zan Dar—. ¿Qué haremos?

—Puedo hacer ver que estoy encargado de vosotros. Os trataré como a esclavos

de manera que no levantemos sospechas ni llamemos la atención. Deberé ser rudo con vosotros, pero espero que lo entendáis. Os llevaré hasta un lugar donde hay muchas naves, le diré al guardia que tengo órdenes de llevaros a bordo de cierta nave. En aquel lugar sólo hay naves privadas, pertenecientes a los ricos y los poderosos, y conozco bien cierta nave que pertenece a alguien que no la suele usar. Si podemos acercarnos y abordarla, nadie podrá evitar nuestra fuga. En una hora estaremos camino a Zanor... si todo va bien.

—Y si podemos llevar a Dejah Thoris y a Vaja con nosotros —añadí.

—Las había olvidado por completo —dijo Vorion—. ¿Estáis dispuestos a arriesgar la vida por dos hembras?

—Por supuesto —afirmó U Dan.

Vorion gruñó.

—Sois extrañas criaturas. Los morgors no arriesgamos ni el dedo pequeño por un pelo de ellas. La única razón por la que las toleramos es porque las necesitamos como suplemento guerrero. Intentar rescatar a dos hembras puede fácilmente acabar en desastre para todos.

—Sin embargo, habrá que hacerlo —le dije—. ¿Estás con nosotros, Zan Dar? —pregunté al savator.

—Hasta el fin —dijo—, sea cual sea.

Vorion se encogió de hombros.

—Como queráis —dijo, aunque sin excesivo entusiasmo; luego se puso a trabajar en la cerradura, y al poco tiempo la puerta se abrió y salimos al pasillo.

Vorion cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Para darles en qué pensar —indicó.

A continuación nos guió a través del corredor en dirección opuesta a la que habíamos traído a] encerrarnos allí. El pasillo se volvió más oscuro y polvoriento mientras lo atravesábamos. Evidentemente, era poco usado. Al final había una puerta, cuya cerradura forzó Vorion rápidamente. Un momento después, salíamos a una solitaria avenida.

Tan simple había sido nuestra fuga que no pude evitar pensar en lo peor: demasiada suerte no podía durar. La avenida a la que habíamos salido estaba desierta, nadie nos había visto escapar de la prisión. Sin embargo, cuando llegamos a uno de sus extremos y entramos en un amplio paseo, la situación fue muy diferente. Había mucha gente... morgors sobre la acera, esclavos en el canal, extrañas bestias de carga llevando sus cargas de pasajeros sobre la calzada...

En aquel momento, Vorion comenzó a empujarnos y gritamos mientras caminábamos a un lado, mientras él lo hacía sobre la acera. Nos condujo a lo largo de la plaza central y finalmente nos llevó por las calles menos frecuentadas, aunque unos pocos morgors nos miraban. Unos minutos más y alguno de ellos observaría la

extraña coloración de la piel de U Dan y de la mía. Observé a Zan Dar para comprobar si la diferencia entre su color y el nuestro era evidente y casi me da un infarto. ¡La piel de Zan Dar, antes azul, era ahora púrpura! Pasó un instante antes de que notara que el cambio era debido a la rosada luz de las llamas del volcán, que volvía su natural coloración azul por la púrpura.

Habíamos cubierto una pequeña distancia sin sobresaltos, cuando un morgor se nos quedó mirando con suspicacia. Estuvo así un momento y finalmente llamó a Vorion.

—¿Quiénes son esos dos? —le preguntó—. No son savators.

—Han estado enfermos y su color ha cambiado.

Me sorprendió la rápida reacción de nuestro aliado.

—Bien. ¿Quién eres tú? —preguntó el individuo—. ¿Y qué haces llevando a estos esclavos desarmado?

Vorion se palpó los costados con simulada sorpresa.

—Vaya, he olvidado mis armas —dijo.

—Creo que me mientes —dijo el otro—. Venid conmigo todos.

Esto suponía el final de todas nuestras esperanzas de huida. Miré arriba y abajo de la calle. Parecía una zona tranquila, como un área residencial. No había nadie cerca de nosotros. Algunas naves pequeñas estaban estacionadas frente a unos oscuros edificios. Esto era todo. Ninguna mirada sobre nosotros. Yo estaba al lado del sujeto que suponía el único obstáculo en nuestro camino al rescate de Dejah Thoris. Lo golpeé una sola vez. Lo golpeé con todas mis fuerzas. Cayó como un árbol talado.

—¡Lo has matado! —exclamó Vorion—. Era uno de los oficiales más cercanos al Bandolian. Si te cogen ahora, serás lentamente torturado hasta la muerte.

—Pues tenemos que evitarlo —le dije—. Cojamos una de esas naves atracadas. ¿Por qué darles tiempo para que nos encuentren?

Vorion meneó la cabeza.

—No nos sirven. Son solamente parauso interno. Alcanzan poca altitud y jamás podrían elevarse sobre las montañas más pequeñas. Y lo que es más importante, no se hacen invisibles. Solo pueden ir y venir por el interior de la ciudad.

—Nos arriesgamos a tener un nuevo encuentro como el que acabamos de sufrir —le dije—. Será mejor coger una de esas naves atracadas y alejarnos de este lugar.

—No nos importa agregar el cargo de robo a nuestra condena; nos matarán igual —añadió Zan Dar.

Vorion asintió y un momento después estábamos todos a bordo de una pequeña nave a pocos metros sobre la avenida. Muy interesado por la mecánica de aquellas naves, observé atentamente cada movimiento que hizo Vorion para poner en marcha el motor y controlarla. Sólo me hicieron falta algunas preguntas para hacerme una idea completa del pilotaje de aquella pequeña nave, ya que estaba familiarizado con

las naves de dos mundos. Quizá jamás tuviera la oportunidad de pilotar una de esas naves, pero no me haría ningún daño conocerlas.

Dejamos la pequeña nave a corta distancia del lugar y continuamos a pie. Tal y como Vorion había predicho, un guardia nos detuvo y nos interrogó. Durante un momento todo estuvo en la balanza. El guardia parecía escéptico y la razón para su escepticismo era lo que había motivado la pregunta del oficial muerto... que Vorion fuera desarmado. El guardia nos obligó a esperar mientras llamaba a un oficial. La situación podía tornarse fatal. No había más remedio que matar a este hombre también, pero no veía cómo sin ser sorprendido por los morgors que se encontraban por el lugar, aunque ninguno en nuestra proximidad.

Vorion salvó el día.

—¡Vamos, vamos! —exclamó desesperado—. ¡No puedo esperar aquí todo el día mientras vas a buscar a un oficial! Tengo mucha prisa. Déjame llevar a estos esclavos al trabajo. ¡Están perdiendo el tiempo! El oficial puede venir a la nave y preguntarme allí lo que quiera.

El guardia estuvo de acuerdo, y tras preguntarle el nombre y la localización de la nave, supuso que todo estaba en orden y nos permitió proseguir. Suspiré aliviado. Tras dejarle, Vorion nos dijo que había dado el nombre y la localización de una nave diferente a la que pensábamos coger. Estaba claro que no era un insensato.

La nave que Vorion había elegido era un aparato muy estilizado que parecía diseñado para alcanzar una gran velocidad. No perdimos el tiempo en abordarla y de nuevo atendí a cualquier instrumento que no estuviera claro para mí, preguntándole cualquier duda que me surgía. Había permanecido dieciocho días en el interior de una de estas naves morgor, pero no había prestado ninguna atención a su control y, además, 110 habría podido acercarme a la sala de control ni hacer pregunta alguna.

Primero, Vorion magnetizó el casco y lo rellenó con la finísima arena que nos proporcionaría la invisibilidad; luego puso en marcha el motor y elevó suavemente la proa. Ya le había explicado mi plan, así que una vez que salimos del hangar ganamos poca altitud y nos dirigimos hacia el palacio del Bandolian. Gracias a unas diminutas cámaras instaladas en el casco de la nave, podíamos ver sobre las pantallas el terreno a nuestros pies. Poco después, a través de una de ellas, vi la torre cuadrada construida en un costado del palacio; la torre en la que Dejah Thoris y Vaja estaban confinadas.

—Cuando aproxime la nave a la ventana —nos dijo Vorion—, haced vuestro trabajo rápidamente, pues en ese momento abriré una escotilla del casco, y parte del interior de la nave será visible. Alguien en el palacio o sus alrededores puede dar la alarma e inmediatamente quedaríamos rodeados por guardias y naves de patrulla.

—Trabajaremos rápido —le dije.

He de admitir que estaba más nervioso de lo normal cuando Vorion acercó el aparato a una de las ventanas de la torre que pudo ver que estaba abierta y carecía de

rejas. U Dan y Zan Dar se situaron junto a la escotilla, de manera que, una vez que yo saltara a la ventana y trajera a bordo a las chicas, la cerraran inmediatamente. Eché un largo vistazo a la ventana ahora que el aparato estaba junto a ella; era trabajo de Vorion, U Dan y Zan Dar mantener la puerta vigilada. La ventana abierta estaba a mi nivel, salté a su través, y penetré en el interior de la habitación de la torre.

Afortunadamente para mí y para Dejah Thoris y Vaja, se trataba de la habitación correcta. Las dos jóvenes estaban allí, pero 110 solas. Un hombre sujetaba a Dejah Thoris entre sus brazos, sus labios buscando los de ella. Vaja lo golpeaba fútilmente en la espalda y Dejah Thoris forcejeaba por apartar su rostro del de él.

Cogí al hombre por el cuello y lo lancé a través de la habitación, luego señalé a la ventana y a la nave y empujé a las chicas para que lo abordaran lo más rápido posible. No necesitaron una segunda invitación; mientras ellas cruzaban la sala hacia la ventana, el hombre se alzó y se enfrentó a mí. Era Multis Par. Me reconoció y empalideció; luego sacó su espada y simultáneamente comenzó a gritar llamando a la guardia.

Viendo que estaba desarmado vino hacia mí. No podía volverme y correr hacia la ventana; no habría corrido mucho antes de que me hubiera alcanzado; así que decidí otra cosa mejor. Cargué contra él. Este acto aparentemente suicida le confundió, pues le hizo dudar, pero cuando estaba cerca de él, embistió. Detuve su ataque con mi antebrazo, aproveché para aproximarme más y mis dedos aferraron su garganta. Como un loco, soltó la espada y agarró mis dedos para liberarse. Podría haber utilizado la espada para atravesarme el corazón, pero tuve que correr ese riesgo.

Podría haber acabado con él en ese momento si la puerta de la habitación 110 se hubiera abierto de golpe para dar paso a una docena de guerreros morgor. ¡Me quedé asombrado! ¡Después de todo lo que habíamos hecho, íbamos a acabar así! No, todos no. Grité a U Dan:

—¡Cierra la puerta y marchaos! ¡Es una orden!

U Dan vaciló. Dejah Thoris estaba a un lado con una mano extendida hacia mí y una indescriptible expresión de angustia en su cara. Dio un paso adelante como si quisiese abandonar la nave. U Dan la detuvo rápidamente y luego el aparato se alejó lentamente. La puerta se cerró y de nuevo la nave se hizo invisible.

Todo esto ocurrió en unos pocos segundos, mientras yo seguía apretando la garganta de Multis Par. Su respiración entrecortada y sus ojos desorbitados me indicaban que en un momento más moriría; luego los morgors cayeron sobre mí y me apartaron de mi presa.

Mis captores me sujetaron firmemente y no sin razón pues noqueé a tres de ellos antes de que me redujeran. ¡Si hubiera tenido una espada!

¡Cuánto habría dado por tener una! Pero estaba reducido y me golpeaban mientras me arrastraban por la torre. Sonreí, pues era feliz; Dejah Thoris había podido escapar

de las garras de los hombres esqueleto y estaba, al menos temporalmente, a salvo. Era una buena causa de regocijo.

Fui introducido en una pequeña y tenebrosa celda en la torre; me maniataron y encadenaron a un muro. Una pesada puerta se cerró ruidosamente cuando mis captores salieron. Oí una llave chasquear en la maciza cerradura.

VII



En confinamiento solitario, sin la más mínima luz, uno se entrega por entero a sus propios pensamientos para mitigar el aplastante aburrimiento... un aburrimiento que, en algunos casos, ha llevado a la locura a aquellos que poseen una fuerza de voluntad débil y nervios delicados. Pero mis pensamientos eran agradables; veía a Dejah Thoris a salvo camino de un país amigo a bordo de una nave invisible, aquella con la que había llevado a cabo su rescate, y sabía que tres de aquellos que la acompañaban eran amigos, y que uno de ellos, U Dan, estaba dispuesto a dar su vida si fuera necesario para protegerla. En cuanto a Vorion, no podía saber qué actitud tomaría. Mi propia situación no me preocupaba. Admito que parecía un tanto desesperada, pero me ya había encontrado en circunstancias parecidas y me las había arreglado para sobrevivir y escapar. Estaba vivo, y mientras tuviera vida no abandonaría la esperanza. Soy un optimista nato, cosa que, creo, me proporciona la actitud mental adecuada para enfrentarme a los reveses de la vida.

Afortunadamente, no estuve mucho tiempo en la oscura celda. Había dormido un poco, no sé cuánto, y estaba bastante hambriento cuando un destacamento de guerreros llegó a buscarme, hambriento y sediento, pues no me habían dado alimento ni agua desde que fui encerrado.

No me llevaron al Bandolian esta vez, sino aunó de sus oficiales, un feo esqueleto que continuamente abría y cerraba las mandíbulas con un sonido desagradable. La criatura era la mismísima Muerte reencarnada. Por el modo de preguntarme inferí que era el fiscal mayor. Me miró en silencio desde sus aparentemente huecas órbitas durante un interminable minuto antes de hablar; luego me señaló.

—¡Cosa —dijo—, por mucho menos de lo que has hecho te espera la muerte... muerte tras la tortura!

—No necesitas gritarme —le dije—, no soy sordo.

Esto le irritó y golpeó su escritorio.

—Por tu imprudencia y falta de respeto seremos aún más crueles contigo.

—No puedo sentir respeto a algo que no me respeta —le dije—. Respeto sólo a los que merecen mi respeto. Evidentemente, no puedo respetar a un saco de huesos mal educado.

Ni yo mismo sabía por qué lo enfurecía deliberadamente. Quizá sea una debilidad mía para con mis enemigos estúpidos; sé que se trata de una insensatez y que puedes llegar a correr un importante riesgo, pero he aprendido que en muchas ocasiones desconcertar al enemigo conlleva cierta ventaja. En aquel momento, aquello supuso un éxito en parte: la criatura estaba furiosa y durante algún tiempo se quedó muda, luego sacó su espada y se puso en pie. Mi situación no tenía nada de envidiable. Estaba desarmado y la criatura se me enfrentaba con una rabia incontrolable. Sumado a todo esto, había tres o cuatro morgors más en la sala. Dos de ellos me sujetaban por los brazos... uno a cada lado. Estaba tan indefenso como una oveja en el matadero. Pero antes de que mi posible ejecutor cruzara el escritorio para golpearme con su espada, otro morgor entró en la sala.

El recién llegado miró la escena y gritó.

—¡Alto, Gorgum!

La cosa que se precipitaba sobre mí dudó un momento y luego bajó su espada.

—La criatura se merece la muerte —dijo Gorgum irritado—. Me desafió e insultó... ¡a mí, a un oficial del Gran Bandolian!

—La venganza pertenece al Bandolian —le dijo el otro—, y tiene otros planes para este gusano insolente. ¿Qué le has preguntado?

—Estaba tan ocupado gritándome que no ha tenido apenas tiempo de interrogarme —le dije.

—¡Silencio, ser inferior! —gritó de nuevo—. Entiendo muy bien —le dijo a Gorgum—, que tu paciencia haya sido rota, pero hay que respetar los deseos del Gran Bandolian. Procede con el interrogatorio.

Gorgum devolvió su espada a la funda y regresó a su escritorio.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

—John Carter, Príncipe de Helium —respondí.

Un escriba a un lado de Gorgum lo anotó en un grueso libro. Supuse que allí se anotaban todas las preguntas y las respuestas, pues así hizo durante todo el interrogatorio.

—¿Cómo habéis escapado, tu y los otros conspiradores, de la celda donde estabais confinados? —preguntó Gorgum.

—A través de la puerta —repliqué.

—Eso es imposible. La puerta estaba cerrada antes y después de vuestra fuga.

—¿Si sabes tanto por qué me interrogas?

Las mandíbulas de Gorgum sonaron más violentamente que nunca.

—¿Ves Horur —dijo agriamente, volviéndose hacia al otro oficial— la insolencia de esta criatura?

—¡Responde a la pregunta del noble Gorgum! —gritó Horur—. ¿Cómo pasasteis a través de la puerta cerrada?

—No estaba cerrada.

—¡Estaba cerrada! —gritó Gorgum.

Me encogí de hombros.

—¿De qué sirve esto? —le pregunté—. Llevo un montón de tiempo respondiendo preguntas de alguien que sabe más que yo sobre el asunto, no obstante no haber estado allí.

—Oiré entonces, de tus propias palabras, cómo escapaste de la celda —dijo Horur con tono de voz irritado.

—Abrimos la cerradura.

—¡Eso es imposible! —bramó Gorgum.

—Entonces aún estaríamos en la celda —le dije—. Quizá sería mejor que fueras y miraras.

—Así no llegaremos a ningún lado —gruñó Horur.

—... y rápidamente.

—Yo interrogaré al prisionero —dijo Horur—. Te concedo que dices lo cierto respecto a la fuga.

—Muy agudo por tu parte.

Ignoró el comentario.

—No puedo apreciar la importancia de este detalle. Lo que realmente me interesa saber es dónde están tus cómplices y las dos hembras prisioneras. Multis Par dice que escaparon en una nave... probablemente una de las que robaron del aeródromo.

—No sé dónde están.

—¿No sabes tampoco a dónde planeaban ir?

—Si lo supiera, tampoco lo diría.

—Te ordeno que me respondas, bajo pena de muerte.

Me reí de la criatura.

—Vuestra intención es matarme de todas maneras, así que vuestras amenazas no me impresionan.

Horur controlaba su temperamento mejor que Gorgum pero pude ver que esto no le dejaba indiferente.

—Podrías conservar tu vida si fueras más cooperante —me dijo—. El Gran Bandolian así lo espera de ti. Dinos dónde planean ir tus cómplices, promete tu ayuda al Gran Bandolian para su conquista de Helium y tu vida será respetada.

—No —respondí.

—¡Espera! —urgió Horur—. El Bandolian puede hacer más. Tras su conquista de Helium os permitirá a tu compañera y a ti volver a vuestro país y te nombrará alto oficial del nuevo gobierno que pretende establecer allí. Si rehúsas serás destruido; tu compañera será cazada y te prometo que encontrada. Su destino será peor que la muerte. Harás mejor en considerarlo.

—No necesito pensarlo. Puedo darte ahora una respuesta definitiva a tus dos preguntas... mi irrevocable respuesta es: Nunca.

Si Horur hubiera tenido labios, sin duda se los habría mordido. Me miró durante un largo minuto, y luego me dijo:

—¡Loco! —después se volvió hacia Gorgum—. Dadle un lugar junto a lo que están reservados para las próximas clases —luego salió de la sala.

Poco después me llevaron a un edificio localizado a cierta distancia de donde habíamos estado encarcelados anteriormente y me encerraron en una gran celda con otros veinte prisioneros, todos ellos savators.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó uno de los compañeros de celda, cuando mi escolta me dejó y cerró la puerta—. ¡Un hombre con la piel roja! No eres un savator. ¿Quién eres compañero?

No me gustaron sus miradas ni el tono de voz. No quería tener problemas con la gente con la que estaba encerrado y quizá destinado a morir; así que me alejé unos pasos del que había hablado y me senté en un banco al otro lado de la celda, que era bastante grande. Pero el muy estúpido me siguió y se paró frente a mí en actitud bravucona.

—Te he preguntado que quién eres —dijo provocativo—, y cuando Pho Lar pregunta algo, quiere una respuesta rápida. Soy el que manda aquí —miró a su alrededor, a los otros—. ¿No es cierto?

Se produjeron algunos gruñidos afirmativos. Pude ver entonces que este tipo no era precisamente popular. Era un hombre de considerable musculatura y la recepción que le había dado a un recién llegado testificaba el hecho de que era un matón. Era evidente que había atemorizado a los otros.

—Me parece que buscas problemas, LoPhar —le dije—, pero no yo. No quiero tener ninguno.

—Mi nombre es Pho Lar, muchacho.

—¿Qué más da? Serías igualmente un necio.

Los demás prisioneros sintieron una repentina curiosidad por la conversación. Algunos sonrieron burlescamente.

—Veo que tendré que colocarte en tu lugar —me dijo Pho Lar, avanzando hacia mí lleno de ira.

—No quiero problemas contigo —le dije—. Ya es malo estar prisionero, como para andar teniendo desavenencias con los compañeros de celda.

—Evidentemente eres un cobarde —me dijo Pho Lar—. Si te arrodillas y me pides perdón, no te haré daño.

No tuve más remedio que reírme ante esto, lo que puso al tipo furioso; se acercó hacia mí. Vi que era el típico matón de feria... un cobarde en el fondo. Sin embargo, no llegó a atacarme. Para salvar las apariencias, volvió a amenazarme.

—No me hagas enfadar —me dijo—. Cuando estoy enfadado no controlo mi propia fuerza. Podría matarte.

—Quizá esto pueda enfurecerte —le abofeteé la cara con la mano abierta.

Le di tan fuerte que cayó al suelo. Podía haberle dado más fuerte. Era un golpe más moral que físico. La sangre se agolpó en su rostro azul hasta volverlo púrpura. Si quería continuar en su posición de jefe, tal y como se había descrito a sí mismo, debía acabar conmigo. Los otros prisioneros se acercaron y nos rodearon. Miraban alternativamente hacia mí y hacia Lar con ávida anticipación.

Pho Lar tenía que reaccionar de alguna manera ante aquella bofetada. Se precipitó sobre mí y me golpeó torpemente. Mientras esquivaba sus golpes, advertí que era un hombre muy fuerte pero carente de cualquier técnica de lucha y de experiencia. Determiné darle una lección que no pudiera olvidar. Podía haberle noqueado a los pocos segundos de comenzar nuestra pelea, pero preferí jugar con él. Me contenté con darle otra bofetada. Me respondió con un directo que esquivé, luego le abofeteé de nuevo,, un poco más fuerte esta vez.

—¡Buen golpe! —exclamó uno de los prisioneros.

—¡A por él, hombre rojo! —gritó otro.

—¡Mátale! —gritó un tercero.

Pho Lar intentó un gancho, pero lo cogí de la muñeca, retorciéndosela y haciéndole saltar sobre mi espalda. Golpeó pesadamente contra el suelo de grava. Se quedó allí durante un momento, y al ponerse en pie lo golpeé en la cabeza y lo volví a tirar. Esta vez tardó más en alzarse; así que lo levanté y lo golpeé en la barbilla. Estaba derrotado. Pasé sobre él y fui a sentarme.

Los prisioneros se agolparon a mi alrededor. Podía ver que habían estado esperando esta afortunada escena desde hacía mucho tiempo.

—Pho Lar llevaba mucho tiempo buscando un escarmiento —me dijo uno.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Mi nombre es John Carter. Soy de Garobus.

—He oído hablar de ti —dijo uno—. Creo que todos hemos oído de ti. Los morgors están furiosos porque les engañaste fácilmente. Supongo que sabrás que morirás con nosotros. Mi nombre es Han Du.

Extendió una mano hacia mí. Era la primera vez que había visto este gesto amistoso desde que dejé la Tierra. Los marcianos posan un brazo en tu espalda. Le di la mano.

—Encantado de conocerte Han Du —le dije—. Si hay otros como Pho Lar es muy probable que necesite un amigo.

—No hay más aquí —me aseguró Han Du— y ese está acabado.

—Me dijiste que estamos condenados a muerte. ¿Sabes dónde o cómo?

—Durante la próxima graduación. Seremos arrojados contra el doble de morgors

que nosotros. Puede ser muy pronto.

VIII



Pho Lar estuvo inconsciente durante un largo rato. Por un momento pensé que quizá lo había matado, pero finalmente abrió los ojos y miró alrededor. Luego se sentó, se palpó la cabeza y se frotó la mandíbula. Cuando sus ojos se encontraron, bajó la mirada al suelo. Lentamente y como asustado se puso en pie y caminó hasta la esquina más alejada de la celda. Cuatro o cinco prisioneros le rodearon de inmediato.

—¿Quién es el hombre fuerte aquí? —le preguntó uno de ellos mientras le abofeteaba la cara. Dos más le golpearon. Le empujaron y golpearon hasta que me interpusé entre ellos y los alejé a empujones.

—Dejadle sólo —les dije—Ya tiene suficiente castigo. Cuando se recobre, si uno de vosotros quiere pelearse con él, que lo haga, es lo correcto; pero no vayáis en grupo.

El más grande de ellos se volvió y se me acercó.

—¿Quién eres tú para decir eso? —me preguntó.

—Éste —repliqué golpeándolo.

Quedó sentado en el suelo mirándome.

—Me doy por contestado —dijo y rió huecamente. Luego todos rieron y la tensión cedió.

Después de eso, comenzamos a conocernos, todos incluso Pho Lar; y descubrí que todos eran hombres decentes. El largo encierro y la seguridad de que se iban a enfrentar a la muerte habían quebrado sus nervios; pero mi llegada había despejado el ambiente, al igual que tras una violenta tormenta eléctrica. Eran un grupo de hombres de risa fácil y muy habladores.

Pregunté si alguno de ellos era del país de Zan Dar... Zonor; pero ninguno de ellos era de allí. Algunos conocían dónde estaba y uno dibujó un tosco mapa de aquella parte de Júpiter en la pared de la celda, para señalarme dónde estaba localizada Zonor.

—Pero mucha suerte tendrás si consigues conocerlo —me dijo.

—Nunca se sabe —le respondí.

Me dijeron que yo estaba encarcelado a la espera de los ejercicios de graduación y que no debía pensar en otras cosas. Les dije que no tenía intención de esperar a los

morgors interpretando el papel de complaciente víctima de un sacrificio.

—¿Cuántos de vosotros sois expertos espadachines? —les pregunté.

La mitad de ellos dijeron serlo, pero los guerreros suelen exagerar al hablar de sus proezas. No todos los luchadores pero sí muchos multiplican el valor de sus hazañas de forma exagerada.

Me hubiera gustado poner a prueba la habilidad de aquellos hombres.

—Evidentemente no vamos a poder disponer de espadas —les dije— pero si tuviéramos unos palos de la longitud de las espadas, pronto averiguaríamos quiénes son los mejores espadachines.

—¿Y qué conseguiríamos con eso? —me preguntó uno de ellos.

—Podríamos hacerles sudar la gota gorda —le dije— y hacerles pagar cara su graduación.

—El esclavo que nos trae la comida es de mi país —dijo Han Du—. Creo que podrá traernos a escondidas un montón de palos. Es un buen compañero. Hablaré con él cuando venga.

Pho Lar no decía nada sobre su habilidad con la espada; y aun así, si lo hubiera hecho, habría pensado que era un fanfarrón. Aquello no me gustó; era un hombre muy fuerte y el más alto de los savator; con un poco de entrenamiento se habría mostrado como el mejor espadachín de todos. Han Du nunca fanfarroneaba de nada; pero afirmó que en su país los hombres hacían mucho ejercicio con la espada, de modo que conté con él desde el primer momento.

Finalmente el compatriota de Han Du nos trajo unos palos del tamaño de espadas largas y comencé el entrenamiento con mis compañeros presos. Muchos de ellos eran muy buenos, unos pocos excelentes. Han Du era magnífico y, para sorpresa de todos nosotros, Pho Lar era un espadachín fuera de lo común. Me ofreció uno de los más dificultosos lances que he tenido nunca hasta que conseguí tocarlo. Cerca de una hora tardé en derrotarle. Era uno de los mejores espadachines a los que me había enfrentado. Tras nuestra pelea del principio, Pho Lar se había quedado meditabundo. Apenas hablaba y pensé que podía estar planeando alguna venganza. Lo tenía siempre cerca para no darle ninguna oportunidad de traición.

Llevé a un lado a Pho Lar después del lance con las espadas de madera y puse todas mis cartas sobre la mesa.

—Eres uno de los mejores espadachines que nunca he conocido —le dije—, pero creo tener razones para sentirme intranquilo y pensar que no me seguirás hasta el final. Nunca luché junto con hombres que no estuvieran dispuestos a seguirme y obedecerme hasta la muerte. ¿Qué me dices?

—Estoy dispuesto a seguirte a donde me lleves —me dijo—. Aquí está mi mano... si quieres tomarla como un amigo.

—Estaré encantado —y unimos nuestras manos en un fuerte apretón.

—Si hubiera conocido a un hombre como tú hace años, 110 me habría convertido en el estúpido que soy ahora. Puedes contar conmigo hasta mi última gota de sangre, y antes de que tú y yo hayamos muerto le enseñaremos a los morgors algo que jamás olvidarán. Se creen grandes espadachines, pero cuando te vean en acción les surgirán grandes dudas. Apenas puedo esperar ese momento.

Me sentí impresionado por las palabras de Pho Lar. Creí en su sinceridad pero no podía borrar mi recuerdo de la primera impresión... de que en lo más profundo de su corazón era un cobarde. Pero quizá, a la hora de enfrentarse a la muerte luchara como una rata acorralada. Si era así y no perdía los nervios, causaría estragos entre las filas de los morgors.

Éramos treinta y tres en la celda. Jamás el tiempo se nos hizo más largo, y sólo pasaba rápido durante las prácticas con las espadas de madera. Han Du, Pho Lar y yo hacíamos de instructores, y enseñamos a los demás todos los trucos de esgrima que sabíamos hasta que obtuvimos veinte excelentes espadachines, algunos de ellos realmente excelentes.

Discutimos varios planes de acción. Sabíamos que si prevalecía la costumbre nos enfrentaríamos contra cuarenta jóvenes cadetes morgors, de manera que quedara garantizada la victoria de la casta guerrera. Decidimos luchar por parejas, cada uno de nuestros diez mejores espadachines haría pareja con cada uno de los diez menos preparados. Estas parejas seguirían una carga iniciada por los diez restantes espadachines, manteniéndose muy cerca de ellos. Esperábamos eliminar así a muchos de los morgors en los primeros momentos del encuentro, lo que reduciría la diferencia en nuestra contra. O quizás sobreestimábamos a nuestros diez primeros guerreros. Sólo el tiempo podría decirlo.

Entre los prisioneros se extendía el nerviosismo debido, creo, a la incertidumbre del desigual enfrentamiento. Todos sabíamos que algunos moriríamos. Si alguno sobrevivía, sólo disponíamos de rumores sobre la supuesta libertad que se nos concedería, ya que ningún hombre había escapado de los morgors. Cada paso que oíamos en el pasillo, resonando a través del silencio de la celda, hacía que las miradas se fijaran sobre la puerta. Por fin nuestra ansiedad fue recompensada: una compañía completa de guerreros vino a escoltarnos hasta el campo donde lucharíamos. Miré rápidamente a la cara de los prisioneros. Muchos de ellos estaban sonrientes y hacían señales de confianza. Eran realmente optimistas. Nos llevaron a una zona rectangular franqueada por hileras de asientos. Las gradas estaban repletas. Cientos de ojos nos observaban desde las huecas órbitas de sonrientes cráneos. Aquello podía tratarse perfectamente de un día de campo en el Infierno. No había ningún sonido. No había bandas de música. Ni banderas flotantes... ni color. Nos dieron espadas y nos agruparon juntos en un extremo del campo. Un oficial nos dio instrucciones.

—Cuando los cadetes salgan a la arena, en el otro lado, avanzaréis y os

enfrentaréis a ellos. Eso es todo.

—¿Y si alguno de nosotros sobrevive? —le pregunté.

—Ninguno de vosotros puede sobrevivir.

—¿Te gustaría apostar algo?

—¡No seas imprudente, criatura! —El tipo estaba enfadándose de verdad.

—Pero supongamos que uno de nosotros sobrevive —insistí.

—En ese caso su vida sería respetada, y seguiría sirviendo como esclavo; pero nunca, nadie, ha sobrevivido en estos ejercicios. ¡Los cadetes están en el campo! —gritó—. ¡Id a encontraros con vuestra muerte, gusanos!

—A vuestros puestos —ordené.

Los prisioneros rieron mientras tomaban sus posiciones convenidas; los diez en la línea de vanguardia, cada uno muy cerca de su pareja. Yo estaba cerca del centro de la línea, Han Du y Pho Lar estaban en los flancos. Marchamos hacia adelante tal y como habíamos practicado en la celda, todos al mismo paso, y los hombres de cada extremo llevando la cadencia del paso en voz alta gritando: ¡Muerte a los morgors! una y otra vez. Habíamos dispuesto los intervalos y las distancias de tal forma que estuviéramos al largo de un brazo armado unos de otros. Evidentemente los morgors nunca habían visto nada parecido al comienzo de los ejercicios pues oí el sonido hueco de sus exclamaciones de sorpresa elevándose desde las gradas, mientras que los cadetes que avanzaban a nuestro encuentro parecían estar confundidos. Estaban formados en una fila de dos al fondo que se extendía a todo lo largo del muro más largo del campo que de repente comenzó a vacilar. Cuando estábamos a cerca de veinte metros de distancia ordené cargar.

Nuestra vanguardia de diez guerreros golpeó el centro de su línea sin que ofrecieran resistencia alguna; el frente de los morgors era muy débil. Observaron el espectáculo de esgrima que les ofrecíamos como si nunca antes lo hubieran visto. Diez morgors cayeron muertos o heridos al suelo mientras que cinco de nuestros guerreros de vanguardia giraban hacia la derecha seguidos por sus parejas y nuestros restantes diez hombres giraban a la izquierda. No habíamos perdido ningún hombre en el primer asalto. Cada grupo de diez tenía ahora frente a sí quince enemigos. La desventaja no era demasiado grande. Asaltando el centro de la línea morgor por sus flancos, tal y como estábamos haciendo, nos ofrecía una gran ventaja; ya que provocábamos muchas bajas en el enemigo antes de que a los flancos les diera tiempo de entrar en acción, con el resultado de que casi luchábamos a la par, ya que nuestros compañeros de segunda línea entraban en acción inmediatamente. Los morgors luchaban con fanática determinación. Muchos de ellos eran espléndidos espadachines, pero ninguno era enemigo para nuestros diez hombres de vanguardia. Ocasionalmente, echaba un vistazo en dirección a Pho Lar. Era magnífico. Dudé de que ninguno de los otros espadachines de cualquiera de los tres mundos que había

conocido pudiera ni tan siquiera rozar a Pho Lar, a Han Du, o a mí con la punta de su espada; y había siete más de nosotros casi tan buenos. Tras los primeros quince minutos del encuentro, todos los que quedaban del enemigo eran un grupo de abatidos supervivientes morgors. Habíamos perdido diez hombres; pero todos los de la vanguardia habíamos sobrevivido. Cuando el último de los morgors cayó, se podía haber palpado el silencio que flotaba sobre la audiencia.

Los nueve sobrevivientes se reunieron a mi alrededor.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó Pho Lar.

—¿Alguno de vosotros quiere volver a la esclavitud? —pregunté.

—¡No! —gritaron nueve voces.

—Somos los diez mejores espadachines de Eurobus —les dije— Podemos luchar por nuestra vida para salir de esta ciudad. Conocéis el país en el que estamos. ¿Qué oportunidades tenemos de escapar a la captura?

—Podríamos tener una —dijo Han Du—. Más allá de la ciudad, la jungla se vuelve muy densa. Si podemos llegar allí, jamás nos encontrarán.

—¡Bien! —dije y comencé a correr hacia una puerta en el extremo de la arena, con los nueve tras de mis talones.

En el pórtico un grupo de enloquecidos guardias intentaron detenernos. Los dejamos atrás muertos. Poco después oímos alzarse gritos de rabia desde las gradas de la arena que dejábamos atrás y supimos que pronto tendríamos a miles de morgors persiguiéndonos.

—¿Quién conoce el camino a la salida más próxima? —pregunté.

—Yo —dijo uno de mis compañeros—. ¡Seguidme! —y echó a correr guiándonos.

Mientras corríamos a través de las avenidas de aquella ciudad de muertos, los gritos de odio de nuestros perseguidores nos seguían los pasos; pero los distanciamos y al fin llegamos a una de las puertas de la ciudad. De nuevo nos enfrentamos con guerreros armados que nos dieron algo que hacer. Los gritos de los perseguidores sonaban más y más cerca. Pronto todo lo que habíamos ganado se perdería. No podía permitirlo. Llamé a Pho Lar y Han Du y ordené a los siete restantes que se apartaran, pues el pórtico era demasiado estrecho para que diez hombres manejaran cómodamente sus espadas con alguna ventaja.

—¡Esta vez hasta el fin! —grité a mis dos compañeros mientras acabábamos con el resto de los guardias. Y fue el fin. No tenían ni la más pequeña oportunidad contra los tres mejores espadachines de tres mundos. Por milagroso que parezca, los diez ganamos la libertad con nada más que unas pocas heridas superficiales; pero aún teníamos a los morgors a nuestras espaldas. Si hay algo que odie en los tres mundos es correr ante un enemigo, pero en aquel instante me habría portado como un estúpido si hubiera intentado hacer frente a los varios cientos de furiosos morgors que nos perseguían. Corrí.

Los morgors dejaron de perseguirnos cuando llegamos a la jungla. Evidentemente, tenían otros planes para capturarnos. No nos detuvimos hasta que hubimos penetrado profundamente en la espesura tropical de un gran bosque; entonces nos detuvimos a discutir nuestro destino y a tomar aire; lo necesitábamos.

¡Qué bosque! Dudo en poder describirlo como es debido, tan salvaje, tan tremendo era. Como no recibía una gran cantidad de luz solar, el follaje era pálido, pálido con una mortecina palidez, teñido de rosa cuando el reflejo de la luz de los fieros volcanes se filtraba a través. Pero este aspecto era el menos extraño: las ramas de los árboles se movían como seres vivos. Vibraban y se sacudían... como reptiles. Apenas me percaté de aquello hasta que nos detuvimos. De pronto, una rama se lanzó hacia el suelo y me abrazó. Sonreí pensando que me podría soltar con facilidad. La sonrisa se me heló en el rostro; estaba tan desvalido como un bebé atrapado por La trompa de un elefante. La cosa pretendía elevarme del suelo. Han Du me vio, desfundó su espada y corrió en mi ayuda. Alcanzó a agarrarme por una pierna al mismo tiempo que lanzaba tajos con la espada hasta que la rama me soltó. Caímos al suelo juntos.

—¿Qué diablos era eso? —exclamé—, ¿Qué era? ¿Y por qué me atacó?

Han Du señaló hacia arriba. Miré. Sobre nuestras cabezas, al final de un grueso tronco, colgaba un repugnante capullo... una cosa horrible. En el centro tenía una gran boca armada con muchos dientes y sobre la boca sobresalían dos horribles ojos sin párpados.

—Había olvidado —me dijo Han Du— que tú no eres de Eurobus. Quizás no hay árboles como éste en tu mundo.

—Ciertamente no —le aseguré—. Algunos que comen insectos, como los atrapamoscas de Venus, pero no devoran hombres.

—Debes estar siempre alerta cuando entres en uno de estos bosques —me advirtió—. Estos árboles están vivos, y son como animales carnívoros. Tienen un sistema nervioso y un cerebro y la creencia general es que disponen de un lenguaje y hablan unos con otros.

Justo entonces sonó un tremendo grito sobre nosotros. Miré, esperando ver a alguna extraña bestia de Júpiter sobre mi cabeza, pero no se trataba más que del repugnante capullo devorahombre con los labios y ojos saltones. Han Du rió.

—Su sistema nervioso es muy primitivo —me dijo— y, por tanto, su reacción es muy lenta y tardía. Le ha hecho falta todo este tiempo para que el dolor de mi espada cortando llegara a su cerebro.

—La vida de un hombre no está segura en este bosque en ningún momento.

—Tienes que estar siempre en guardia —admitió Han Du—. Si has de dormir alguna vez en el bosque, haz una hoguera. Los capullos no aguantan el humo. Se cierran y no pueden atacarte, pero procura que tu fuego no se apague.

La vida vegetal de Júpiter, prácticamente desprovista de luz solar, ha crecido en una líneas completamente divergentes a las de la Tierra. Casi todas las plantas tienen algo de animal y muchas son carnívoras. Las más pequeñas devoran insectos, las grandes, sin embargo, son capaces de capturar animales de considerable tamaño, tal y como nos habían mostrado las antropófagas aquellas que Han Du me señaló. Atrapaban y devoraban siempre a los animales más grandes que existían sobre aquel extraño planeta. Establecimos guardias por parejas, encendimos hogueras y nos tumbamos para dormir. Uno de los hombres tenía un cronómetro que servía para informarle de cuándo tenía que relevarle el siguiente turno. En esta forma, todos hacíamos turnos de guardia y descansábamos. Cuando todos hubimos descansado, avivamos las hogueras y algunos hombres fueron a cortar ramas de los árboles vivientes que pelaron y asaron. Sabían a carne de ternera. Luego hablamos de nuestros planes para el futuro. Se decidió que nos dividiéramos en grupos de dos o tres y nos separáramos, de manera que algunos tuviéramos la oportunidad de escapar a la captura de nuevo. Decían que los morgors nos estarían dando caza durante mucho tiempo. Yo les sugerí que sería mejor que permaneciéramos juntos; seríamos diez invencibles brazos armados. Sin embargo, como los países de procedencia de mis compañeros estaban muy separados, y naturalmente cada uno pensaba en la posibilidad de volver a sus propias casas, era necesario que nos separáramos.

Era una suerte que el país de Kan Du estuviera en dirección a Zanor, al igual que el de de Pho Lar, así que los tres mejores del grupo nos alejamos juntos para buscar el lejano Zanor en un planeta de más de treinta y cuatro mil millones de kilómetros cuadrados de superficie. Aquello era algo que me costaba mucho asimilar, y así se lo dije a Han Du. Me dijo que lo acompañara a su país, donde sería bienvenido... si teníamos la buena fortuna de encontrarlo, pero yo le aseguré que jamás cesaría de buscar Zanor y a mi compañera.

IX



HACIA ZANOR

No quisiera aburriros contándoos esta parte de mi odisea hasta que finalmente encontramos una de las ciudades del país de Han Du. Avanzamos lo más aprisa que fuimos capaces, ya que éramos conscientes de que los morgors nos estaban buscando en sus naves invisibles. Los bosques nos ofrecieron nuestra mejor protección, pero había llanuras despejadas que cruzar, ríos que atravesar nadando y montañas que escalar. En este mundo sin noche era difícil medir el tiempo; pero estimo que viajamos durante varios meses. Pho Lar se quedó largo tiempo con nosotros, pero finalmente torció en otra dirección hacia su propio país. Sentimos perderlo, pues había sido un espléndido compañero, así como a su espada. No encontramos hombres, pero tuvimos algunos encuentros con bestias... Criaturas de repulsivas y extravagantes apariencias voraces y violentas. Pronto eché en falta otra arma como medio de defensa; así que fabricamos lanzas de una especie de bambú que hayamos entre la vegetación. También nos las arreglamos para hacer arcos y flechas y usarlos. Con ellas pudimos cazar con más facilidad pájaros y pequeños animales para comer. En los bosques podíamos subsistir a base de las ramas del comedor de hombres.

Al fin, Han Du y yo vimos el océano.

—Estamos en casa —dijo—. Mi ciudad está cerca, junto al mar.

Yo era incapaz de verla.

Bajamos por las colinas y atravesamos una desnuda planicie. Han Du estaba a unos pocos metros a mi derecha cuando, de repente, choqué contra algo sólido,, sólido como un muro de ladrillos. ¡Pero frente a mí no había nada! La repentina colisión me derribó. Extendí los brazos y toqué lo que parecía una pared sólida atravesada en mi camino, aunque sólo veía el suelo extendiéndose frente a mí... aunque no desnudo; el suelo estaba salpicado aquí y allá por algunas plantas, unos sencillos tallos de cuarenta o cincuenta centímetros de alto con una sola flor en su extremo. Miré alrededor. ¡Han Du había desaparecido! ¡Se había desvanecido como una pompa de jabón! No había nada alrededor que le permitiera esconderse, o donde pudiera haber caído. Estaba sorprendido. Me rasqué la cabeza con perplejidad y volví a encaminarme hacia la playa... sólo para chocar una vez más contra un muro que no estaba allí.

Posé las manos en el muro invisible y lo seguí. Se curvaba mas allá. Paso a paso seguí mi investigación táctil. Poco después me encontraba en mi punto de partida. Parecía que estaba girando alrededor de una torre de aire sólido. Cambié de dirección hacia la playa evitando el obstáculo que me había obstruido el camino. Tras unos doce pasos, choqué contra otro; me rendí... al menos temporalmente. Comencé a llamar a Han Du y al instante apareció a corta distancia de mí.

—¿Qué clase de juego es éste? —le pregunté—Tropiezo con un muro de aire sólido y cuando te busco, no estás en ninguna parte... Habías desaparecido.

Han Du se rió.

—Me olvidé que eres un forastero en este mundo —me dijo—. Hemos llegado a la ciudad en la que vivo. Fui directamente a mi casa para saludar a mi familia. Por eso no has podido verme.

Mientras hablaba, una mujer apareció tras él con un niño pequeño. Parecían materializarse en el tenue aire, ¿Había llegado a una tierra de espíritus incorpóreos que tenían el poder de materializarse? Me costaba creerlo, ya que no había nada de fantasmal ni de etéreo en Han Du.

—Esta es O Ala, mi compañera —me dijo Han Du—. O Ala este es John Carter, Príncipe de Helium. Gracias a él hemos podido escapar de los morgors.

O Ala extendió su mano hacia mí. Era una mano firme, de carne y hueso.

—Bienvenido, John Carter —me dijo—. Todo lo nuestro te pertenece.

Era un dulce gesto de hospitalidad, pero mientras miraba a mi alrededor no era capaz de ver nada.

—¿Dónde está la ciudad? —pregunté\1.

—Está cubierta exteriormente por la arena de la invisibilidad. Ven con nosotros —dijo O Ala.

La mujer me guió aparentemente a través de una esquina invisible; y luego vi aparecer ante mí un pórtico abierto en el tenue aire. A través del pórtico pude ver el interior de una sala.

—Adelante —me invitó O Ala. La seguí al interior de un acogedor apartamento circular.

Han Du nos siguió y cerró la puerta. El techo del apartamento era una cúpula de unos diez metros de alto en el centro. Estaba dividido en cuatro habitaciones por medio de biombos que podían desplazarse o pegarse contra el muro.

—Hay gran cantidad de arena de la invisibilidad en la playa —me explicó Han Du—. Es nuestra única protección contra los morgors. Cada casa de la ciudad está protegida de la misma manera, hay unas quinientas.

Así, entré en la ciudad de quinientas casas viendo tan sólo la línea de la playa frente al inquieto mar.

—¿Pero dónde está la gente? —le pregunté—. ¿Son también invisibles?

—Los que no están cerca cazando o pescando, están en sus casas —me explicó O Ala—. No salimos fuera si no es necesario; algunos morgors pasan sobre nosotros en sus naves invisibles y pueden vernos; así descubrirían nuestra ciudad.

—Si algunos de nosotros comprende que es inevitable que lo capturen —me explicó Han Du—, debe correr lo más lejos que pueda, pues si entra en una casa, los morgors podrían saber inmediatamente dónde está la ciudad. Es un sacrificio que cada uno de nosotros hace por la salvación de los otros... por eso corremos hasta ser capturados y los llevamos lejos, a no ser que elijamos luchar y morir.

—Dime —le dije a Han Du—. ¿Cómo sabes dónde está tu casa cuando no puedes ver ninguna de ellas?

—¿Viste la planta umpalla creciendo por toda la ciudad? —me preguntó.

—Vi algunas plantas, pero no a la ciudad.

Ambos rieron de nuevo.

—Estamos tan acostumbrados a todo esto que nada se nos hace entraño —dijo O Ala—, pero puedo entender que todo esto debe resultar muy confuso para un forastero. Mira, cada planta marca la localización de una casa. Por experiencia, cada uno de nosotros sabe la localización exacta de cada casa en la ciudad en relación con cualquier otra vivienda.

Viví durante unos cinco o seis días de tiempo terrestre en la casa de Han Du y O Ala. Conocí a muchos de sus amigos, todos fueron muy amables conmigo y me ayudaron en todo lo que pudieron. Me hice con mapas de grandes áreas del planeta, zonas que según supe, eran desconocidas para los morgors. Lo de más valor para mí fue que Zantor aparecía en uno de los mapas que también mostraba un enorme océano entre la ciudad y el país donde yo creía que se encontraba Dejah Thoris. Ignorábamos, tanto yo como mis nuevos amigos, cómo cruzar ese océano a no ser siguiendo la desesperada idea de construir un bote y ponerme a merced de un mar caprichoso y desconocido y quizás plagado de peligrosos reptiles. Pero finalmente decidí que ésta era la única esperanza que tenía de reunirme con mi princesa.

Había un bosque cerca de la ciudad que se extendía varios kilómetros a lo largo de la costa donde esperaba encontrar árboles válidos para la construcción de mi nave. Mis amigos hicieron todo lo que pudieron por disuadirme; pero cuando vieron que estaba decidido a hacerlo me facilitaron herramientas y una docena de ellos se ofrecieron a ayudarme a construir mi barco.

Finalmente todo estuvo listo; y acompañado por mis ayudantes voluntarios, salí de la casa de Han Du y me dirigí hacia el bosque. Apenas habíamos salido cuando uno de mis compañeros gritó:

—¡Morgors! —De repente, todos escaparon en diferentes direcciones.

—¡Corre, John Carter! —gritó Han Du, pero no corrí.

A pocos metros de distancia vi la escotilla abierta en el costado de una nave

invisible y cómo seis o siete morgors salían por ella. Dos corrieron hacia mí; los otros salieron en persecución de los savators y en ese instante un nuevo plan surgió en mi mente. La esperanza, casi extinta, cobraba vida de nuevo.

Desenfundé mi espada y salté hacia adelante para enfrentarme a los asaltantes morgors, agradeciendo a Dios que sólo fueran dos de ellos, pues de esta forma podría llevar a cabo mi plan más fácilmente. No hubo elegancia en mi ataque; fue rudo, brutal, asesino; pero mi conciencia no me detuvo mientras tras mi espada atravesaba el corazón del primer moi'gor y hacía frente al segundo.

Aquel tipo me dio un poco más de trabajo, pues había visto el destino de su compañero y me había reconocido. Aquello lo hizo doblemente cauto. Comenzó a gritar a los otros que estaban persiguiendo a los savators que volvieran y le ayudaran, advirtiéndoles que yo era el carnicero de los ejercicios de graduación. Por el rabillo del ojo vi que dos de ellos le habían oído y regresaban. ¡Tenía que darme prisa! El tipo permaneció a la defensiva para ganar tiempo mientras los otros se reunían con él. No estaba dispuesto a eso, así que lo acosé duramente, incluso abriendo mi guardia... un buen espadachín podría haberme matado fácilmente. Al fin acabé con él de un poderoso tajo que separó su cabeza del cuerpo y luego, con sólo una rápida mirada hacia atrás vi lo cerca que estaban los otros y salté hacia la compuerta abierta de la de otra manera invisible nave con los morgors a mis talones. Con la espada desnuda todavía en la mano, me precipité a bordo y cerré la compuerta tras de mí.

Luego me giré para enfrentarme a los tripulantes que hubieran podido quedar a bordo de guardia. Los muy estúpidos no habían dejado ninguno. Tenía la nave para mí solo, y mientras me sentaba frente a los controles oí a los morgors golpear la compuerta furiosamente pidiendo que la abriera. Me debían tomar por un estúpido a mí también. Un momento después, la nave se alzó en el aire y me encontré sobrevolando el territorio sobre el que había vivido una de las más extrañas aventuras de mi vida, atravesando un planeta desconocido a bordo de un aparato invisible. Y yo tenía mucho que aprender sobre navegación en Júpiter. Observando a Vorion pude aprender cómo poner en marcha y detener las naves morgor, cómo ganar o perder altura, y cómo cubrir la nave con la arena de la invisibilidad; pero los instrumentos del panel de control eran enteramente desconocidos para mí. Los jeroglíficos de los morgors eran ininteligibles. Tenía que trabajar sobre ellos yo solo.

Abriendo todas las compuertas, tuve una visión clara del terreno. Pude ver el lugar del que había despegado y conocía la dirección de la línea de la costa. Han Du me lo había explicado todo; tenía que moverme de norte a sur a partir de este punto. El océano estaba al oeste. Localicé un instrumento que podía ser el compás de navegación; ahora tenía que servirme de mi paciencia para mantener el rumbo lo más ajustado posible. Consulté mi mapa y descubrí que Zanor estaba más o menos exactamente hacia el sureste, así que debía cruzar el vasto océano. Hacia allí apunté

la proa de mi nave.

Estaba libre. Había escapado de los morgors sin sufrir daño alguno. En Zanor, Dejah Thoris estaba a salvo, entre amigos. No tenía duda alguna de que pronto estaría con ella. Habíamos vivido otra extraordinaria aventura. Pronto estaríamos reunidos. No dudaba lo más mínimo sobre mi habilidad para encontrar Zanor; quizá se deba a que estoy tan seguro de mí mismo que siempre parece que llevo a cabo lo aparentemente imposible.

Ignoraba cuánto tardaría en cruzar aquel lúgubre océano. Con Júpiter girando sobre su eje cerca de tres veces más rápido que la Tierra, y sin Sol, ni estrellas, no podía medir el tiempo.

No vi ningún barco en el vasto espacio de agua, pero pude ver vida... un hervidero de vida. Y presencié terribles tormentas que agitaban mi nave como una pluma al viento. No podían compararse con las que había visto antes, pues eran tan terribles que con su poder arrasaban la superficie de las aguas. Vi que habría sido suicidio llevar a cabo mi idea de cruzar el océano en una frágil barquita como la que había planeado construir. Vi olas que debían medir quinientos metros hasta la cresta... olas que alzaban a los enormes monstruos de las profundidades como si fueran cachorros de gato. Ningún barco podría atravesar esos mares. Entones comprendí porqué no había visto naves surcando los océanos de Júpiter. Pero al fin vi tierra firme frente a mí... ¡y qué tierra! Zan Dar me había hablado de las poderosas montañas de Zanor elevando sus cimas arboladas treinta kilómetros sobre el nivel del mar, y que ahora esas montañas estaban frente a mí. Si hubiera tenido la más mínima duda sobre si este territorio era Zanor, aquellas enormes montañas me la habrían despejado.

Sabía por las explicaciones de Zan Dar dónde buscar la tierra natal de su tribu... una tribu de salvajes guerreros. Vivían en un territorio compuesto por praderas y quebradas que se extendía por la ladera oriental de la montaña más alta y estaba a una altitud de quince mil metros sobre el nivel del mar, a medio camino de la cumbre. Allí el aire era sólo algo más ligero que a nivel del mar, ya que la envoltura de nubes retiene la atmósfera de Júpiter como en un globo, no permitiéndole salir, mientras que la rápida rotación del planeta tiende a expulsar la atmósfera de la superficie.

Me sentí muy afortunado cuando llegué sobre la ciudad de Zan Dar sin apenas dificultades. Invisible, planeé sobre ella, descendiendo lentamente. Sabía que en el momento en que vieran una nave morgor desaparecerían en los bosques que rodeaban el poblado, esperando a arrojar sobre cualquier morgor que fuera lo suficientemente insensato como para alejarse de la nave.

Había gente a la vista mientras descendía hasta unos veinticinco metros del suelo.

Detuve el aparato y me quedé flotando allí, luego desmagneticé el casco, y cuando la nave se hizo visible, abrí la compuerta; así podrían ver que no era un

morgor. Me asomé afuera, grité que era un amigo de Zan Dar y pedí permiso para aterrizar.

Me lo dieron e hice descender la nave lentamente hacia el suelo. Mi solitario viaje había concluido. Había superado innumerables obstáculos aparentemente insalvables y había llegado a mi destino. Pronto mi incomparable Dejah Thoris estaría de nuevo entre mis brazos.